

María Eugenia Jung
Universindo Rodríguez

**JUAN CARLOS
MECHOSO**
anarquista

vidas rebeldes

colección dirigida por
María Esther Gilio

TRILCE



María Eugenia Jung
Universindo Rodríguez

Juan Carlos
Mechoso
anarquista

Ediciones
TRILCE

vidas rebeldes

colección dirigida por María Esther Gilio

El Cholo González
un cañero de Bella Unión
de MARÍA ESTHER GILIO

Yenia Dumnova
un amor en la guerra fría
de SERGIO ISRAEL

El Negro Viñas
más allá de los muros
de PABLO PERA PIROTTO

El Chamaco Rébori
un hombre, una ciudad y un río
de MARIO MAZZEO

Juan Carlos Mechoso
anarquista uruguayo
de UNIVERSINDO RODRÍGUEZ Y MARÍA EUGENIA JUNG

© 2006, Ediciones Trilce

Durazno 1888,
11200 Montevideo, Uruguay
tel. y fax: (5982) 412 77 22 y 412 76 62
trilce@trilce.com.uy
www.trilce.com.uy

ISBN 9974-32-417-3

Se terminó de imprimir en el mes de julio de 2006, en Gráfica Don Bosco,
Agraciada 3086, Montevideo, Uruguay.
Depósito Legal N° 339 260. Comisión del Papel.
Edición amparada al Decreto 218/96

Fugar al alba

Se calzó a toda velocidad los zapatos y el pantalón –para la camisa no había tiempo–, y corrió al fondo mientras terminaba de ponerse el saco, que fue lo que atinó a manotear. Si lograba trepar al muro antes de que llegaran los soldados habría chance de salvarse. Pero el condenado muro se resistía. Estaba resbaloso por la lluvia reciente y para peor él no se encontraba muy en forma. Fue el hombro de su mujer lo que le permitió pegar el salto. “Estás loca, soy muy pesado”, había protestado en medio de la angustia. El gesto de impaciencia de China lo obligó a obedecer. Los niños lo vieron pararse como un equilibrista sobre el muro y perderse del otro lado. No vieron el resto: su caída sobre una casilla de un patio vecino y el enorme ovejero alemán que se abalanzó sobre él y le clavó con furia los dientes en la pantorrilla. No sintió el dolor hasta mucho después, encaramado en un 182 que pasaba justo cuando consiguió llegar a la calle. Tratando de disimular el hilo de sangre que corría por la pierna Rogelio se bajó en Castro y Molinos de Raffo y avisó a los compañeros. Mientras, en la casa ingresaban los soldados.

Había llovido esa tarde, como casi todas las tardes de aquel julio de 1972, y los niños habían estado jugando a las adivinanzas mientras los padres hablaban en voz baja. Era así en los últimos tiempos. Sobre todo después de la explosión en la casa de Manga. Desde ese día el padre dormía en casa sólo algunas noches, y los chiquilines habían entendido que era mejor no preguntar demasiado, y sobre todo, no comentar a nadie lo que pasaba puertas adentro. Lo entendieron cuando, de visita en lo de unos parientes, uno de ellos preguntó a boca de jarro: “Y en esta casa, ¿dónde está el pozo?”. La madre los miró como para fulminarlos y balbuceó una explicación confusa: “Qué chiquilines... preguntan porque en casa estamos haciendo unas reformitas, y con los albañiles y el polvo, no vemos la hora...”

Después de eso los hermanos completaron una especie de catálogo infantil con las señales de peligro. Cuando aparecía alguna, se quedaban callados y cubrían la jaula de Coquita con un mantel para que la cotorra, creyendo que era hora de dormir, no alborotara. Esa noche habían estado jugando sin hacer ruido tratando de oír la suave conversación de los padres, mientras Coquita cazaba migas en el piso y revoloteaba entre las patas de las sillas. Poco después se hizo silencio en la casa y se apagaron las luces. El suave ronquido del padre tranquilizaba a los niños, aunque Coquita, que había quedado suelta, lo imitara despacito, como un rezongo.

A las dos de la mañana los camiones rodearon la manzana por General Flores y Larrañaga, y los soldados se esparcieron entre los techos vecinos. La madre escuchó los ruidos y alertó al padre. Cuando irrumpió la patrulla del 4° de Caballería todos contuvieron la respiración, paralizados por el miedo. Todos menos la cotorra que repetía nerviosa “¿Quién es, quién es?”. Unos soldados se llevaron a la madre a empujones, mientras otros recorrían la casa buscando berretines (escondites), armas, dinero, y cualquier cosa de valor.

¿Esa lora es de ustedes? –preguntó un soldado.

Los hermanos, apretados uno contra el otro, contestaron que sí. Uno de ellos trató de levantarla de la baldosa donde el bicho asustado giraba como un trompo y repetía *¿Quién es, quién es?*

Los dos balazos –demasiado para un animalito de cien gramos–, el remolino de plumas verdes y azules que se agitó un instante en el suelo, y la risa del soldado, quedaron para siempre en la memoria de los niños Mechoso Bentancour asociados a la noción de prepotencia.

No fue fácil vencer las resistencias de Juan Carlos Mechoso, “Rogelio”, a prestar su testimonio para este libro. “He estado siempre en el marco de una red de actividades que era cubierta por muchos”, dice. “Cada uno haciendo algo, metiendo el hombro en alguna tarea. ¿Cómo hago yo para no aparecer como apropiándome de algo que no es mío, cuando lo poco o mucho que hicimos fue porque nos potenció un colectivo? No hay nadie que sea representativo de esa compleja y rica malla militante. ¿Alcanza con dejar claro que la mía es una opinión personal, que transmite vivencias y que somos conscientes de que nuestra experiencia está unida a colectivos concretos?” Las prevenciones ideológicas también juegan su papel porque, según Mechoso, al tiempo que los anarquistas quieren la libertad social,

quieren también un pensamiento acorde con ella. Pero, concede, también saben que una trama espesa y poderosa aprisiona sueños y rebeldías. Entonces reconoce que tal vez este libro sea, bien encarado, una forma de comunicar cosas que importan.

Superadas las objeciones iniciales conversó generosamente con nosotros. En su casa de la calle Turquía, en el barrio obrero de la Villa del Cerro donde vive con su actual compañera Marina, hija de Ricardo Barcia e Isla Ritta, destacados anarquistas fundadores del Ateneo del Cerro, intercambiamos opiniones sobre los problemas de la memoria y la selección de los recuerdos. Puso a nuestra disposición un archivo de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) que logró sortear los allanamientos y los más de diez años de dictadura; las cartas de la cárcel y las fotografías familiares. Con esas piezas y entrevistas, entre otros, a miembros de su familia, compañeros de militancia y de prisión intentamos completar el puzle de su vida militante.

Juan Carlos Mechoso, anarquista es un recorrido biográfico con algunos elementos históricos, apenas los suficientes para comprender en su contexto la cotidianidad y la acción de Mechoso.

El apellido Mechoso es referente para muchos militantes políticos en Uruguay, se ha difundido la militancia y las peripecias del hermano del protagonista de este libro, Alberto Cecilio –Pocho– fugado del 5° de Artillería en 1972 y detenido-desaparecido desde 1976. Algunos opinan que Juan Carlos es un referente de un tiempo de utopías y otros, que es “un típico representante del Uruguay que ya fue”.

Vendedor de diarios, obrero de la carne y linotipista en la industria gráfica, socio del Ateneo del Cerro, fundador y dirigente de la segunda Federación Anarquista Uruguaya (FAU) y de su parte armada la Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales (OPR 33) y preso durante doce años en el Penal de Libertad, Juan Carlos Mechoso es un rebelde con una causa: la búsqueda de una sociedad más justa e igualitaria. Su horizonte sigue estando en el socialismo y la libertad. Es también un activista y un organizador político, un intelectual autodidacta que continúa siendo, cumplidos los setenta y un años, un anarquista militante. Su vida ha sido intensa y en el registro de su memoria prodigiosa aparecen vivencias comunes y domésticas junto a otras que podrían considerarse espectaculares, aunque durante muchos años para él la excepcionalidad se volvió cotidiana y lo cotidiano terminó por ser la excepción. Mechoso es hoy un referente para el anarquismo uruguayo, un propagandista destacado de las ideas libertarias. Su casa

es también su cuartel general, donde contrasta la modestia de las construcciones obreras típicas del Cerro con la modernidad proveniente de los adelantos tecnológicos. Al recorrer el pasillo y entrar al escritorio, se tiene la sensación de haber cruzado el umbral del tiempo. Rodeados de libros y documentos, el visitante se encuentra con computadoras y modernos dispositivos informáticos que le permiten comunicarse con el mundo.

Conversamos muchas veces con Mechoso durante 2004 y 2005, a lo largo de esas charlas desfilaron, como en una retrospectiva comentada por el autor, las luchas obreras de los años cincuenta, el activismo militante de los sesenta y comienzos de los setenta, los años de silencio posteriores al golpe de Estado y los tiempos del deshielo en que la gente volvió a hablar en voz alta y salir a la calle.

Es un tramo de historia nacional reciente y lo es también, en cierta forma, de la historia común de muchos países latinoamericanos.

Si bien relatar una trayectoria como la de Juan Carlos Mechoso tiene interés en sí mismo, el resultado cambia según el modo de construir el relato, el ángulo en que se relacione con el presente o la selección que se haga de lo que se rescata y lo que se desecha. Al presentar la historia de sus primeros años, su entorno familiar y barrial, hemos buscado relacionar su peripecia personal con los proyectos colectivos nacionales y continentales de entonces y con los actuales. Esperamos que ese marco facilite la comprensión del proceso formativo de la identidad revolucionaria general en las décadas de 1960 y 1970 y en particular la de una de sus vertientes ideológicas menos conocidas.

Finalmente queremos agradecer a Ivonne Trías, Laura Varela, Daniel Fessler, Alvaro Buela, Ricardo Larrañaga, Patricio Zuloaga, Jorge Velázquez y Ruben Prieto por su atenta lectura a las sucesivas versiones y las valiosas sugerencias.

A todos los entrevistados por su buena disposición a conversar con nosotros.

A la familia de Juan Carlos: Nila, China, Negrita, Enrique, Marina que amablemente accedieron a contestar nuestras preguntas y nos proveyeron de valiosísima información.

A Juan Carlos...

Venirse a la capital

Juan Carlos, tercer hijo de Nilo Mechoso y Alberta Natalia Méndez, nació el 24 de marzo de 1935. Creció junto a sus cuatro hermanos en los suburbios de Trinidad (Porongos), capital del pequeño departamento de Flores, en el centro-sur de Uruguay. Como la mayoría de las capitales del interior, Trinidad aglutina la vida económica, política, social y cultural del departamento y concentra el sesenta y cinco por ciento de su población.

Los Mechoso, gente “de abajo”, como le gusta decir a Juan Carlos, eran una familia de origen humilde que, tras haber vivido en distintas casas de alquiler, alcanzaron a comprar su “terrenito”, pagándolo a puro trabajo. Allí, en Avenida Brasil y Florencio Sánchez, edificaron su casa, de cebato y quincha. La vivienda quedaba sobre la esquina y tenía un enorme naranjo en la entrada.

Era un barrio popular, con grandes descampados y viviendas modestas. El Parque Lavalleja, a una cuadra de la casa, dominaba el paisaje y daba su nombre al barrio. Allí no se podía jugar, en cambio estaba “la plaza, corazón del pueblo, que nos quedaba más o menos a quince cuadras y ahí íbamos habitualmente”. El contraste con el centro de Trinidad, con sus comercios y tiendas, donde residían las familias adineradas propietarias de las grandes extensiones de campo, era notorio.

Nilo era hombre de muchos amigos y solidario con quien necesitara ayuda, razón por la que no podía faltar en su casa un lugar donde cobijar a algún necesitado. Había construido “un galponcito también de quincha, donde además de guardar las herramientas, se quedaba gente con mucha frecuencia. Eran amigos o vecinos que andaban jodidos económicamente, o que llegaban al pueblo de lejos y se quedaban por un tiempo”, recuerda su hijo.

Bohemio, “camandulero”, “viejo vizcacha”, según Nila su hija mayor, el padre era poco constante con el trabajo pero extremadamente solidario, buen amigo de sus amigos y sobre todo desprendido de todo lo material. La familia paterna había gozado, a diferencia de la materna, de un buen pasar. Tuvieron campos que luego perdieron en la timba. “Mi abuela crió a mi padre muy consentido, no le dio responsabilidades. Le gustaba el trago y le gustaba la timba. Mamá era el titán de la familia, la que llevaba todo adelante.”

Nila cree que su padre ya traía en su impronta, sin explicitar, ideas libertarias.

En el barrio vivían dos anarquistas que frecuentaban la peluquería de Nilo, con los que le gustaba conversar y que seguramente algo significaron en sus opciones. Participó de distintas actividades contestatarias, siempre del lado de los más desprotegidos. “Se fue al Partido Nacional Independiente como protesta contra el viejo Herrera. Y cuando la familia se vino a Montevideo abandonó la política partidaria y se vinculó a las luchas de los frigoríficos y de los obreros.”

Juan Carlos concuerda con el relato de su hermana: “Mi viejo no era muy ‘fanático’ con el trabajo. Era en cambio muy bueno, muy generoso, la puerta de casa estaba siempre abierta para amigos y familiares. Algunos se quedaban meses, otros venían por unos días hasta que resolvieran su problema”.

La gran popularidad de Nilo hizo que la peluquería se convirtiese en un espacio muy concurrido por clientes, y sobre todo por amigos que, por lo regular, se cortaban el pelo de “fiado”.

“Mamá le hacía apuntar conmigo a todos los que no le pagaban. Un día abrí un cuaderno y empecé a llevar el control, pero a las pocas semanas se lo tiré por la cabeza. Si igual no le pagaban nada”, ríe su hija.

Como es de suponer lo que dejaba la peluquería no alcanzaba para mantener a su mujer y cinco hijos, por lo que debía rebuscarse con otros trabajos; “changas, especialmente de cuadrillas, trabajos periódicos”.

Una anécdota ilustra la bohemia del padre de Juan Carlos. En Paso de los Toros se estaban instalando las obras de la represa del Rincón del Bonete y Nilo decidió probar suerte. “Como precisaban un peluquero allí marchó mi padre. Sus primos contaban que cortaba tan bien el pelo, que hasta las mujeres querían cortarse con él. ‘Nilo está haciendo plata a granel’, le decían a mamá. ‘Sí, contestaba ella, la debe estar colocando en un banco, porque a mí nunca me mandó nada.’”

Cuenta Nila que su padre, que era “muy pintón”, se fue vestido como lo hacía habitualmente: zapatos, traje y corbata. Pero cuando regresó traía unas alpargatas negras en lugar de sus zapatos. “Creo que mamá no lo llegó a saludar. Entonces él me dice, ‘¿verdad, m’hija, que éstas parecen zapatitos?’. Y yo le contestaba: ‘Sí, papá, quedan como unos zapatitos negros’. Lo adoraba y si él se enojaba con mamá y decía irse yo me le prendía, no quería. Porque cuando mamá se saturaba de él, lo echaba. Él aprontaba la valija, yo lloraba como una Magdalena y el perro no lo dejaba pasar. ‘¿Ve? –le decía papá–, mi hija y el perro no quieren que me vaya, por ellos me quedo.’ Era una figura pintoresca, pero adorable.”

En la misma peluquería sesionaba un comité de blancos independientes cuyos miembros, sin excepción, formaban parte de la asidua clientela de don Nilo.

“Mi padre se pasaba escuchando la radio. Venían los clientes a la peluquería y hablaban de las noticias de la guerra. Por supuesto, a veces hablaban de las internas partidarias. El viejo tenía un amigo zapatero que era anarquista, él venía también a conversar. Papá se llevaba bien con personas de distintas posturas políticas e ideológicas. Le gustaba discutir y conversar con todo el mundo. Tenía preocupación por estar informado, de modo que la radio Víctor estaba siempre prendida, escuchaba todo el día los partes de guerra.”

Juan Carlos recuerda que Flores era un departamento blanco por excelencia y que su padre en una época tuvo un comité en la casa. El comité aglutinaba a los vecinos de la zona periférica, mientras que “el otro comité, ubicado en el centro, era ya de otro tipo, pertenecía a la crema. El de mi viejo, en cambio, era de gente popular y llevaba mucha gente. Primero fue nacionalista independiente, de Adolfo Tejera y Washington Beltrán. Ellos iban regularmente a Flores a los dos comités. Aparentemente Tejera era el que sostenía el discurso más popular, por eso la barra de mi viejo era al que más pelota le daba. Más adelante se hizo quijanista. Recibía el periódico *El Nacional* y él mismo lo repartía. Si bien era muy activista, nunca tuvo cargos”.

Entre las imágenes de la infancia que han quedado difusas por la corta edad de Juan Carlos y su hermana, está el movimiento y el trajín efervescente del período de elecciones en Flores. Es posible que ese vago recuerdo corresponda a marzo de 1938, cuando la ciudadanía definía sus autoridades nacionales. Esas elecciones presentaron dos notas novedosas: la abstención del batllismo neto y del nacionalismo independiente, y el voto, por primera vez, de las mujeres, consagrado por ley en 1932. El Partido Colorado obtuvo la

victoria y el general Alfredo Baldomir, distanciado del terrismo, resultó el presidente electo.

El activismo político de Nilo se desarrolló en el contexto de un país que, lentamente y a la uruguaya, procesaba la salida del período autoritario surgido del golpe de Estado de Terra en 1933.* La vida política en ese momento estaba signada por el fraccionamiento de los partidos tradicionales y por una tensión internacional que aumentaba en forma incesante y que era vivida por los uruguayos como un conflicto propio. El padre de Juan Carlos tomó posición ante los acontecimientos de su tiempo y se alineó claramente con los blancos independientes, opositores a Terra, pro-aliados y enfrentados al herrerismo. La lucha partidaria adquiría en ese momento un perfil muy intenso en medio de las proclamaciones de candidatos. Las enconadas disputas entre blancos independientes y batllistas contra los herreristas, se acentuaban conforme se acercaban las proyectadas, y luego frustradas, elecciones de marzo de 1942.

En ese momento los encuentros en la peluquería se volvían más asiduos y concurridos. Nila recuerda que el mismo día de las elecciones “se reunían todos los que iban a votar. Las mujeres cocinaban ‘ollas podridas’, que eran una especie de caldo con toda la verdura y la carne picada. Aunque el asado con cuero era infaltable. La gente del club se reunía en el fondo de mi casa. Y ahí iban los políticos de Flores y los políticos que venían de Montevideo, como Leonel Aguirre, Tejera y Beltrán”.

Como resultado, la casa de los Mechoso Méndez se sostenía sobre los hombros de la madre, Alberta Natalia, quien cargaba con las responsabilidades económicas del hogar. Ella era, según Nila, quien capitaneaba el barco porque “papá era muy buen padre, muy cariñoso, pero la que llevaba el estandarte era ella. Era una leona luchando”.

Descendiente de italianos, provenía de una familia muy humilde y había aprendido la responsabilidad del trabajo desde niña. Su padre, José Rossi, había sido jardinero de la plaza de Trinidad, pero se fue a Buenos Aires y nunca regresó. Alberta no volvió a saber de

* El 31 de marzo de 1933, el presidente Gabriel Terra, electo por el Partido Colorado dos años antes, disuelve el Consejo Nacional de Administración (Poder Ejecutivo) y el Parlamento, y crea una Junta de Gobierno con el apoyo de algunos sectores de su partido (Riverismo, Sosismo y Vierismo) y de la mayoría del Partido Nacional, liderada por Luis Alberto de Herrera. Legisladores, consejeros y dirigentes políticos de oposición fueron detenidos. La oposición nucleó a batllistas netos, nacionalistas independientes, radicales blancos, anarquistas, socialistas y comunistas.

su padre, incluso no llevaba su apellido. Se crió sólo con su madre, que ya tenía dos hijos de un matrimonio anterior. Fue a la Escuela Ribot, en las afueras del pueblo, hasta tercer año, pero abandonó y enseguida empezó a trabajar en la limpieza de casas de familia, y cuidando niños.

Doña Alberta no le hacía asco a ningún trabajo que arrimara unos pesitos al hogar. Era modista, lavandera, planchadora y en ocasiones se destacaba en la repostería fina. Con frecuencia las familias adineradas le encargaban las tortas para sus fiestas.

Su preocupación era mantener la cohesión de su familia y, a juzgar por las palabras de su hija con éxito: “Como sabía coser nos hizo la ropa, nos hacía los pantalones, todo. Nunca permitió que fuéramos a comer al comedor escolar. En mi casa, paupérrima, siempre hubo comida para sentarnos al mediodía en la mesa y estar todos juntos, aunque fuera tallarines caseros blancos, con aceite y queso. La comida del mediodía era sagrada. Después de comer tomábamos una taza de café con leche, lo más insólito”.

“Era una persona con una enorme voluntad, que mantuvo hasta el final de su vida”, enfatiza Juan Carlos. “Vivió 97 años. Esa fue su característica principal, peleadora de la vida. Actitud que mantuvo cuando vinimos para Montevideo. Era muy disciplinada para su tarea, incapaz de faltar a su trabajo o dejarlo por la mitad. Era una voluntad de fierro la suya. Tenía una autodisciplina impresionante.”

Alberta era creyente pero no iba a la Iglesia. Nilo en cambio, recuerda Juan Carlos, “era ateo, no creía en nada y más bien siempre estaba hablando mal de Dios. Pero la vieja sí era creyente, aunque sus preocupaciones centrales no estaban en lo religioso”.

Alberta y Nilo tuvieron cinco hijos, una mujer y cuatro varones. “La mayor de todos es Nila. Luego sigue Polo (Leopoldo José), el tercero soy yo, luego Pocho (Alberto Cecilio) y por último Ricardo, que murió en Buenos Aires hace unos años.” Tanto Polo como Juan Carlos, los dos varones mayores, conocieron la disciplina del trabajo desde muy pequeños. A los ocho años Polo, el hermano mayor, trabajaba en una confitería. “Era la confitería grande del pueblo en ese momento. Estaba frente a la plaza, como están los grandes comercios en las ciudades del interior: la Iglesia, la comisaría y los comercios grandes”, recuerda Juan Carlos. “Yo a los seis años trabajaba en la casa de unos estancieros. Hacía los mandados, barría la casa y pasaba un trapo a los muebles. En pago me daban el café y un vintén. Trabajaba dos o tres horas de mañana cuando me apuntaron en la escuela. Mis patronos eran dos personas mayo-

res, cristianas, con estancias grandes en Flores. Eran amables, muy cordiales. Estuve un par de años con ellos, hasta que nos vinimos para Montevideo. Ellos querían que yo me quedara a vivir en su casa un tiempo, pero, obviamente, yo me quería venir y mi familia tampoco quería dejarme allá. Mi hermana sólo estudiaba. Mi vieja tenía un concepto sobre este asunto que tenía su realismo, capaz que con un ingrediente de machismo. Solía decir que en la vida los hombres se iban a revolver de alguna manera, pero que la mujer estaba más indefensa, que tenía que estudiar para revolverse en el futuro. Puso empeño en ese criterio y logró, pese a todo, concretarlo. Nila terminó magisterio. O sea que a mi madre se le dio un poco lo de *M'hijo el doctor*, de Florencio Sánchez, pero en miniatura: como no daba para doctor, fue para maestro. Mi hermana quedó estudiando en Flores. Vivía en casa de una tía. La preocupación de mi vieja era que hiciera el liceo y siguiera el estudio. Para los hijos varones la vieja tenía una preocupación relativa con respecto a eso, que supieran leer y escribir; le alcanzaba con que hicieran la escuela.”

En el año 1941 Juan Carlos comenzó a concurrir, junto con Polo, a la escuela de varones que estaba frente a la Plaza de Deportes. Allí hizo su primer año; el resto lo continuaría en Montevideo.

La vida de los hermanos transcurría como la de otros niños: iban a la escuela, jugaban con los otros chiquilines de la cuadra. En esa época “se jugaba mucho al balero, al trompo, al fútbol, a las bolitas. Se jugaba al fútbol en la calle. Habitualmente jugábamos en la plaza del pueblo. El cuadro nuestro era Porongos, que tenía una camiseta como la de Nacional; por eso después me hice hinchas del Tricolor. A la cancha íbamos solos. Además, la vieja tenía un horno de barro y hacía bizcochos, pasteles caseros y tortas y las llevábamos para vender en el estadio y en el pueblo también. Polo era el que llevaba las canastas. De paso, como los dos éramos locos por el fútbol íbamos todas las veces que podíamos a ver los partidos. Como éramos escolares no te dejaban entrar. Tenías que ir con un mayor. Nosotros íbamos solos, pero a vender”.

Para la hermana mayor no era sencillo convivir con cuatro hermanos varones que, según cuenta, eran muy revoltosos. “Juan Carlos, por ejemplo, era un niño superinteligente, brillante en la escuela y muy travieso. Pero el más travieso era Pocho, por eso mamá lo mandó a una escuela de curas. Aunque igual allí se hacía la rabona.”

“Un día mamá había preparado un brasero de aserrín y había dejado una olla con la verdura para que se hiciera. Papá tenía que atender gente, mientras tanto debía dejar que se apagara el aserrín

para que se cocinara todo. Entonces entra el Negro Rivero a la peluquería. Papá me dice: 'Me voy con el Negro que lo voy a acompañar' a tal lugar. 'Papá, le contesto yo, mamá se fue a trabajar y te dijo que nos dieras de comer.' Yo tenía nueve o diez años. 'Vos tocá todo y si está listo les das de comer a tus hermanos', me contestó. En el momento que levanto la tapa para tantear la comida, Pocho, ¡Pocho tenía que ser!, tira un zapato por el aire y ¿no cae el zapato en la olla? Me acuerdo que el caldo se empezó a poner rojo de la tinta del cuero. Polo empezó a gritar que nos quedábamos sin comida. Le pedí a mi hermano que trajera una fuente para sacar la verdura y algo rescatamos. Pero se imaginan cuando volvió mamá de trabajar... si lo encontraba al viejo lo descogotaba. Yo pude salvar solo eso; Pocho se quedó sin zapato y nosotros sin sopa."

Alberta peleaba permanentemente con Nilo por su afición al juego y al trago. Mujer de trabajo y disciplinada, no podía consentir sin protestar las parrandas de su marido. Cuenta Nila que su padre "igual se pasaba un año sin tomar nada pero si un día se empinaba, lo traían de cama. Y mamá, cuando él venía con una botella y encima en curda, con un fierro le deshacía la botella. En una ocasión como era un vino bueno no quiso romperla y la enterró, pero papá se la encontró. Mamá lo perseguía, no quería saber de nada con el trago. Él frecuentaba los lugares de juego clandestino, muy comunes en Flores. Y además de timbero era perdedor". La barra de Nilo reunía a jugadores regulares y, según cuenta Juan Carlos, se destacaban como jugadores de oficio. "Se respiraba un ambiente de timba, por eso aprendí a jugar a la baraja de pibe."

En Trinidad, el matrimonio Mechoso Méndez a duras penas podía mantener la casa. La peluquería proporcionaba una entrada, pero no alcanzaba. Por esa razón, pero no solamente por ella, Nilo participaba de las esquilas en tiempos de zafra. Y claro, también ese ámbito daba lugar al juego y la garufa. "Toda la barra del viejo participaba en ellas con distintas intenciones. Si bien tenían que trabajar, también iban con la idea de timbear un poco."

Cercano a la casa de los Mechoso (a cuadra y media, dirá Juan Carlos), se encontraba el comercio de don Claudio, un brasilero que organizaba timba regular. En ocasiones la policía allanaba los locales de juego y se llevaba a todo el mundo preso. "Nosotros los veíamos pasar. Veíamos cómo los llevaban con mesas y sillas incluidas. Era una cosa insólita, marchaban con todo. Además los milicos del barrio eran conocidos porque también iban a jugar. Pero periódicamente tenían que cumplir, y había algún apriete que castigaba a los vecinos."

Además de jugador empedernido don Claudio era un mitómano ingenioso. Sus anécdotas de fogón corrían por todo el pueblo al punto que Mario Arregui, quien nació y vivió en Trinidad, retomando la tradición oral, las popularizó en sus cuentos. “En Flores buena parte de la literatura de los fogones se nutrió durante muchos años [...] de fragmentos o resúmenes de los largos cuentos de don Claudio González, un hombre que murió en 1948. Fue éste un personaje curioso que dedicó por lo menos un tercio de sus días a contar siempre en primera persona, con la mayor seriedad, sin permitirse ni permitir sonrisas, sin tolerar bromas o interrupciones de sus oyentes [...] algo así como capítulos sueltos de muy singulares y muy criollas y un tanto ingenuas novelas de caballería [...] fue el más grande fabulador y narrador que haya muerto, vivido y tal vez nacido en este nuestro pueblo.”*

Arregui lo describió como un hombre “alto y fuerte, muy huesudo, de pelo negro y encrespado, tez cetrina o ‘color del país’, ojos grandes y un poco saltones y (según dijo su hija) mucho más claros de lo que uno puede apreciar en las fotos; era serio, austero, respetuoso y partidario del respeto y pronto de genio cuando husmeaba irrespeto. Sus dos pasiones fueron la mitomanía y la timba”.

Como en tantas otras, en la casa de los Mechoso, años después, todavía se contaban los cuentos de don Claudio. Era creativo en sus ocurrencias, en sus mentiras descomunales. Juan Carlos recuerda un cuento particularmente insólito. Se trataba de dos perros que, de tan bravos, se devoraron el uno al otro. Uno de ellos pertenecía, por supuesto, a don Claudio. A su vez, el otro tipo había traído al suyo, que era también bravío y furioso. Armaron así una competencia entre los dos perros. Como era tan peligrosa la pelea, los encerraron en un galpón y los dejaron ahí peleando. Pasó un día entero y al otro día fueron a ver qué había pasado, quién había resultado vencedor. Según la versión del pintoresco narrador, al entrar al galpón sólo se divisaban dos colitas que continuaban peleando.

Esos cuentos, populares en Flores, son los que Arregui toma para sus ficciones. “Fue para mí una sorpresa encontrarlos estando preso en la biblioteca del Penal de Libertad. Volví a reírme con los cuentos de don Claudio, ahora en una celda.”

* Mario Arregui, “Contaba don Claudio” en *El narrador*, Montevideo, Arca, 1972.

La guerra

El Uruguay de los años cuarenta estuvo signado por las repercusiones de la Segunda Guerra Mundial, que acapararon la atención de la ciudadanía, los titulares de los diarios y los informativos radiales. Bajo la influencia de Estados Unidos, el gobierno uruguayo reforzaba su adhesión a la política panamericanista de una indisimulada tendencia aliadófila y dejaba por el camino la política de neutralidad decretada en setiembre de 1939. Se vivía un clima de conspiración generalizada donde las denuncias de actividades nazis eran moneda corriente. La guerra llegó a las costas uruguayas con un episodio que se grabó para siempre en la memoria de los pacíficos lugareños: la destrucción del acorazado alemán *Graf Spee*, por naves británicas en diciembre de 1939.

En mayo de 1940 se creaba la Comisión Investigadora de Actividades Anti Nazis y el 18 de junio de ese mismo año se promulgaba la Ley de Asociaciones Ilícitas. Los partidos políticos, en tanto, sufrían serias fisuras internas y sus fracciones se realineaban en torno a las divergentes posiciones en materia de política exterior. Batllistas, nacionalistas independientes, comunistas y socialistas, abrazaron la causa aliada. Mientras tanto, herreristas y terristas, pese a su definición de neutralidad política, no lograban ocultar sus solapadas simpatías por el nazifascismo. Pero la orientación de la opinión pública, sensibilizada ante el peligro nazi, se teñía de un fuerte contenido antifascista. El lunes 30 de junio de 1941, esa opinión pública se estremeció con la noticia de que en la ciudad de Durazno se había producido un atentado por parte de grupos nazifascistas. El peligro dejaba de ser latente para hacerse manifiesto. Los diarios montevideanos y del interior titulaban en grandes caracteres: “El nazismo cumplió ayer en Durazno otra etapa de penetración de nuestra patria” (*El País*); “En Durazno se perpetró un crimen de cuño nazi” (*El Plata*); “Un suceso sin precedentes. Las manos armadas de

los nazifascistas descargaron alevosamente sus proyectiles y su odio contra el pueblo reunido que exteriorizaba su fe democrática” (*Democracia*, Durazno).

En ningún rincón del país se permaneció indiferente a ese atentado, cuyo saldo fue de varios heridos y un ciudadano muerto. De acuerdo a la crónica periodística, ese mismo día estaba programado en la ciudad de Durazno un acto promovido por simpatizantes de los países del Eje. A este acto concurriría una caravana de autos procedentes de Montevideo, encabezada por el diputado y director del diario pro nazi *Libertad*, Alejandro Kayel, luego de asistir a un almuerzo organizado en la casa de Carlos Morganti. Simultáneamente, y en repudio a este acto, una manifestación estudiantil recorría la ciudad coreando las consignas “Viva la democracia”, “Abajo el fascismo”. Los enfrentamientos entre ambos grupos no se hicieron esperar. En ese instante desde los autos comenzaron los disparos. El resultado fue la muerte del anciano Gregorio Morales. Entre los heridos, en su mayoría estudiantes, fue baleado en la cabeza el estudiante Walter Medina, de diecisiete años. Bien vale una digresión al respecto. Por obra de la casualidad o simplemente por ironías de la vida, treinta y dos años después, un 10 de julio de 1973, otro estudiante de secundaria llamado Walter Medina, también, con diecisiete años, muere de un balazo disparado por un policía en Piedras Blancas (Montevideo) mientras pintaba un muro contra el golpe de Estado y en reclamo de “consulta popular”.

Los hechos de Durazno provocaron la unánime condena de la población y de las autoridades gubernamentales, en particular a través de las declaraciones del ministro del Interior, Pedro Manini Ríos. Las actividades de grupos nazifascistas venían siendo denunciadas en el Parlamento y en la prensa capitalina, que cargó sus tintas contra la campaña propagandística pro nazi del diario *Libertad*. A consecuencia de estos hechos, la Cámara de Diputados designó una Comisión Especial con el cometido de proponer una fórmula legal que permitiera la clausura de ese diario. En julio el diputado Kayel fue suspendido de la actividad legislativa por “su prédica totalitaria”. Mientras tanto los responsables de la balacera, entre ellos el principal acusado, Carlos Morganti, fueron procesados con prisión. En distintas ciudades del país –Mercedes, Florida y Artigas y por supuesto en Durazno y en Montevideo– hubo actos de repudio. La proximidad entre Trinidad y Durazno hizo que esos violentos acontecimientos provocaran una fuerte conmoción. “El caso Morganti es de esas impresiones fuertes que uno tiene de gurí. Tan grabado me quedó que muchos años después me preocupé en

saber cómo había repercutido ese episodio en la opinión pública nacional.”

En el departamento de Flores existía un importante movimiento que reunió a militantes blancos y batllistas, a trabajadores y estudiantes que se movilizaron juntos a través de un comité antifascista. Los grupos pro nazis también desplegaban intensas actividades. Narra Mechoso que el denunciado diario *Libertad*, si bien se publicaba en Montevideo, era repartido en las calles de Trinidad. Ante los trágicos sucesos de Durazno, los militantes políticos y los estudiantes demócratas trinitarios reaccionaron de inmediato. Los encabezados de la prensa local reflejaron la situación: “La víctima fue un ciudadano demócrata” (*Independiente*). “Repudiamos el crimen de Durazno” (*La Idea Nueva*).

La Asociación de Estudiantes de Trinidad, cuyo secretario era en ese entonces Alberto Sendic –hermano de Raúl, el futuro fundador del MLN Tupamaros–, se plegó a la huelga por tiempo indeterminado declarada por la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) en Montevideo, a la que se sumaron los alumnos de la Escuela Industrial. Para concurrir al sepelio de Morales se organizó una caravana hacia Durazno.

En la noche, de regreso a Flores, continuaron las manifestaciones de repudio y se produjeron varios incidentes. “Había un nivel de indignación muy grande” enfatiza Juan Carlos. La gente se iba agolpando en la plaza en señal de protesta. Los gritos subieron de tono, y comenzaron las pedreas contra residencias y comercios cuyos propietarios estaban sindicados como simpatizantes nazis o fascistas. Esa noche, los comercios trinitarios fueron asaltados y la mercadería fue sacada a la calle e incendiada. La Policía, con la ayuda del Ejército, intentó tenazmente disolver a los manifestantes. Decenas de almacenes y tiendas fueron arrasados: el almacén de Jorge Baretta, la tienda de Manuel Tedin, la zapatería de Donato Paolino, la casa del profesor Freschauer, alemán que daba clase en el Liceo de Trinidad. Recuerda Mechoso que a uno de los almacenes, “si no me equivoco el de Luis Stanlingber, que era un almacén enorme y de mucho capital, le encontraron en una pieza del fondo una foto grande de Hitler. Los estudiantes habían establecido que el dinero no se tocaba, aunque sí se podía quemar. Durante este episodio también hubo tiros. Nosotros en casa teníamos un pánico grande. Estábamos todos en la puerta esperando que volviera mi viejo, que estaba junto a todo su grupo en medio de esa actividad. Yo tenía seis años y de las cosas de niño es la que recuerdo más, tal vez por el miedo y el ambiente que había”. Nila también recuerda que ese día “prendie-

ron fuego muchas cosas y corrió mucha bebida. Ahí papá se agarró una señora curda, pero no se trajo ni un caramelo”.

El periódico local, *La Idea Nueva*, condenó los desbordes de la multitud: “Los excesos no conducen a nada bueno y deseable y –agregaba– el lunes, invocando una libertad y una democracia que ni conocen, ni saben defender en los hechos, los grupos irresponsables e incontrolados que cometieron lo que todo espíritu hondo repudia, en Trinidad ocurrió lo que nunca había ocurrido: se robó, se saqueó y se incendió”. La prensa evaluó en más de treinta mil pesos las pérdidas ocasionadas.

“Al otro día de la quema de mercadería de los comercios –cuenta Juan Carlos– la policía pasó casa por casa allanando, incluso la mía. Pero en casa no había nada. Tengo un vago recuerdo de la policía entrando en todas las piezas y revisando hasta detrás de los muebles. En las casas donde encontraban alguna mercadería se llevaban preso al dueño. El criterio de los organizadores de la protesta había sido no tocar nada de los comercios, pero, con la miseria que había en aquellos barrios, la gente llevó de todo. Esa noche, mientras nosotros esperábamos al viejo, veíamos pasar la gente con las barricadas de yerba y paquetes. Hay una anécdota, un caso de lo más curioso que después fue el hazmerreír del barrio. Uno de los vecinos, un gaucho moreno que vivía en las afueras del pueblo, durante el saqueo se llevó un teléfono. Él intervino porque fueron a tirar el boliche para afuera, era un gaucho corajudo. Se ve que tenía un sueño, cierto deslumbramiento con el teléfono, quizá porque adoraba la tecnología. Tendría algún sentido mágico porque lo cierto es que el hombre en su casa no tenía ni electricidad, por lo cual poco uso podría darle. Desde entonces quedó marcado en el barrio como ‘el que se llevó el teléfono’. Era pintoresco y cantidad de gente se reía pues, si no tenía ni luz, qué iba a hacer con el teléfono.”

Para un pueblo tan tranquilo como Trinidad, agrega Juan Carlos, todo aquello fue un acontecimiento histórico. El episodio se comentó durante años. Y en la peluquería de Nilo era comentario obligado.

Los caminos del anarquismo

Cuando Juan Carlos tenía siete años, en 1942, los Mechoso se mudaron a Montevideo. La vida en Trinidad se volvía cada día más dura, la peluquería ya no era rentable y Alberta se veía obligada a trabajar sin descanso para parar la olla. “El viejo era muy generoso, –dice Juan Carlos– por lo que los cortes de pelo fiados empezaron a ser la mayoría. Eran muchos amigos y vecinos que andaban en la llaga y sin trabajo. Llegó un momento en que los viejos consideraron que tenían que tirarse al agua y venir para Montevideo. Exilarse hacia la ciudad, con la expectativa que generaba la abundancia de trabajo y los buenos sueldos, en fin, todos esos mitos son poderosos para la gente que está en ciertas condiciones.”

Durante la relativa bonanza económica de la década de los cuarenta, muchos pobladores del interior emigraban a la capital, seguros de que allí harían realidad sus deseos de prosperidad. En pleno proceso industrializador Montevideo encandilaba. Las fábricas se multiplicaban y junto a ellas las oportunidades de empleo y de un salario que alcanzara. En la “gran ciudad” se abría un mundo de posibilidades que dejaban atrás la vida rutinaria y de pocas perspectivas de Trinidad.

Inicialmente Nilo vino solo, con el propósito de conseguir un empleo que luego permitiera el traslado definitivo de la familia completa. “Es lo que se hacía primero, explorar el panorama. Tratar de ubicarse, para después traer la familia.”

El segundo paso era encontrar un lugar donde instalar a la mujer y los hijos. Para ello contaba con recursos escasos pero tenía la ayuda de la tía Aída, una hermana de Nilo que había ido a Montevideo un tiempo antes como sirvienta de unos estancieros de Flores.

“Había una posibilidad de alquilar algún conventillo, porque en ese momento era lo único accesible en nuestra situación. En aquel tiempo todavía no existían en Montevideo los llamados cantegriles o asentamientos precarios. El alquiler del conventillo era barato, siempre y cuando se consiguiera trabajo.”

“Se publicaban muchos avisos para diversos trabajos. Recorrió también distintas peluquerías ofreciéndose para hacer las suplencias en los días que descansaban los peluqueros efectivos. Había peluquerías que también trabajaban los sábados y los domingos.”

Para un peluquero de Trinidad era difícil enfrentarse a la clientela, bastante más sofisticada por cierto, de Montevideo. “Papá era un hombre con oficio –comenta Juan Carlos– pero acostumbrado a tratar con una clientela más sencilla. Tuvo algún problema porque el corte de pelo acá era diferente al que se hacía en Flores, donde se cortaba a tijera y los cortes eran simples. En Montevideo, en cambio, pesaba la moda y el público era más exigente. Los cortes de pelo eran más *fifi*, más para vestir; en Flores lo que importaba era sacarse un poco la pelambre de arriba y nada más. Siete u ocho años más adelante, los cortes serían todavía más complicados, especialmente entre los jóvenes de las barras que iban a los bailes.” De modo que Nilo debió reaprender su oficio, cosa que hizo con bastante rapidez.

“Era peluquero desde hacía muchos años, e incluso le cortaba el pelo a las mujeres; a la *garçon* en ese tiempo, por lo menos en Trinidad y en los barrios. Más adelante el viejo iba a entrar a trabajar de peluquero en un bar que quedaba justamente frente al Mercado Modelo. Allí se cortaba mucha gente gracias al movimiento del mercado.”

“Finalmente con la changa que había conseguido en el Mercado Modelo, más las suplencias de peluquero, se animó y se largó a traer a su familia a la capital.”

En Montevideo, el padre de Juan Carlos abandonó definitivamente la militancia política. “Se decepcionó tanto en lo personal como en lo político. Vista de lejos la cosa era distinta. Al comité del viejo en Trinidad llegaban los políticos de acá: Adolfo Tejera, Washington Beltrán y su hermano, creo que era Enrique. Había gran familiaridad, mucha atención y frases de amistad. Cuando vino para Montevideo fue a verlos para ver si le conseguían un trabajo. Ni pelota, se lo sacaron de arriba enseguida. Él creía que gente que durante tantos años había ido a su casa, que incluso había comido con la familia y hasta se decían amigos, no le iba a fallar. Tenía esas cosas crédulas. En realidad era considerado como gente de campaña que sirve para atender el comité y nada más. Ahí el viejo se desengañó y cortó con la actividad política partidaria. Se mantuvo interesado por los informativos y siguió hablando de cuestiones políticas generales, pero se dedicó al trabajo y a las copas. Las copas no las dejó.”

Apenas arribada a Montevideo, la familia Mechoso se estableció en el barrio Palermo, “en un conventillo en la calle Ansina 1010. Barrio Reus al sur. Inolvidable. Era sólo una cuadra, entre Isla de Flores y San Salvador. Recuerdo que en esa cuadra prácticamente

todas las familias eran negras. La casa en que vivíamos era un apartamento de un bloque de cuatro o cinco pisos y tenía comodidad. En cada piso cabía una familia grande. Los alquileres eran muy baratos allí, probablemente porque a los dueños les costaba alquilar. Aun los pobres tenían sus prejuicios y veías que los que terminaban alquilando eran también negros. A nosotros sólo nos interesaba tener casa donde vivir. Mi padre era hombre de barra, de gente variada, de timberos, y los prejuicios, esas estupideces, no iban con él”.

Si bien allí solamente vivieron cerca de un año y medio algunas imágenes, pese al paso del tiempo, permanecen vivas en su memoria.

“Era un barrio muy alegre y nuestra cuadra más aún. Las cuerdas de tambores eran espectaculares. Empezaban a salir desde meses antes de febrero. Los tamboriles hacían la barriada todos los sábados y domingos. Incluso Martha Gularte, la vedete de la época, salía en una comparsa de la calle Ansina. El tambor era la vida para el barrio y los ensayos de carnaval o las ‘llamadas’ eran un espectáculo. Yo era muy chico todavía, pero a veces iba a ver. La característica fue ésa en ese barrio; gente fraternal y alegre. Vecinos de lujo.”

La pasión por el fútbol, ahora en la capital, tomaba otra dimensión “el fútbol y el Estadio Centenario fueron cosas fuertes. En Flores escuchábamos los partidos por radio. Nos gustaba el fútbol con locura. Mi hermano mayor es hincha de Peñarol, y yo de Nacional. La primera vez fuimos juntos al Estadio y después seguimos yendo casi todos los sábados y domingos. Para nosotros, gurises de Flores, los jugadores eran dioses. Los conocíamos por las figuritas; eran algo lejano, muy lejano. Pensar nomás que íbamos para el Estadio era para ponerse a temblar. Era el templo donde estaba el tipo de la figurita jugando. Existían de verdad. Luis Ernesto Castro, Cioca, Porta, Atilio García, Zapirain, ¡qué cuadro!, cinco años consecutivos Campeón Uruguayo. Bueno, también el Peñarol de Máspoli, Obdulio Varela, Lorenzo Pino, Camaití y Guido Bastarrica. Nuestra primera ida al Centenario fue una cosa impresionante. Tuvimos que jugar nos para poder ir. Había una placita cerca de casa, en la calle Durazno esquina Minas, y teníamos permiso para ir solamente hasta allí. Pero con mi hermano nos escapamos para el Estadio y lo seguimos haciendo hasta que la vieja nos dio la captura. Un día nos siguió y nos vio tomar el tranvía; era el número 8”.

La ciudad provocaba en Alberta ciertas aprehensiones y en consecuencia, mantenía hacia sus hijos una actitud de severidad. “La vieja era muy cuidadosa, tenía miedo que nos pasara algo. Nos dejaba andar en los alrededores del barrio. El Estadio Centenario era para mi madre una cosa lejana, llena de gente y de líos. Estaba fuera de su horizonte y no lo podía visualizar como garufa para

niños. Para ella era un mundo extraño. Pero en eso fuimos consecuentes: toda vez que pudimos, arrancamos para el Centenario.”

Fue en Palermo que Juan Carlos se enfermó de tuberculosis. En un primer momento fue internado en el cercano Hospital Pedro Visca. Una vez que le dieron de alta debió mantener absoluta quietud cerca de un año. Entretanto, la familia volvió a trasladarse. Esta vez, hacia Nuevo París, a la casa de una prima de Nilo, donde se instalaron en forma provisoria mientras buscaban otra casa para alquilar.

“Mientras estuve a quietud, leía y leía. Lógicamente no había televisión en esa época, entonces pasaba leyendo revistas y libritos diversos. No tenía otra cosa que hacer y estaba sentado todo el día leyendo. No sé si me gustaba la lectura, capaz que era el ocio, pero después agarré la costumbre. Pasaba leyendo revistas y siempre conseguía más. Salía a traficar revistas con los gurises del barrio. Creo que de ahí me vino el hábito de leer. Capaz que finalmente fue de lo mejor que me pasó. Sí, debe haber sido lo mejor que me pasó.”

Finalmente, en 1944, los Mechoso se fueron a vivir al barrio de La Teja que aún era Pueblo Victoria, a una casa vieja, amplia y con comodidad para toda la familia.

En la Teja, según cuenta su hija, Nilo “trabajó en la fábrica de vidrio Ganchou y luego en el frigorífico Swift. La peluquería casi no marchaba. Sólo algún viejo del barrio venía de vez en cuando a ‘hacerse la barba’ y cortarse el pelo”.

Alberta, en tanto, continuó cocinando y limpiando para afuera.

“Nuestra casa estaba ubicada en la calle José Mármol 983, casi Humboldt. Era la más barata que consiguieron y ahí nos criamos. En el sótano de nuestra casa se fundó el Vencedor, el cuadro del barrio que fue poderoso después. Los cuatro hermanos fuimos a la escuela Yugoslavía, que nos quedaba a dos cuadras, frente a la Plaza Lafone. También a pocas cuadras de casa, en la Cachimba del Piojo, estaba la cancha de fútbol de nuestro cuadro. Era una cancha de arena. Después venía el puente y el arroyo Pantanoso y atrás estaba el frigorífico Castro. La Teja tal vez era de los lugares que tenía más cantidad de canchas y cuadros de fútbol.”

Al mudarse la familia se agranda. “Les cuento lo de este hermano, Vicente, que nos llegó cuando vivíamos en La Teja. La persona que nos alquiló la casa cuidaba chicos del Consejo del Niño. Antes de alquilarnos entregó al Consejo los niños que cuidaba desde hacía años. Fueron a parar al Albergue de Menores. Al poco tiempo se escaparon y volvieron a la casa donde habían vivido, es decir, donde nosotros estábamos viviendo. Pidieron para quedarse un tiempo y mis viejos dijeron que sí. Pasaron a formar parte de la familia. Eran tres; dos se fueron al tiempo. Pero Vicente se quedó años y pasó a

ser uno más. Vicente Revello fue el primero que se hizo anarquista en casa. Era un poco mayor que nosotros, dos años más o menos. Era un loco muy combativo y además con una experiencia distinta. Había tenido que pelear duro para vivir. Era duro en la pelea y buena gente, tranquilo, no era agresivo, muy cordial y con inquietudes por las cuestiones sociales. Compartió nuestra vida, se llevó muy bien con nosotros”, cuenta Juan Carlos.

Nila recuerda que a los muchachos les dieron el sótano para vivir. “Eran como hermanos. Vicente pintaba, limpiaba la casa. Era un gallego muy tesonero, muy porfiado. Compinche de la ideología de Juan Carlos.” Vicente tomó contacto con las ideas libertarias cuando entró a trabajar en la fábrica de vidrio Ganchou “y desde entonces, recuerda Juan Carlos, militó con nosotros”.

Buena parte de la vida de los hermanos Mechoso, sus diversiones y juegos, transcurría en la calle. “Antes, el muchacho joven salía afuera y cada tres o cuatro cuadras había una barra, la famosa barra de la esquina. Eran distintas a las de hoy en día; eran barras sólo de hombres, no había mujeres. En la esquina de mi casa había una carnicería y una canilla de agua. Ahí paraba una barra de muchachos, que ya estaba cuando nos mudamos. Nuestra casa quedaba a media cuadra. Enseguida de mudarnos empezamos a juntarnos con ellos. Había una variedad de edades, muchachos de diecisiete, dieciocho años, y después nosotros, que teníamos nueve, diez, once, pero ahí paraban todos. Después, de alguna manera, nos fuimos reagrupando de acuerdo a simpatías. Mi hermano hizo mucha amistad con un vecino de enfrente que también era de la barra, Juan Amestoy, que con el tiempo terminó casándose con mi hermana. Con Juan después fuimos compañeros de trabajo y militamos juntos en el sindicato.”

Cuando llegaron a La Teja, según Nila, Juan Carlos, que tenía unos diez años, ya se estaba poniendo rebelde. Él y su perro, con el que solía perderse.

“En la escuela de la Plaza Lafone le tiró un tintero al maestro Mula y lo echaron. Juan Carlos era el hijo al que mi padre más quería, pero el que más lo hacía rabiar. Una vez en La Teja le dio una trompada que le hizo saltar la sangre de la nariz. Era muy rebelde y muy contestador. Pero al mismo tiempo, muy trabajador y ahorrativo. Juntaba para cuando los padres precisaban, no era una persona de tirar el dinero, de pensar solo en él.”

Con la calle por escenario preferido, Juan Carlos y sus amigos vivían el fútbol con pasión. “Nuestra barra formó un cuadro: Vencedor. En algún momento fue el mejor cuadro de La Teja. En la otra cuadra, también por José Mármol, había un terreno baldío bajo,

una especie de agujero que parecía un tobogán. En ese lugar estaba el otro cuadro. De ahí le viene el nombre: Tobogán. Tenía también su hinchada bastante grande, y era el rival por excelencia. Entre un cuadro y el otro mediaba una cuadra de distancia.”

El Vencedor estaba en un lugar típico del barrio: la Cachimba del Piojo, ubicada a cuatro cuadras de la Plaza Lafone. Se dice que es un manantial del que surge agua limpia desde 1860, cuando La Teja era aún el Pueblo Victoria, y hacia allí llegaban a pie las lavanderas desde la zona de los saladeros del Cerro. “Después del partido muchos se bañaban en ese manantial”, recuerda Juan Carlos. Además del fútbol, uno de los entretenimientos predilectos de los jóvenes del barrio (salvo Juan Carlos), eran los bailes. “Muchos arrancaban para el Sudamérica, la Lira, el Selecto. La Lira era un baile que había en La Teja al que iba mucha gente del barrio y también del Cerro. Era un baile privado, comercial, pero a la vez muy abierto. El dueño era un tipo del barrio que traía una orquestita, de repente un fuelle y una guitarra. Algunos de los músicos que tocaban regularmente en los bailes eran conocidos y eran buenos. Pero los más bailarines marchaban para el Colón o el Sudamérica. El baile era la gran garufa; después de las barras de la esquina, era la socialización que había. Había un baile en el Cerro al que iba bastante muchachada de La Teja: el Selecto. Quedaba a dos cuadras de la Curva de Grecia. Fue también cine-teatro. Allí se hacían unos bailes grandes, concurridos, mucho más grandes que los que había en La Teja. Yo bailaba un poco en bailes familiares, pero era bastante pata dura. Empecé a militar en el anarquismo a los catorce años y mi centro de interés estaba ahí. Mi hermano Pocho, en cambio, no se perdía un baile. Formaba parte de una barra de seis o siete muchachos que iban a bailar habitualmente y que siguieron haciéndolo hasta los diecinueve o veinte años. Pocho era un buen bailarín.”

Junto a la barra de la esquina, el fútbol y los bailes, el cine ocupaba un lugar destacado de entretenimiento y vida social. La Teja tenía su propio cine, el Miramar, ubicado en la actual sede del Club Progreso. “Ese cine era muy especial. Había funciones todos los días. Los martes las funciones eran populares y baratas. Los domingos eran las clásicas funciones de todo el día con seriales de quince capítulos. En esos casos daban una cantidad de episodios que se veían de a uno por vez, y donde el muchachito siempre quedaba por salvar a la muchachita o estaba por matar al villano, y tenías que esperar al capítulo siguiente para ver lo que pasaba.”

Como en Trinidad, la casa de los Mechoso siguió con las puertas abiertas para los amigos. Se convirtió así en un ámbito natural de

reunión para la familia, amigos y vecinos que tenían siempre algún motivo de celebración.

“Cualquier cosa venía bien: fin de año, Navidad, cumpleaños, todas las fiestas. Éramos muchos en casa, a los que hay que sumar amigos. Mi vieja acompañaba bien, cocinaba increíble, y le gustaba que hubiera gente. Era capaz de cocinar para veinte o treinta personas, pasteles de carne con pasas de uva, por ejemplo. En las fiestas llenaba las mesas. Bueno, eso fue posible cuando todos trabajábamos.”

Juan Carlos creció en el Uruguay de las “vacas gordas”. Entre 1940 y 1955 el país vivía su bonanza económica gracias al crecimiento acelerado de su producción industrial, como consecuencia de la política de sustitución de importaciones promovida por el neobatllismo. La Segunda Guerra Mundial y la posguerra generaron condiciones internacionales favorables para la profundización del proyecto de industrialización.

El impulso de la industria, con la instalación de muchos establecimientos fabriles, había posibilitado el crecimiento de barrios como Nuevo París, el Cerro y La Teja. Desde el siglo XIX se fijó la zona del Cerro y del Pantanoso para la ubicación de los saladeros y, por tanto, su población estuvo mayoritariamente constituida por trabajadores y sus familias. Más adelante, el vecino y populoso barrio de La Teja agruparía a numerosas fábricas, manteniendo el carácter de su población modesta y de raíces obreras.

Allí estaban la metalúrgica Ferrosalt, el frigorífico Castro, la planta de combustibles de ANCAP, fábricas de vidrio, la chanchería Alianza, la gran fábrica de jabones BAO. Si bien se mantenían las condiciones de pobreza, cuenta Juan Carlos, las posibilidades de obtener empleo habían aumentado. “Los gurises, además, conseguían trabajo en comercios. Había letreros por todos lados: ‘Se precisa muchacho’. El barrio estaba lleno de comercios. De alguna manera era el efecto de un consumo que crecía. También era el arrastre de la ocupación que proporcionaban los frigoríficos y las muchas fábricas de la zona. El laburante comenzaba a construir su casita, entonces había ferreterías, barracas, vidrierías, carpinterías. Los almacenes y los bares también tenían mucha vida. Cada una o dos cuadras había un bar que tenía su público regular y todos trabajaban bien.”

La progresiva concentración de fábricas, con el consecuente incremento de obreros industriales, ambientó la expansión y el simultáneo fortalecimiento de las organizaciones sindicales. Surgen así nuevos gremios y se revitalizan otros ya existentes. Es una eta-

pa de logros y conquistas tanto en materia salarial como de otros beneficios y mejoras en las condiciones laborales. Los Consejos de Salarios, creados en 1943, fomentaron la organización sindical y crearon espacios de negociación y concertación que, junto a la creciente movilización, fueron capitalizados por el movimiento sindical. En este contexto, los enfrentamientos obrero patronales alcanzaron un punto álgido que se tradujo en duros conflictos sindicales: las huelgas metalúrgicas de 1946, 1947, 1950 y la de 1955 en Ferrosnalt donde resultó muerta durante una manifestación solidaria la vecina María del Carmen Díaz (madre de las obreras Thelma y Norma Casanovas y suegra de Mario Pérez, el principal dirigente de esta fábrica metalúrgica), el paro general del 30 de junio de 1947 en rechazo a las propuestas tendientes a limitar el derecho de huelga, la resistencia a las Medidas Prontas de Seguridad de 1952, las huelgas textiles de 1953, o la de los trabajadores de la carne en 1956, por mencionar sólo algunos. La sindicalización alcanzaba también a los trabajadores del sector público.

El tiempo que Juan Carlos vivió en La Teja coincide con estas luchas, en las que participó activamente, y es el momento de sus primeros contactos con el anarquismo. De una forma u otra sus actividades se mantuvieron siempre muy ligadas con la conflictividad social desplegada en este barrio. Puesto que empezó a trabajar siendo aún niño, incorporó tempranamente también la cultura del trabajo. “Estaba en tercero de escuela cuando empecé a trabajar en un almacén, en el barrio Victoria; quedaba frente a la fábrica de vidrio Ganchou, en José María Vidal casi Emilio Romero, donde ya trabajaban mi viejo, mi hermano mayor y un hermanastro. Abandoné la escuela para trabajar cuando terminé cuarto año y había pasado a quinto. El dueño del almacén, Gallo, me propuso duplicarme el sueldo a cambio de que trabajara doble horario. Acepté la propuesta y dejé la escuela. Allí trabajé hasta más o menos los doce años.”

La Ganchou, a la que iba asiduamente, estaba sindicalizada y en ella tenían gran influencia los militantes anarquistas. “A veces le llevaba mercadería a alguno de los muchachos de la fábrica, que compraban en el almacén donde yo trabajaba. Entraba a la fábrica a dejar el pedido. Había unos hornos impresionantes y me acuerdo que hacía una calor brutal. A la gente que trabajaba en las fábricas de vidrio le quedaba la piel medio amarillenta, por las condiciones de trabajo y la intensidad de esos hornos. Muchos trabajaban en la boca de los hornos, con unas pinzas con las que moldeaban el vidrio líquido. En ocasiones, algunos trabajadores hacían artesanías por fuera de los moldes; ésas eran para traer para su casa.”

Como ocurría en otras fábricas de la zona, la mayoría de los

obreros “provenían de distintos lugares de La Teja. Por ejemplo, cinco o seis eran de la barra de la Cachimba del Piojo. Esa barra se hizo casi toda libertaria. El sindicato y los compañeros que estaban al frente eran muy combativos. Sintonizaron bien con la barra de la Cachimba”.

La fábrica Ganchou participó en los conflictos de la época y llevó adelante sus propias luchas. En ellas estuvieron involucrados Nilo y los hermanos de Juan Carlos. “Me acuerdo en particular de una lucha del sindicato de Ganchou porque me llevé un gran julepe. Ese día la fábrica estaba rodeada por la policía y mi viejo y mis hermanos estaban adentro. La fábrica había sido ocupada y los trabajadores tomaron a los patrones de rehenes porque no habían pagado la quincena y los tenían a cuento. La comisión directiva del sindicato había intentado negociar y, ante la negativa de los patrones, ocuparon con ellos adentro, sin dejarlos salir. Al poco rato estaba toda la taquería, la milicada, rodeando la fábrica, cubriendo principalmente la puerta. Al final apareció la guita y los patrones pagaron los sueldos adeudados. Ese era un gremio dispuesto y fuerte. Estaban todos dispuestos a mantenerse ocupando y resistiendo.”

A los catorce años, luego de un breve período trabajando en un puesto del Mercado Central, Juan Carlos ingresa como peón en la chacinería Alianza. Allí comienzan sus primeras actividades sindicales. Simultáneamente se integra al movimiento anarquista. “Yo había aprendido algo del oficio, sabía hacer facturas, morcillas, queso de chanco, chorizos. Sabía el trabajo de un medio oficial más o menos, pero me tomaron de peón y gracias. El salario era cinco veces más del que estaba ganando en el puesto del Mercado. El personal obrero de Alianza, tanto el del matadero como el de la fábrica, estaba afiliado a la Federación de la Carne. En total eran unos setenta obreros. La chacinería quedaba a pocas cuadras de casa. Pocho también entró a la Alianza, pero un poco después.”

La Teja y el Cerro fueron escenarios de importantes luchas sindicales y fuertes enfrentamientos tanto con las patronales como con la fuerza policial encargada de reprimir.

Juan Carlos recuerda que en el año 1949 varios gremios comenzaban a organizarse mientras otros reordenaban su vida sindical. “Algunos gremios que venían de antes, como en el caso de frigoríficos, ya tenían sus organizaciones. Otros habían surgido recientemente al abrirse nuevas fábricas. Los navales, por ejemplo, son un gremio viejo. Pero era de los gremios que eran fuertes, con posiciones combativas y definitivamente anticapitalistas; el tipo de gremio que la reacción quería quebrar.”

Tuvo particular importancia el conflicto de las fábricas metalúr-

gicas, ocupadas en 1950 en reclamo del cumplimiento de las resoluciones de los Consejos de Salarios. Su gran repercusión se debió a que por primera vez en Uruguay se utilizaba la ocupación como modalidad de lucha. Esta huelga conmovió a la barriada. “En La Teja había una cantidad de vecinos que trabajaban en Ferrosnalt, una de las fábricas ocupadas. Era una fábrica grande e importante en esa rama. Incluso, si no me equivoco, estaba en su directorio ese verdugo antiobrero, el ingeniero José Serrato, que se hizo famoso junto con Pedro Sáenz, que estaba al frente de FUNSA, por su política represiva hacia los trabajadores. El enfrentamiento duró varios días y la represión fue muy dura. En ese momento yo ya estaba militando en el movimiento anarquista, al que ingresé orgánicamente en 1949.”

Los vecinos expresaban de distintas maneras su solidaridad con las huelgas y había, recuerda Juan Carlos, un extendido sentimiento “antimilico” y “anticarnero” que se hizo sentir durante este intenso período. “Era un rasgo cultural muy saliente del Vencedor, por ejemplo, que tenía esa postura. Otro cuadro con similares preocupaciones sociales era La Cumparsita, también de La Teja y Plaza 25 de Mayo, donde estuvieron Idilio de León, el Gauchito,* y Adalberto Soba, el Plomito.** En los comercios, en los boliches, en los cafés, cuando entraba un carnero (trabajador que no acompañaba las huelgas) la gente se retiraba. Si bien la militancia no era grande y algunos gremios estaban organizándose, de cualquier manera había un elemento cultural, que venía tal vez de las década del diez, del veinte y del

* Idilio de León, el Gauchito, desde siempre estuvo integrado al Club Social La Cumparsita, al lado de la Plaza Lafone, en La Teja. Se hizo anarquista, integró la FAU y estuvo en la OPR 33 desde sus inicios. Militante audaz, participó en muchas de las acciones militares de esa organización; cayó preso y se fugó del Penal de Punta Carretas en setiembre de 1971. Luego del secuestro por la OPR 33 del industrial Molaguero fue requerido por las Fuerzas Conjuntas, pasó a la clandestinidad y cayó en un enfrentamiento con una patrulla en octubre de 1974. En el momento de caer abatido de León se encontraba desvinculado de la OPR 33 por diferencias sobre cómo y desde dónde enfrentar la dictadura y había creado un nuevo agrupamiento: Los Libertarios.

** Adalberto Soba, alias Benito, conocido entre los amigos y en el barrio de La Teja como Sobita o Plomito era de origen muy humilde, militante de OPR 33 era muy corajudo y ocurrente: fue capaz de fugarse, “chiflando y saludando”, según el diario *El País*, de la Jefatura de Policía de Montevideo (suceso relatado en el libro de Samuel Blixen, *Fugas*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2004). Vivió en la semiclandestinidad durante años: la policía no buscaba a Adalberto Soba, pero si lo reconocían como el que se fugó de Jefatura, seguro iba preso. Después del golpe de Estado de 1973 se trasladó a Buenos Aires donde participó en las actividades fundacionales del PVP. El 26 de setiembre de 1976 fue detenido. La última vez que se le vio con vida, casi irreconocible debido a las torturas, fue en el centro de torturas Automotores Orletti.

treinta, y se había hecho carne en buena parte de la población. Eran valores efectivos, que se practicaban, que tenían expresión cotidianamente en lo social.”

Al grado de que algunos cuadros de fútbol tenían ese tipo de planteos: “ni milicos, ni carneros”. Si había un carnero en el cuadro contrario, no se jugaba. Era común que los vecinos dejaran las puertas de sus casas abiertas cuando la policía reprimía, para que los activistas perseguidos pudieran entrar.

“Durante la huelga grande por ANCAP –en octubre de 1951– la población salió a la calle. Uno tiene la impresión de que esta movilización está mal medida. He visto la mención reiterada de que en esta huelga participaron cuarenta mil personas, pero la participación real fue mucho mayor. Eran cuarenta mil obreros en huelga y barrios enteros movilizados. En el Cerro y La Teja estaba todo paralizado, porque si bien no paraban los diarios, acá no se repartían diarios, no paraban los taxis pero acá no entraba un taxi.” Se establecieron cordones policiales en los accesos al Cerro y en el Pantanoso. El Cerro, Pueblo Victoria y La Teja se convirtieron en un campo de batalla cercado por el Ejército. Los vecinos reaccionaron. “Yo vi en la parada del ómnibus, mientras intentaban largar el tranvía 16 por el Cerro, a doñas poniéndose piedras en el delantal y agarrarse a pedradas con los tranvías y con los camiones de los milicos. Los milicos a su vez llevaban gente en cana en todas las esquinas. Entraban a los comercios y arreaban a la gente. Eso duró varios días en los que prácticamente la población entera se mantuvo movilizada. Durante ese evento tuve la primera cana. Estaba a las pedradas y me llevaron de la esquina frente a la Plaza Lafone. Tenía dieciséis años, era menor. Estuve un rato hasta que me fue a buscar mi padre y salí.”

Nilo Mechoso, totalmente alejado de la vida política, tomaba con humor las preferencias anarquistas de sus hijos. Según su hija, “se mataba de risa. Le recordaban a los anarquistas de Trinidad, que eran dos y siempre estaban hablando de lo mismo. Cuando Juan Carlos y Vicente se iban al Ateneo y a las reuniones con Pituco López, papá comentaba ‘ahí se van, son cien’. Y agrega Juan Carlos: “el viejo siempre nos hacía chistes. Era escéptico con respecto al desarrollo de nuestras ideas, pero lo tomaba con soda. Además era muy antimilitarista. Calzaba muy bien con La Teja y el Cerro. Era antimilico por su vida, habían pasado por la cana la mitad de sus amigos. No era por razones sociales, pero mi viejo era así, odiaba la cana. Desde ese punto de vista no tenía ningún problema”.

A partir de estos sucesos la zona pasó a ser llamada “paralelo 38”

en alusión a la línea divisoria entre Corea del Norte y Corea del Sur. “Realmente había una divisoria por la que quedamos totalmente aislados del centro.”

El clima de movilización y lucha callejera estaba acompañado por ásperas disputas ideológicas que incidían al interior del movimiento sindical pero no eran obstáculo para que se generalizaran distintas expresiones de solidaridad cotidiana. “Se hacían colectas en las fábricas y en el barrio para compañeros de trabajo o vecinos con problemas especiales. Se promovían actividades relacionadas con los desalojos. Los almacenes por ejemplo, fiaban a los huelguistas durante el tiempo que duraba el conflicto. Los huelguistas eran clientes, compradores regulares de todo el año, muchos de ellos con libreta* que era una institución en esa época. Entonces, para empezar, no le cortaban la libreta al cliente porque estuviera en huelga. Los vecinos se daban una mano, se pasaban alguna mercadería, una taza de azúcar, de arroz, algún paquete de fideos o galletas. No vamos a idealizar y decir que esto era general, pero sí se daba con frecuencia y mucha gente participaba de esta práctica solidaria. La vida social del barrio estaba muy vinculada con lo sindical. En ese momento casi todo lo social pasaba por los sindicatos. Las organizaciones sociales y las ONG, tan abundantes hoy día, prácticamente no existían.”

Si bien la participación de los vecinos en la zona era masiva “existía una militancia de izquierda activa que promovía el apoyo a esas huelgas. Dentro de esa militancia había gente perteneciente fundamentalmente a dos orientaciones ideológicas distintas, gente del Partido Comunista y nosotros, los anarquistas. Los socialistas, en cambio, no tenían gran presencia en estas barriadas. Los que convocábamos más gente en La Teja en ese momento éramos los anarquistas”. Para Juan Carlos, esto era la herencia legada por los gremios de “acción directa”, de gran desarrollo en la zona durante las primeras décadas del Novecientos. Era el caso, entre otros, de los sindicatos de navales, portuarios, frigoríficos y panaderos, que poseían una destacada trayectoria de lucha, rechazaban todo tipo de reglamentación o de intermediación (tanto de los partidos, los parlamentarios, del Instituto Nacional del Trabajo o de los Tribunales de Conciliación y Arbitraje Obligatorio), promovían el trato directo entre los obreros y patrones, y el uso de la huelga parcial o general,

* La forma de pago más habitual en los almacenes de barrio. Las compras se anotaban en una libreta y se pagaban al cobrar el sueldo. Esta modalidad se mantiene aún en algunas zonas de Montevideo y del interior.

el boicot, el sabotaje y el castigo a los carneros para la solución de los conflictos entre el capital y el trabajo. “Además, el Partido Comunista había quedado mal parado por su postura en el conflicto de la industria de la carne en enero del 43.” Ese año, en plena Segunda Guerra Mundial los obreros del frigorífico Nacional habían declarado la huelga por despidos arbitrarios. A la medida se plegó la mayoría de los trabajadores de la industria. La administración del frigorífico Nacional atribuyó esos despidos a un acto de sabotaje cometido contra un barco de un país de las fuerzas aliadas. La Unión General de Trabajadores (UGT), central sindical orientada por trabajadores comunistas, resolvió levantar la huelga orientada más por razones de política internacional que por las reivindicaciones obreras. Este episodio marcó fuertemente a los trabajadores, y constituyó un obstáculo en el difícil y lento proceso de unidad sindical. Juan Carlos afirma al respecto que el Partido Comunista promovía en el ámbito sindical “una línea muy poco combativa y un discurso poco convincente. Igualmente tenía gente de base, militantes del barrio y de peso, que salían a disputar la calle. Se peleaba la calle permanentemente, ya sea en las pegatinas, las paredes, los manifestos y volantes en las puertas de las fábricas. La propaganda callejera era más efectiva que hoy, tenía un mayor efecto psicológico e ideológico en la gente”.

“Los anarquistas teníamos agrupaciones político-ideológicas, que en algunos casos se formaban para llevar adelante actividades puntuales. Por ejemplo, en ese momento la actividad de muchos anarquistas de La Teja estaba vinculada a tareas que abarcaban desde lo gremial hasta lo propagandístico-ideológico.”

Tal es el caso del Comité por la Libertad de los Presos Navales conformado en 1946. En el marco de un incidente en el que resultó herido un carnero, seis obreros navales fueron encarcelados y procesados con cinco años de prisión.* “En aquel tiempo había una política despiadada por parte del gobierno con respecto a los gremios combativos. Tres de los cinco presos navales permanecieron en la cárcel todo el período, hasta 1951.” El Comité llevó adelante “una campaña grande, sostenida en el Cerro y La Teja. A ella nos incorporamos nosotros junto a la barra de La Teja. Fue de mis primeras actividades al integrarme al anarquismo. El Comité resultó

* Los trabajadores navales procesados en 1946 por la Justicia por intentar contra el “carnero” Ernesto Olivera que se negó a acompañar la huelga en el Astillero Montevideo y dique flotante fueron: Miterio Taño, Luis Alberto Cano Ares, Mame Gómez, Raúl Cardozo, Kelvin Zolessi y Carlos Pérez.

un elemento organizador que, además del reclamo por la liberación de los presos, incursionó en otros temas.”

Entre otras actividades se organizaban “piquetes para parar a los carneros” y evitar que ingresaran a trabajar durante las huelgas. “Esta metodología tenía una larga tradición en los gremios de ‘acción directa’. Era una línea de trabajo, como el boicot, que venía de los sindicatos de resistencia y de la Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU).* Era parte de la estrategia de acción del anarquismo para el movimiento obrero. Además se llevaba adelante una táctica sindical que trataba de incorporar a la vida gremial a quienes no habían estado en oportunidades anteriores. Pero eran dos labores que debían hacerse por separado. Muchas veces una iba precediendo a la otra, por lo menos en aquel contexto social.”

Los piquetes en ocasiones resultaban una batalla campal, con un alto grado de violencia en los enfrentamientos. “Se juntaban siete u ocho compañeros para hacer la tarea. Si se suponía que iba a haber bronca, de repente llevaban un pedazo de fierro, o alguna cosa de ese tipo. El piquete tenía que parar al carnero, ya si venía a pie, ya en ómnibus. Si había posibilidades se conversaba, se explicaba por qué no se podía ir a trabajar. Aunque siempre podía haber alguno que reaccionaba, o que ya venía preparado. En esos casos, el lío era inevitable. Algún lastimado había.”

Por otra parte, las organizaciones patronales “que propiciaban la carnereada, en algunos casos hasta repartían armas. En el puerto había grupos que eran fuertes en este sentido, patronales que estaban organizadas con este fin” la llamada “La Boina Blanca”, pagada por las patronales portuarias y constituida por matones que debían reemplazar a los trabajadores en conflicto. A su vez “los grupos de centro y derecha eran protegidos por políticos de derecha y por patronales nacionales y extranjeras, que querían sacarse de arriba a los gremios de confrontación de clase. Querían sindicatos flojos o amarillos si era posible. También se daba que había huelgas combativas atacadas a dos puntas: por la patronal y por el Partido Comunista. Esto generaba una situación un poco confusa para la

* La Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU), de orientación anarquista, se constituyó en marzo de 1905 a iniciativa de la Sociedad de Foguistas y Marineros. El Pacto Federal de la FORU aprobado en su primer congreso de agosto de 1905 defendía la autonomía de las Sociedades de Resistencia, el desarrollo de la solidaridad gremial y la lucha contra el capitalismo en pro de la emancipación obrera, la defensa de la jornada de las ocho horas y de un salario mínimo, el rechazo al trabajo a destajo y el fomento de la instrucción de los trabajadores con el fin de formar “hombres conscientes”.

gente. Hay diversos ejemplos; lo más cercano a esto es la huelga de los gremios solidarios en 1952”.*

Para Juan Carlos Mechoso su adhesión al anarquismo fue una “opción natural”, en tanto tenía profundas diferencias con el discurso y la práctica de los comunistas.

“No podíamos entender a los comunistas, eran clasistas, pero para ser clasista había que estar con la burguesía industrial, con algunos de los hacendados, con la clase media; ésa era su forma de entender el clasismo. El Partido Comunista era dirigido por Eugenio Gómez en ese tiempo. Y éste era el discurso que también le llegaba a la gente de abajo. En cambio, el discurso clasista que venía de tiendas libertarias nos resultaba claro. Teníamos unas ganas bárbaras de cambiar el mundo, en lo fundamental, las mismas que todavía nos acompañan.”

Una mezcla de motivos racionales y emocionales sustentan la opción de Juan Carlos Mechoso por el anarquismo. Su propia reflexión lo lleva a pensar que “el ambiente social general debe haber jugado su papel, pero también la situación que había en casa donde, una vez que se hacen anarquistas mis hermanos Vicente y Polo, se empieza a hablar de anarquismo. A esa altura yo tenía doce o trece años. Por los trabajadores de la fábrica de vidrio que estaba frente a mi trabajo ubico bastante bien la cuestión gremial. En las

* En la década de los años cincuenta pese a la relativa prosperidad de la economía uruguaya hubo importante conflictividad, tanto en el ámbito público como privado, y varios trabajadores muertos. En octubre de 1951 más de 40.000 trabajadores inician una huelga en solidaridad con los obreros y empleados de ANCAP que reclaman libertad sindical. Luego de algunas semanas de lucha, la huelga general logra sus objetivos: el reconocimiento de la organización sindical y la restitución de los despedidos. En marzo de 1952, el Consejo Nacional de Gobierno decreta la aplicación de Medidas Prontas de Seguridad para enfrentar un importante conflicto de Salud Pública con ocupación de los hospitales que funcionan bajo control gremial. Pocos meses después, en setiembre de ese mismo año, se implantan nuevamente las Medidas Prontas de Seguridad contra los trabajadores del transporte las que son confirmadas por la Asamblea General. Establecido el conflicto se desarrolla una huelga general de más de 15 días de los llamados gremios solidarios (Sindicatos de Acción Directa y buena parte de los sindicatos autónomos) que movilizó a miles de trabajadores y recibió un importante respaldo estudiantil. El movimiento sindical de la época se encontraba disperso y dividido. La lucha de los gremios solidarios no contó con el apoyo de la UGT ni de la Confederación Sindical del Uruguay (CSU). El gobierno reacciona con dureza, crea el Consejo de Defensa Nacional y moviliza todas sus fuerzas policiales y militares de Montevideo y del interior para enfrentar la “acción subversiva” de los miles de trabajadores orientados por el Comité de Huelga General, por la libertad sindical, presidido por Blas Facal de la Federación Naval. En 1952, la huelga de los gremios solidarios fue derrotada.



Abajo: Juan Carlos, la mamá, Alberto, el papá, Ricardo, y atrás a la derecha, la tía Aída y su esposo Leonardo, Nila y Juan Amestoy, Leopoldo y Marta Díaz y Juan, un amigo que vivió varios años en la casa de la calle José Mármol en La Teja



Los hermanos Mechoso: Leopoldo, Juan Carlos, Alberto, Ricardo y Nila

fábricas de vidrio, a nivel gremial, tenía influencia en ese tiempo la gente del Partido Comunista. Aquí en Ganchou, en cambio, tenían influencia decisiva los anarquistas. Dos de los dirigentes de la gremial, muy activos, eran anarquistas y personas muy queridas. El más veterano tenía como sobrenombre Bigote”.

“Cuando entré a la chanchería Alianza, me plantearon el arrime a las ideas anarquistas. Acto seguido me invitaron a un acto del 1° de Mayo organizado por la FORU. Fui a este acto, era el 1° de Mayo de 1949. Tenía catorce años cumplidos. Fue en la Plaza de los Bomberos y habló Pascual Minotti, un anarquista histórico. De ahí en adelante empecé a hacer alguna actividad y a leer materiales libertarios. Pero lo que me convenció desde el vamos fueron las cosas que me dijeron que procuraba el anarquismo: el cambio de la sociedad capitalista, un orden social sobre otras bases, la abolición de los privilegios y la miseria, la igualdad económica y social. Sin burgueses, sin políticos demagogos, sin milicos, ni de azul ni de verde, que te cagaban a palo en las huelgas o ante cualquier reclamo justo. El pueblo decidiendo, los sindicatos y otras organizaciones populares organizando la vida social y aquella frase del italiano Malatesta que repetía el Pulga: ‘Para todos pan, libertad, amor y ciencia’, me quedó para siempre grabada en el alma. En ese momento hasta por razones estéticas me hacía anarquista. La permanencia de una sociedad capitalista, por lo que habíamos vivido, no nos calzaba nada. Son esas cosas que tienen que ver con las estructuras sentimentales de la gente. Te cae mal algo, le tomás repugnancia y después no lo podés ni ver. Hasta te dan ganas de destruirlo. Estoy tratando de ver con los ojos de ayer y, para qué negarlo, alguna que otra nostalgia me produce. Estoy casi seguro de que el impacto mayor fue cuando me dijeron que había que destruir esta sociedad y construir otra. ¡A la fresca! Esa idea me golpeó. Así que esta porquería no era eterna. ¡Qué alivio! Una sociedad donde los de abajo cortaban el bacalao; era sublime. Cambiar, sí, cambiar de raíz la sociedad, que no quedara un burgués ni para muestra. Una danza de sentimientos y razonamientos, un descubrimiento de fondo, un objetivo en la vida o algo así, casi una revelación.

Esto era grande, era como para dos corazones. Me emocionó y me cambió el mundo. Saber que había una lucha para cambiar esta inmundicia, una lucha en todo el mundo y que se esperaba el aporte cada día mayor del pueblo. Después de eso, el diluvio. Y de postre: compañerismo, solidaridad. Tremendo.”

Para los grupos anarquistas la difusión de ideas era un arma

esencial. Formaba parte de una práctica de agitación y propaganda promovida y estimulada desde los inicios del movimiento. “El Pulguita Villanueva era un diariero del barrio que nos llevaba propaganda y lecturas varias, entre ellas la que ya mencioné de Enrique Malatesta. Las repartía a la gente de la FORU y a otros anarquistas independientes.

Venía mucho material de España, por ejemplo novelas como las de Felipe Alaiz. En esas novelas, para decirlo rápidamente, el mocito era libertario. Tenían su toque romántico, pero con las luchas obreras como fondo. Se denunciaban las condiciones de vida de los obreros y se alcanzaba la salvación en los casos de situaciones injustas. Para decirlo en broma, en vez de ser el *cowboy* clásico, era un libertario el que salvaba a la muchachita, el que hacía justicia.

El Pulguita era un personaje interesantísimo; siempre llevaba una cantidad de material y donde ubicaba a un cliente con interés por las cuestiones sociales ya le dejaba algo. Su día libre salía con el paquete de diarios a recorrer las casas, pero esta vez con propaganda. Era como un mozo de café, que cuando tiene libre va al boliche a tomar una copa. Con el tiempo se hizo un habitué en nuestra casa.”

A través de Villanueva, Juan Carlos conoció a Rogelio Pérez cuya influencia fue decisiva en su formación. “Rogelio era un hombre criado en La Teja, obrero naval especializado. Cuando yo tenía catorce años él tenía unos 35 por lo menos. Tenía buena disposición para las cosas de combate y además, hacía lo que decía. Era una figura muy fuerte y respetada, tenía un diálogo también muy respetuoso. No se ponía en una postura paternalista ni en dueño del saber. El Pulguita nos llevaba a conversar con él, que también era buen organizador de algunas tareas clandestinas. Cuando las Medidas Prontas de Seguridad en 1952, tenía un ‘buco’ (escondite) en su casa y ahí guardaba cosas. Venían los estudiantes de Juventudes Libertarias a buscar grampas y traían volantes y manifiestos impresos. Rogelio era muy clarito también para exponer. En el barrio era muy querido, era toda una institución. Muy solidario, de esa gente que cuando había que hacer una planchada o había un vecino enfermo él estaba primero para dar una mano.”

El naval Pérez tuvo influencia decisiva en la incorporación de Mechoso al anarquismo, a tal punto que Rogelio fue su alias cuando las actividades conspirativas se lo exigieron.

La incorporación al anarquismo militante fue, para Juan Carlos y sus compañeros, una elección que comprometió sus vidas ente-

ras, y significó adoptar una cosmovisión que condicionó directamente sus vínculos personales “hay un rasgo previo que tal vez convenga destacar. En barrios populares como Pueblo Victoria, La Teja, Belvedere, Nuevo París y el Cerro había una gran cantidad de militantes libertarios autodidactas. Hubo también, previo al Ateneo Libre del Cerro, centros culturales, grupos teatrales, con una vida bastante intensa. Es decir, había clima y un estímulo permanente de los compañeros para desarrollar estas actividades. Era común que te recomendaran lecturas, que te hicieran comentarios. Entonces, desde ese punto de vista, se fueron desarrollando nociones, representaciones que influyeron en nuestras formas de vivir”.

El anarquismo era un proyecto a largo plazo, y esa idea estaba presente en los militantes y condicionaba también las opciones personales, familiares e incluso sentimentales. Me acuerdo algunas palabras que nos quedaron siempre patentes, de compañeros veteranos como Rogelio Pérez, Roberto Franano, Ciriaco Morales. Ellos decían: “Esta es una lucha muy larga porque el anarquismo se propone una organización social que requiere muchos cambios y, en consecuencia, vale la pena luchar siempre por esto, pero nosotros no vamos a alcanzar a verlo”. Eso era así y lo decían con gran sencillez. Más adelante Gerardo D’Ávila, obrero de FUNSA planteaba –como antes lo había hecho León Duarte–: “Mirá, sabés lo que vas a tener acá: cana y torturas, triunfos no”.

Duarte estaba seguro de que había que luchar y que estaba bien por lo que luchábamos, pero sabíamos que la cosa iba para largo.

“Existía una cultura que se vinculaba con diversos elementos: una forma de vivir, una forma de enfrentar las injusticias, de no hacerse cómplice de ellas y una manera, además, de ir haciendo lo que se pudiera por un porvenir por el que valía la pena luchar. Todos nosotros, militáramos en el campo que fuera, mantuvimos una vida normal. Había una relación grande entre los compañeros, que es cierto, tendían a juntarse más que ahora. Se realizaban picnics, donde íbamos todos los libertarios. Había un local grande que se llamaba *Res non verba* que se alquilaba y allí hacíamos los picnics. Iban quinientas personas. Se constituían las parejas como establece el dicho: como cualquier hijo de vecino.”

“No era parte de la discusión el qué hacemos o no hacemos con respecto a nuestras opciones personales y afectivas. A veces surgían planteos más concretos sobre esos temas. Roger Julien, el Sordo, se planteó si en tal alternativa de vida debía tener hijos o no, pero fue un intercambio concreto, de él con su compañera Victoria

Grisonas, la Gringa. Finalmente, optaron por tener hijos y tuvieron dos: Anatole y Victoria.”*

La alternativa de constituir o no una pareja estable, de tener o no hijos, si bien fue motivo de algunas conversaciones nunca pesó entre nosotros como para modificar comportamientos que ya se tenían.

“Hubo casos de compañeros en los que sus parejas no acompañaban la vida militante. Esos problemas se planteaban en todas las organizaciones de la izquierda uruguaya, pero en muchos casos las compañeras terminaron acompañando. El caso de Pocho, mi hermano, fue uno. Su compañera, Beatriz Castellonese, fue con él a Buenos Aires y ahí estuvo, hasta que la secuestraron junto con sus dos hijos. Ella no tenía nada que ver con la militancia social política, se habían conocido en un baile en La Quinta de Galicia y se casaron en 1968. Mi cuñada sabía de las actividades de mi hermano, compartía los riesgos de la militancia, pero no era miembro de la organización. Exactamente lo mismo sucedió con Soba, Plomito y su compañera, Elena Laguna, también secuestrados por Gavazzo en Buenos Aires en el 76.”

Consecuente con el discurso anarquista más ortodoxo, Mechoso nunca se casó legalmente. Formó su propia familia junto a Haydée Bentancour Sánchez, China, con quien tuvo dos hijos, Carlos Daniel y Enrique Nilo. Hoy tiene cinco nietos, cuatro varones y una mujer. “Cuando comenzamos a vivir juntos, yo tenía cerca de veintidós años y unos cuantos de militancia. China no era militante. Era una muchacha de barrio de la que me enamoré. Nos juntamos en el 57 y nos vinimos al Cerro.”

China es un poco menor, nació el 22 de enero de 1937 en Durazno. Su padre era telegrafista y por ese trabajo era trasladado de un lugar a otro. En la década de los cuarenta la familia Bentancour fue

* Roger Julien y Victoria Grisonas, hoy desaparecidos, según la prensa, se enfrentaron y murieron en un tiroteo con efectivos militares del Ejército y de la Policía Federal el 26 de setiembre de 1976 en su domicilio de la calle Mitre esquina Carlos Gardel en el Partido de San Martín, en el Gran Buenos Aires (Argentina). Los pequeños Anatole (4 años) y Victoria (18 meses) fueron tomados por los militares y terminaron abandonados en diciembre de 1976 en la Plaza O’Higgins de Valparaíso (Chile) donde fueron recogidos y llevados a un asilo. Finalmente, Anatole y Victoria son adoptados legalmente por una familia de chilenos sin ningún vínculo con la dictadura militar liderada por el general Augusto Pinochet. Sobre este caso véase de José Luis Baumgartner, *Mamá Julien*, Montevideo, Ediciones Trilce, 1988. Las peripecias de Anatole y Victoria Julien Grisonas; Camilo y Francesca Casariego Celiberti y de otros niños uruguayos también víctimas del terrorismo de Estado, de la Doctrina de la Seguridad Nacional y del Plan Cóndor, están recogidos en el documental *Y cuando sea grande (Quando eu crescer)*, Uruguay/Brasil, 1982, Directores Grupo Anónimo de Cine Independiente de Uruguay, Producción Montevideo (São Paulo).

a Montevideo. Al poco tiempo sus padres se separaron y ella quedó viviendo con la madre y sus dos hermanos en La Teja. Frecuentemente viajaba a San José a ver al padre, y a la zona del Santa Lucía a visitar otros parientes. Fue en la Barra del Santa Lucía (Santiago Vázquez) que compartió juegos con su primo Pocho –o Bocacha– Durán (Alfredo Zitarrosa) apenas un año mayor que ella. Carlos Durán y Sella Carvajal, tíos de China, criaron a Alfredo Zitarrosa, hijo natural de Blanca Iribarne. En un pasaje de *Guitarra Negra*, el cantante se refiere a su infancia y a sus padres de crianza.

Hoy anduvo la muerte revisando mi abono del tranvía,
mis amigos, sus nombres, las noches del Café Montevideo,
las encomiendas por la ONDA con olor a estofado,
revisando a mi padre, su Berreta, su Baldomir,
revisando a mi madre, su hemiplejía,
al Uruguay batllista, a Aristides querido,
a mis anarcos queridos, bajo bandera, bajo mortaja,
bajo vinos y versos interminables.

“Yo estaba de novia con un muchacho del barrio, pero lo vi a Juan Carlos e inmediatamente me enamoré. Los dos nos enamoramos de entrada. Era delgado, tenía la cara lisa y la piel muy blanca. Le decían: pan de viena.” Eran vecinos en el cruce de Calera de las Huérfanas y Berinduague, en La Teja.

Nila describe a su cuñada como una mujer coqueta, tranquila y agradable. “Era solidaria y muy buena. Aguantó a mi mamá que no era nada fácil. China la quería mucho.” Juan Carlos destaca que además de su buen carácter “poseía una gran capacidad para resolver problemas”. Cualidad que tendrá oportunidad de demostrar en más de una circunstancia.

Desde el momento en que se juntan, ella comienza a participar de las actividades de Juan Carlos, acompañándolo en todo momento, corriendo riesgos y asumiendo sola, por mucho tiempo, la crianza de los hijos. “Mi mujer simpatizaba con las ideas libertarias y colaboraba en cosas, al punto que en 1969, cuando se produce la explosión en Manga, ella cae presa, es torturada y procesada por colaboración con la guerrilla. China se hizo amiga de los compañeros. Sobre todo de Gerardo Gatti. Cuando salió de la Cárcel de Mujeres fue a vivir un tiempo con nuestros gurises a la casa de los Gatti Casal en Malvín.” Y muchos también fueron a visitarla en la Cárcel de Cabildo, “recuerdo con cariño la visita de una delegación de obreros de FUNSA con el Loco Duarte, el Gorila Ferreira, el Choclo D’Ávila y el Moco Romero. También fue a verme a Cabildo el Pocho Zitarrosa que, generoso como siempre, me llevó una guitarra de regalo”.

Ateneos para una cultura popular alternativa

Hasta el Novecientos, los anarquistas habían constituido la principal fuerza dentro del movimiento obrero organizado y de la izquierda uruguaya.

A través de la Sección Uruguaya de la Asociación Internacional del Trabajo (AIT), promovieron la organización de los gremios obreros; participaron en la primera conmemoración del 1° de Mayo en 1890, en la creación de la Federación Obrera del Uruguay (FOU) en 1896 y de la FORU en 1905. Esta última, a diferencia de la primera UGT de orientación socialista,* tuvo una notable inserción entre los trabajadores, dinamizando las luchas por la reducción de la jornada laboral y la mejora de las condiciones de trabajo.

Luego del triunfo de la Revolución rusa en octubre de 1917, se produce la división del socialismo y del anarquismo y, como consecuencia, la desarticulación de la otrora poderosa FORU. Al interior del anarquismo algunos sectores identificados desde un primer momento con la “dictadura del proletariado”, confiaron en la posibilidad de acelerar la derrota de la burguesía y se abocaron a la creación de la “minoría revolucionaria” capaz de coordinar y dirigir las luchas exitosamente. Otros sectores, en cambio, sostuvieron que la defensa de la “dictadura del proletariado” y la integración a la Internacional de los Sindicatos Rojos, conducía inevitablemente a la introducción de la “política y los partidos” en los sindicatos, violando de ese modo el Pacto Federal que regía a la FORU.

Desde 1919 funcionó en el Paso del Molino un Comité de Relaciones de Agrupaciones Anarquistas. Su cometido era orientar el

* El 26 de marzo de 1905, a los pocos días de constituida la FORU, se formó la primera Unión General de Trabajadores (UGT) en Uruguay a iniciativa de la Sociedad de Albañiles, una de las tres gremiales que tenían en ese momento los trabajadores de la construcción de Montevideo. La UGT fue patrocinada por el Partido Socialista y su encuentro fundacional se realizó en la sede partidaria de la calle Mercedes 470.

desarrollo de la lucha obrera desde una perspectiva libertaria y promover la organización específica del anarquismo militante. La división en el anarquismo se materializó, en medio de acusaciones e incidentes, entre los años 1921 y 1923.

En el momento en que se produce la división del anarcosindicalismo en 1923 el principal espacio de orientación ideológica anarquista era el Centro Internacional de Estudios Sociales. Entre los socios estuvieron: Florencio Sánchez, Pascual Guaglianone, Virginia Bolten, Adrián Troitiño, Mariano Barraión, María Casal y Candas, Delfa Boatti, Juan Llorca, Pedro Hucha, José Castelli, Ángel Falco, Juana Buela, Ernesto Herrera (Herrerita), María Collazo, Gino Fabbri.

En setiembre de 1923 se constituyó la Unión Sindical del Uruguay (USU), con la participación mayoritaria de militantes anarcosindicalistas o anarcounionistas y una minoría vinculada al Partido Comunista, liderada por Eugenio Gómez, secretario de la Federación Obrera Marítima. Los anarcopuristas (principistas) y los socialistas no participan en el congreso fundacional de la USU.

El 20 de marzo de 1926, luego de un largo proceso de discusión, la Plenaria del Comité de Relaciones aprueba las bases para la constitución de una primera Federación Anarquista del Uruguay (FAU). Allí mismo designa su Comité Federal y define las tareas para los centros y agrupaciones. En su Declaración de Principios señala que su finalidad “es el Comunismo para reemplazar las prácticas explotadoras de la burguesía y la Anarquía como único trato y forma de convivencia social; que en tanto la capacidad de las masas no permita arribar a tales formas de producción y convivencia, la misión de los anarquistas es actuar en todos los medios y circunstancias para acelerar la revolución social; que es adversa a toda forma de Estado, antiparlamentaria y enemiga del reformismo sindical y por lo mismo, sólo utiliza los recursos de la acción directa, desde la obra educacional que cumplen los centros culturales, pasando por las actividades varias de las agrupaciones, hasta la revolución misma”. La primera FAU participó activamente en la promoción de la lucha obrera y en la campaña por la libertad de los inmigrantes italianos Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, quienes fueron finalmente ejecutados en la silla eléctrica en la ciudad de Boston en agosto de 1927.

En 1928 se constituye, en el antiguo local social del Centro Internacional de la calle Río Negro y Canelones, la sede del Ateneo Popular. Con la división del anarquismo, el Centro Internacional se alinearía con la tendencia que propició la constitución de la USU.

En los años siguientes, la lucha de tendencias en el movimiento sindical y en la izquierda se acentúa. Como consecuencia, los co-

munistas se distancian de la USU creando, primero, el Block de Unidad Sindical y posteriormente, en mayo de 1929, la Confederación General de Trabajadores del Uruguay (CGTU). Los avatares de la Revolución rusa y el creciente protagonismo que adquieren el Partido Comunista y la CGTU, posibilita el acercamiento de la FORU y la USU.

A partir del golpe de Estado de Terra, en marzo de 1933, el movimiento sindical y estudiantil decae notoriamente, pese a lo cual se producen algunas huelgas de importancia en la construcción y en gráficos. Durante las décadas del treinta y cuarenta la actividad del anarquismo se eclipsa. La Guerra Civil Española, que había recibido calurosas adhesiones y había estado en el centro de los debates de militantes e intelectuales, produce en su última etapa una gran desazón entre sus partidarios. Los anarquistas participaron en la lucha contra el nazifascismo defendiendo una Tercera Posición: la lucha contra “los imperialismos” (ni yanquis ni rusos; ni Washington ni Moscú) y la independencia de clase de los trabajadores frente al Estado, los partidos políticos y los patrones.

Las décadas de los cuarenta y los cincuenta encuentran al anarquismo uruguayo debilitado, disperso y dividido. La FORU está desarticulada y con una mínima inserción, nucleando a plomeros, carboneros y taxis. Funcionan, solamente, algunos importantes gremios de “acción directa” (Federación Naval, sindicato del Swift), que, junto a los sindicatos autónomos, protagonizan, en 1951, las luchas de los “gremios solidarios” con los trabajadores de ANCAP y enfrentan, en 1952, con mucha dignidad y poco éxito, las Medidas Prontas de Seguridad impuestas por el gobierno colegiado de entonces.

En enero de 1952 se constituye el “Ateneo Libre del Cerro y La Teja por una Cultura Popular sin Dogmas”. Conocido como Ateneo Libre, mantuvo durante más de dos décadas una labor social intensa en la Villa.

Relata Juan Carlos que “particularmente, la Revolución española era vivida por todos nosotros con mucha intensidad. El Ateneo desarrolló una actividad importante que abarcaba el medio obrero y el barrial. Promovió el interés en las cuestiones internacionales y la discusión ideológica. Alcanzó a nuclear a más de dos centenares de afiliados que cotizaban regularmente y sostenían la actividad. Mucha gente que había sido anarquista y vivía en estos barrios, el Cerro, La Teja, Pueblo Victoria, estaba vinculada al Ateneo. Había algunos afiliados del Centro de Montevideo, como Claudio Williman, Carlos Rama y Alfredo Zitarrosa. Alfredo militó un par de años en la FAU, concurría periódicamente al Ateneo, escribía en *Lucha Libertaria* y

realizaba tareas concretas. Fue locutor de algunos de nuestros actos del 1° de Mayo”.

El payador anarquista Carlos Molina, en su milonga de homenaje a Alfredo Zitarrosa *Y vos no podés morirte*, rememora: “Lo conocí al flaco Alfredo/ hace más de treinta años/ cuando el Ateneo del Cerro/ era un centro libertario./ Con los hermanos Mechoso/ con los Gatti y otros tantos/ y la sombra de Florencio/ bronce de color anarco/. Ya leía cuando entonces/ los textos de Basso Maglio/ opinante e incisivo/ verbo libre, antidogmático”.

El Ateneo del Cerro comparte las luchas obreras. En 1956, cuando se vivía una gran desocupación por el cierre de los frigoríficos Swift y Artigas, promueve, a través de la Federación de la Carne, una amplia convocatoria para enfrentar la crisis y avanzar en la forja de una central única. La propuesta fue realizada a la comisión directiva de la Federación por Luis Chiche Coito, socio fundador del Ateneo. Contó, inicialmente, con el apoyo de la UGT, la Confederación Sindical del Uruguay (CSU), el Congreso Obrero Textil (COT), el sindicato de FUNSA, sindicatos autónomos, los sindicatos de acción directa de navales y carboneros y la Federación de Estudiantes Universitarios (FEUU). Esta última, desde la secretaría de relaciones sindicales a cargo de Alfredo Errandonea, desarrolla una intensa actividad de coordinación con los trabajadores, que se profundiza en 1958 en las movilizaciones por la aprobación de un conjunto de leyes sociales, la conquista de la autonomía y la Ley Orgánica Universitaria.

Como resultado de esa convocatoria se crea una Comisión pro Central Única. Mechoso sitúa aquí el comienzo del proceso de unidad sindical. “Todavía con dificultades grandes, pero es un comienzo. Sin embargo, cuando se produce la invasión a Hungría por parte de los tanques rusos, la CSU se va. La línea de la Federación de la Carne era que si no estaban todas las tendencias no se seguía adelante, en consecuencia, la ida de la CSU liquida ese proceso unitario apenas iniciado.” La CSU, creada en enero de 1951, era, a esa altura, una central que mantenía fuertes vínculos con la Embajada de Estados Unidos y con el Instituto Uruguayo de Educación Sindical. Era apoyada por unos pocos gremios orientados por sindicalistas vinculados en su mayoría a los “socialistas frugonistas”.

Luego de trece años en La Teja, en 1957, los Mechoso se trasladan al Cerro; los hermanos ya eran activistas libertarios. Juan Carlos participa en el congreso de la Federación Autónoma de la Carne como delegado de la chacinería Alianza y en la multiplicidad de actividades del Ateneo. También Pocho se vincula al Ateneo participando en sus actividades, especialmente en las de carácter social y recreativo.

En 1958 el Ateneo del Cerro recibe una importante suma de dinero para la biblioteca y el equipamiento del local. El origen de ese “aporte solidario” fue el exitoso atraco, realizado en julio de 1958, a la sucursal Paso Molino del Banco la Caja Obrera, por Pocho y otros jóvenes de la barra de La Teja. Esto le costó a Pocho seis años de cárcel en Miguelete y Punta Carretas. Sostiene Juan Carlos que “no fue una operación de la FAU, aunque casi todos los que participaron eran simpatizantes libertarios. El destino inicial de ese dinero era la formación de una cooperativa de trabajo. Donan, a su vez, una parte importante a la FAU y al periódico *Lucha Libertaria*”.

Pese a la dispersión, durante la década de 1950, se habían establecido coordinaciones para la creación de una organización política de los anarquistas. La consecuencia de este proceso fue la fundación de la segunda FAU.

Los anarquistas del Ateneo fueron uno de los pilares en la formación de esa segunda Federación cuyo primer congreso, en octubre de 1956, se desarrolló precisamente en su local de Francia 1771.

Mechoso participó activamente en esas gestiones pero, señala, que en aquel momento no tenía ningún conocimiento de la existencia de una anterior Federación Anarquista.

Treinta años después, luego de salir del Penal de Libertad en marzo de 1985, dedicó gran parte de su tiempo al estudio de la actuación del anarquismo y de las vertientes que han nutrido al movimiento libertario.*

“El campo libertario había ido creciendo con el aporte de compañeros de distintas experiencias. Algunos habían participado en la Revolución española, como José Rodríguez (Laureano Riera), integrante de la Agrupación del Cerro-La Teja. Otros, provenientes de Argentina, se sumaron a las Juventudes Libertarias. Todos eran ávidos lectores de Enrique Malatesta, Rudolf Rocker y José María Fosalba. El médico uruguayo Fosalba era especificista y estaba vinculado a las federaciones anarcocomunistas, organicistas, que funcionaban internacionalmente.”

Recuerda que para la constitución de la FAU se tuvo muy en cuenta la acción militante de las federaciones libertarias del Río de la Plata, particularmente las de orientación anarcosindicalista y de acción directa. Aunque aclara que “suele identificarse todo con el anarco sindicalismo, que si bien era la corriente mayoritaria, no lo era todo. Hubo más. Hubo anarco individualistas, nucleados en el

* Véase Mechoso, Juan Carlos, *Acción Directa Anarquista. Una historia de FAU*, Tomo I, Montevideo, Editorial Recortes, 2002; Mechoso, Juan Carlos, *Acción Directa Anarquista. Una historia de FAU*, Tomo II. *La fundación*, Montevideo, Editorial Recortes, 2005.

periódico *El Perseguido*. También grupos de acción armada, los expropiadores, los de la propaganda por el hecho, como Miguel Arcángel Rosigna y Severino Di Giovanni, que eran filosóficamente anarcoindividualistas”.*

En los cincuenta “algunos libertarios consideraron la necesidad de crear un anarquismo más operativo y acorde con los problemas concretos que estaban planteados en el país. El carácter insurreccional de la huelga general, como proponía la FORU, ya no era viable. El sabotaje y la huelga general eran compartidos por los gremios de ‘acción directa’, pero considerados desde otra perspectiva. La década del cincuenta, está marcada por un mayor contacto con los problemas sociales concretos”.

En este proceso, decididos anarcosindicalistas se distancian de la FORU y adoptan una actitud crítica hacia la propuesta de crear una organización política propia de los anarquistas. “Algunos, como Blas Facal, eran sindicaleros y de acción directa; otros, como los también navales Rogelio Pérez y Wellington Galarza eran definidamente especificistas. Rubens Barcos, por ejemplo, hacía circular permanentemente material organicista y de las federaciones comunistas internacionales. Lo mismo sucedía al interior de las Juventudes Libertarias. Había un ambiente de búsqueda que se

* Dentro del amplio espectro del doctrinarismo anarquista fue mayoritaria la tendencia anarcosindicalista, conformada por los partidarios del anarco colectivismo de Miguel Bakunin y el comunismo anárquico o libertario de Pedro Kropotkin. Para el anarcocolectivismo el capitalismo era un sistema de explotación en el que los hombres estaban sometidos a dos principios metafísicos y autoritarios: Dios y el Estado. Para que la clase trabajadora pudiera lograr su plena emancipación social era necesario el uso de la acción directa, el desarrollo de la solidaridad y la colectivización de los medios de producción constituyendo una sociedad sin Estado, federativa y voluntaria, “de las asociaciones obreras en comunas, de éstas en regiones y de las regiones en naciones”. (Guerín, Daniel, *El anarquismo*, Montevideo, Comunidad del Sur, 1967, p. 77.) El bakuninismo le otorgó un papel destacado en la destrucción del sistema capitalista, a la lucha económica reivindicativa realizada a través de los sindicatos y se opuso tenazmente a la organización y al desarrollo de actividades específicamente políticas por parte de los trabajadores.

Según Guerín el comunismo anárquico de Kropotkin, entre cuyos seguidores se encontraban los italianos Enrique Malatesta y Pedro Gori que estuvieron radicados en el Río de la Plata entre mediados de la década de 1880 y comienzos del siglo XX, cuestionó algunos de los postulados doctrinarios del anarcocolectivismo. Kropotkin y sus seguidores plantearon que para evitar futuras desigualdades deberían repartirse los bienes sociales de acuerdo a las necesidades de cada uno y no en función de la calidad e intensidad del trabajo humano. Le asignaron, además, un papel importante a los principios morales y sostuvieron que la sociedad comunista debía crearse sobre la base de la solidaridad y el apoyo mutuo entre los hombres siendo este proceso básicamente independiente del grado de desarrollo de las fuerzas productivas.

reflejaría después en la constitución de una federación, expresión de un anarquismo organizado con influencia de Malatesta. La otra influencia especificista grande fue la de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) alineada en torno al anarcocomunismo malatestiano.”*

En la constitución de la FAU se destaca, según Juan Carlos, el aporte militante de dos organizaciones que tuvieron ámbitos de actuación distintos: las Juventudes Libertarias, fundada en 1938, y el Ateneo.

En 1951 él se había vinculado a Juventudes Libertarias. “El Pulguita nos invita, a mí y a otros compañeros, a participar en las charlas y debates que organizaban. Las Juventudes Libertarias mantuvieron una actividad destacada. Desde el cincuenta se refuerzan cuando se integran militantes anarquistas de las Agrupaciones Reforma Universitaria (ARU). La ARU nucleaba a numerosos jóvenes que tenían una intensa actuación gremial en el Liceo Nocturno, en el IAVA y en la FEUU. Allí militaban, entre otros, Gerardo Gatti, Tito Martínez, Julio Mancebo, Raúl Cariboni y Alfredo Errandonea” y podríamos agregar el Taco Costa, Roberto Gilardoni, Perico Scaron, Jaime Machado, Ricardo Capano.

“A partir de ahí, comienza a plantearse el desarrollo de actividades más amplias, cada vez más específicas.” Paralelamente, en el año 1952, el Ateneo también participaría de ese proceso de renovación y cambio. “La mayoría de los socios, no todos, pero un noventa por ciento, simpatizaba con el especificismo de Malatesta. Es el caso de Rubens Barcos, Ciriaco Morales, Norberto Montero, Ricardo Barcia, Alberto Toledo, Luis Casanaz, José Almeyda, Luis Ardissono, Hernán Rosenfeld, Carlos Buchelli, Ruben Paleo, Isla Ritta. Otros aportes para la formación de la FAU provinieron de la Agrupación Voluntad, que desde 1938 publicaba el periódico *Voluntad*. En la Agrupación Voluntad había de todo un poco: organicistas, antiorganicistas, anarcosindicalistas, anarcoindividualistas.”

Las condiciones se estaban dando para lograr una organización. “Desde 1950 funcionaba el Comité de Relaciones Anarquistas Internacionales (CRAI) en el Palacio Díaz. El viejo Díaz, amigo de los anarquistas, prestó un lugar al lado de la fonoplatea para el funcionamiento del CRAI. Allí se encontraba la Biblioteca Archivo Internacional Anarquista.” A partir del CRAI se convoca a un Conferencia Latinoamericana, propuesta por la Federación Anarquista Cubana, que tendría lugar en 1957.

Era una oportunidad de participar en forma organizada. “Surge,

* Especificistas y organicistas son aquellos que consideran necesario la creación de organización política de los anarquistas.



Militantes libertarios de la Cooperativa N°1 de Cerro-La Teja que se encontraba en Grecia casi Prusia, Cerro. Juan Carlos en el centro

entonces, la necesidad de estar en mejores condiciones para presentarnos como anarquistas uruguayos. Por otra parte, después de las Medidas de Seguridad de 1952 –sobre todo después de los golpes que habían recibido los gremios solidarios–, nos habíamos propuesto organizar también tareas de autodefensa. A raíz de estos episodios, se produjo un descabezamiento de los gremios con influencia anarquista, particularmente en el frigorífico Swift. También en la Asociación de Supervisores Empleados de la Industria Frigorífica (ASEIF) (que nucleaba a los administrativos de la industria frigorífica), donde fue despedido entre otros Norberto Montero, uno de los mejores oradores de la Federación de la Carne y primer secretario del Ateneo.”

A fines de 1955 la Agrupación Voluntad convocó a un Pleno, con el propósito de tomar posición sobre la formación de una Federación y la participación en la Conferencia Latinoamericana Anarquista. Inmediatamente adhieren al mismo Juventudes Libertarias y el Ateneo. “En el Cerro funcionábamos como una agrupación anarquista. Se designó, entonces, una comisión pro Pleno Anarquista, que se realizaría al año siguiente. Se elaboraron materiales sentando posición, desde una perspectiva anarquista, sobre el movimiento obrero, cooperativas de consumo y de producción, enseñanza, salud. También, se prepararon documentos de análisis sobre la problemática de América Latina y de ‘los imperialismos’: yanqui y ruso.”

En abril de 1956 se reunió el Pleno, “participaron compañeros que representaban los diferentes matices existentes al interior del anarquismo uruguayo: Luce Fabbri, su compañero Ermácora Cresatti, Wellington Galarza, Gerardo Gatti, Alfredo Errandonea,

Roberto Gilardoni, Carlos Molina, Roberto Franano, el panadero Espínola, el Pulga Villanueva”. Se discutió, además de las definiciones programáticas, el nombre que adoptaría la nueva organización. “Unos destacaban la importancia de llamarse Federación Anarquista entroncando con la tradición anterior. Otros planteaban la conveniencia de llamarnos socialistas libertarios, argumentando razones de carácter táctico estratégico.”

Se resuelve finalmente la creación de agrupaciones anarquistas. La primera en crearse, señala Juan Carlos, es la agrupación libertaria del Cerro que de hecho ya venía funcionando. Lo mismo sucede con Juventudes Libertarias. Los anarquistas dispersos en diferentes lugares se constituyeron en agrupaciones sindicales y barriales. Es el caso de los trabajadores de FUNSA, Iberia, Barrio Sur, La Unión, Cerrito-Porvenir, La Teja-Paso del Molino.

Algunos meses después se realiza el congreso constituyente de la FAU. La Mesa que lo presidió estuvo integrada por Ángel Caffera (maestro), Hugo Trimble (ingeniero de ANCAP), Wellington Galarza (obrero naval), Tito Martínez (estudiante de la Facultad de Arquitectura) y Rubens Barcos (vendedor de diarios). El congreso desarrolló sus primeras sesiones durante los días 27 y 28 de octubre en la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos, de la calle Arequita, en La Aguada, y finalizó en el Ateneo el 1° de noviembre de 1956.

“El congreso constituyente designó una Junta Federativa con un Secretariado, varias secretarías, y un grupo de autodefensa llamado Comisión de Solidaridad. En realidad era de Seguridad y alguna cosa más. Se llamó Comisión de Solidaridad hasta que se formó la OPR 33 a comienzos del setenta. La primera dirección de la FAU se integró con Roberto Gilardone, de la Agrupación La Teja-Paso Molino, como secretario general; Rubens Barcos, Ángel Caffera, Hugo Trimble, Tito Martínez y Alberto Marino. Con Gerardo (Gatti) estábamos en la Junta Federal.”

El congreso también aprobó una Declaración de Principios, la Carta Orgánica, un Plan de Acción y una estructura federativa de funcionamiento.

Sobre las definiciones dentro del campo anarquista Mechoso afirma: “La FAU nunca fue anarcosindicalista. Nos inscribimos en la corriente anarquista, llamada por Malatesta, ‘especificismo’, que promueve la organización política de los anarquistas. Los libros de Malatesta que contienen estos planteos y que más circulaban entre nosotros fueron: *Nuestro Programa*, *Páginas de lucha cotidiana*, *Diálogos en el café*, *Entre campesinos* y, sobre Malatesta pero escrito por Luigi Fabbri, *Vida y Pensamiento de Malatesta*”.

En el congreso se resolvió continuar la edición del periódico *Vo-*

luntad. No obstante, hubo quienes, como Ricardo Romero, de la Agrupación Anarquista Voluntad, no acompañaron el proceso de constitución de la FAU y decidieron continuar editando el periódico por su cuenta. La edición simultánea de dos publicaciones con el mismo nombre fue considerada por el Pleno de militantes en diciembre 1956. Luego de un acalorado debate, se resolvió publicar *Lucha Libertaria* “ante la lamentable actividad confusionista de un pequeño núcleo de personas que contrarían elementales normas de relación y de moral periodística”. La ‘apropiación’ del periódico *Voluntad* provocó el enojo de varios militantes que proponen ir y sacarles todo, estaban recalientes. Los jóvenes obviamente estaban más calientes que los veteranos, que tomaban las cosas con soda. Al final primó el criterio de que todo quedara tranquilo.”

Tanto en el congreso constituyente como en el Pleno de abril de 1956 participaron delegados fraternales de la Federación Libertaria Argentina (FLA) y de los periódicos *La Protesta* y *Reconstruir* de Buenos Aires.

En abril de 1957 se realizó la anunciada Conferencia Anarquista Latinoamericana, organizada por el Comité de Relaciones. En la misma participó la recién constituida FAU, así como delegaciones de Brasil, Argentina, Cuba y Chile. La conferencia anarquista aprobó varias declaraciones condenando el imperialismo y las dictaduras existentes en ese momento en América Latina. “Se presentó, también, un informe sobre la problemática social y política en Cuba, donde existía una represión sangrienta. Fue un informe muy interesante, fundamentalmente por su análisis acerca de la actuación del Movimiento 26 de Julio y la guerrilla. Era la primera vez que se realizaba una reunión latinoamericana anarquista para abordar los problemas comunes de nuestro tiempo.”

En los años siguientes la FAU llevó adelante una intensa actividad de difusión y revitalización de las ideas anarquistas, mediante la prédica periodística y la participación en el movimiento sindical, estudiantil, barrial y cooperativo. También hubo singulares experiencias de estética, fraternidad y producción como la Comunidad del Sur y la Escuela de Bellas Artes. Previo a las elecciones de noviembre de 1958, la FAU emprendió una campaña por los barrios, cuyo objetivo era la fundamentación del “voto anarquista”. Se realizaron actos con debate libre en Belvedere, La Unión, Cerro, la explanada de la Universidad de la República y la Plazoleta del Gaucho. “A estos actos se invitó a jóvenes comunistas, cristianos, socialistas, de la Unión Blanca Democrática y de la Unión Cívica, a discutir en público y a tribuna libre.”

Fidel, Camilo y el Che, los referentes

En 1959 la Revolución cubana impactó profundamente a la izquierda y a la intelectualidad progresista de América Latina. Dentro del anarquismo uruguayo el triunfo armado de los revolucionarios caribeños produjo una amplia gama de reacciones.

Las distintas posiciones surgidas ante este hecho político fueron una de las causas de la división de la Federación Anarquista Uruguaya.

“La Revolución cubana no nos tomó por sorpresa. En el Ateneo del Cerro ya se desarrollaban actividades de apoyo a Cuba cuando el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953. Se hacían pegatinas en un momento en que ninguna organización uruguaya reivindicaba el asalto al Moncada. En la izquierda predominaba una política reformista. Los partidos comunistas, vinculados a la Unión Soviética, promovían en América Latina una estrategia de coexistencia pacífica. Esta estrategia suponía desarrollar una política que acercara a la clase trabajadora a la ‘burguesía nacionalista’ y a sectores capitalistas del agro. Implicaba, a su vez, que cualquier posibilidad de cambio estuviera vinculada a cómo se concatenaban los acontecimientos de carácter internacional con los internos, ecuación nada sencilla. Los planteos de ruptura pertenecían al reino de la utopía y la aventura. Para ellos no existían las condiciones para una revolución social en América Latina. El Partido Socialista se encontraba, también, en esa línea pacifista, electoral, tendiente a procurar reformas moderadas evitando confrontaciones. En ese momento había militantes del Partido Socialista integrados en la CSU, vinculada a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOLS) y que participaba de los cursos en el Instituto Uruguayo de Educación Sindical.

Respaldar una acción como la del asalto al Moncada significaba la aparición de una línea distinta en ese ambiente asfixiante, en el cual no podías hablar de ruptura revolucionaria sin tener una polé-

mica inmediata con el resto de los grupos de izquierda. Para estos sectores, por ejemplo, ir a buscar sin pagar la mercadería a los grandes almacenes en el Cerro en tiempos de 'chicoria', había sido una provocación. Existían estrategias definidas y tácticas consecuentes con ellas, que inhibían o rechazaban cualquier tipo de planteo de acción directa. Las expresiones mayores de acción directa en aquel momento en el movimiento popular habían surgido durante algunos conflictos obreros, que involucraron a los navales, la carne, textiles y metalúrgicos y, a nivel estudiantil, a la FEUU. Ese era el clima político que predominaba en la izquierda cuando se da la Revolución cubana.

En los barrios populares la Revolución cubana no pasó desapercibida, aunque no tuvo la repercusión que obtuvo en el medio estudiantil, fundamentalmente universitario, y entre militantes de izquierda. Después fue creciendo en la medida que llegaban noticias sobre la reforma agraria y los pronunciamientos de los jóvenes revolucionarios. Nosotros vivimos el comienzo de la Revolución cubana como algo muy independiente y muy propio de América Latina. Fidel, Camilo Cienfuegos y el Che, en ese orden, eran los referentes. De Cuba llegaba mucha información y propaganda a Uruguay. Incluso luego de 1961, cuando Fidel se identifica con el marxismo leninismo. Además, están muy cercanas las imágenes de la reciente invasión en 1954 a Guatemala por el coronel Castillo Armas, quien estaba vinculado al Departamento de Estado y a la CIA.

La Federación Autónoma de la Carne aprueba, insólitamente para quien conoce su carácter aislacionista, una resolución de apoyo a Cuba. Formamos Comités de Apoyo en el Ateneo del Cerro y en FUNSA. Lo mismo ocurre en Piedras Blancas. La FEUU forma Comités de Apoyo en varios centros de estudio. En ellos estaba prácticamente ausente el Partido Comunista. Las reuniones de los Comités de Apoyo se realizaban en el Paraninfo de la Universidad de la República. Los grupos de izquierda recién se incorporaron masivamente a los Comités de Apoyo cuando Fidel Castro se declara marxista leninista. Con la fuerza, organización y disciplina del Partido Comunista, sus militantes copan los Comités de Apoyo. En los hechos desplazan a la gente que venía trabajando desde antes. Nosotros también somos desplazados, aunque formalmente seguimos participando.”

Juan Carlos sostiene que el triunfo revolucionario en Cuba influyó en el conjunto de los sectores de la izquierda latinoamericana y provocó apasionadas polémicas sobre las vías de acceso al poder.

“El Partido Comunista tiene desacomodos a nivel de base. Hubo cuadros intermedios que cuestionaron la línea que el partido había

marcado hasta ese momento. La revolución en Cuba rompe el esquema de que no había posibilidades de hacer una revolución en el continente. También repercutió en la juventud del Partido Socialista. Se incorpora en el horizonte de la izquierda una noción estratégica que admite la vía revolucionaria para el cambio. La FEUU, caracterizada por su combatividad, por su vinculación con la problemática latinoamericana y por su capacidad de agitación –como lo había demostrado en las movilizaciones contra la invasión a Guatemala en 1954– fue una de las organizaciones sociales que primero respaldó la revolución en Cuba.”

En 1959 Fidel Castro visitó Uruguay, en ocasión de las importantes inundaciones que afectaron al país, y fue recibido por el gobierno. Aparece en los diarios como un niño mimado y un gran guerrillero. En los primeros días de agosto de 1961 viene a Uruguay Ernesto Guevara (presidente del Banco Nacional y ministro de Industrias), presidiendo la delegación cubana a la conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES). En la noche del 17 de agosto Guevara habla en el Paraninfo de la Universidad. Al finalizar, en un incidente cuyo objetivo era probablemente matar al Che, asesinan al profesor Arbelio Ramírez asistente al acto.

Las actividades de las organizaciones de la ultraderecha (Liga Oriental Anticomunista (LOA), Frente Estudiantil de Acción Nacionalista (FEDAM), Alerta, Tacuara, En guardia, Movimiento Estudiantil en Defensa de la Libertad (MEDL) y Gallo) y de grupos paramilitares y policiales, cobraron notoriedad sobre todo a partir de 1962, cuando se produjeron una serie de atentados contra trabajadores, militantes de izquierda, sindicalistas y miembros de la colectividad judía. Una de las víctimas de la acción de las bandas fascistas fue Soledad Barret, una paraguaya de diecisiete años, nieta del escritor libertario Rafael Barret, perseguida por la dictadura del general Alfredo Stroessner y refugiada con su familia en Uruguay. En julio de 1962, Soledad fue sorprendida por desconocidos que la introdujeron a empujones en un auto. En los alrededores del Jardín Zoológico de Villa Dolores, la joven fue golpeada y tatuada con cruces svásticas. “En ese tiempo los fachos del MEDL estaban muy activos. En la marcha que se realizó en enero de 1962, cuando la Conferencia de Cancilleres en Punta del Este, también estuvieron muy activos. El atentado a Soledad tomó amplio estado público y se sucedieron las manifestaciones callejeras organizadas por el Plenario Antifascista integrado por: Confederación de Trabajadores del Uruguay, la FEUU, la Federación Autónoma de la Carne, la FAU, el MRO (Movimiento Revolucionario Oriental), el Partido Comunista (PC) y el Movimiento de Solidaridad con Cuba.”

La Revolución cubana también provocó tensiones al interior del anarquismo militante. Entre 1959 y 1960 se reúnen los Plenos de la FAU y, pese a algunas opiniones, es aprobada una resolución de apoyo a la Revolución cubana. “Hay incluso una preciosa canción del Gaucho Molina llamada *Cuba de América*. Sin embargo, existían dudas e incertidumbres, en particular en el medio estudiantil y docente. En los grupos obreros el apoyo a Cuba fue total. Las diferencias y una fuerte polémica comenzarían después de 1960, al trascender que el modelo interno en Cuba variaba: que había estructuras de tipo central, que disminuían las posibilidades de expresión del movimiento popular, que se estatizaba y se controlaba todo el funcionamiento desde el Estado. En 1961 tuvo lugar otro Pleno para discutir el tema. Allí un tercio de los militantes cuestionaron la resolución del 60. Mientras tanto, militantes de FUNSA, la agrupación del Ateneo del Cerro y La Teja, Tito Martínez, Gerardo Gatti y Alfredo Errandonea mantienen su apoyo. Aún Fidel Castro no se había declarado marxista leninista. Lo haría recién en diciembre de 1961.”

En el interior de la FAU se produjo un realineamiento en torno a qué posición a adoptar frente al proceso cubano.

Sostiene Mechoso que uno de los sectores planteaba que, más que en el proceso interno de Cuba, había que poner énfasis en la consideración política de lo que la revolución significaba para América Latina y para una estrategia política que se abría. “Para nosotros, la Revolución cubana ponía en evidencia la posibilidad de desarrollar niveles altos de resistencia al Imperialismo. Demostraba que existían las condiciones para implementar estrategias más efectivas de las que se venían dando y que postergaban hasta el infinito cualquier posibilidad de cambio. La crítica a la situación interna cubana la compartíamos, pero creíamos que no debía sobredimensionarse. En todo caso, había que articularla con el efecto político, con el antiimperialismo y con el respaldo al principio de la autodeterminación de los pueblos. Ahí empiezan las divergencias en el interior de la FAU. Las posiciones que surgieron tampoco fueron estáticas. Se fueron afirmando o modificando en función de las discusiones, de lo que ocurría en Cuba, de las definiciones de sus líderes y de las repercusiones del proceso cubano en el continente latinoamericano. En el Pleno del 62 se realizaron objeciones importantes por parte de los compañeros de la Comunidad del Sur, especialmente Ruben Prieto, Víctor Gutiérrez y Sergio Villaverde. También, la gente de la Facultad de Medicina, al igual que Luce Fabbri, argumentaban que el proceso cubano tenía tintes autoritarios y centralistas, contradictorios con nuestros postulados fundamentales: autogestión,

participación y libertad, básicos para cualquier sociedad y más para una sociedad socialista.”

El desarrollo del proceso cubano va perfilando tendencias al interior de la FAU. “La proclamación del carácter socialista de la Revolución y la declaración de marxista leninista de Fidel Castro no nos sorprendió. Pero una adhesión de ese tipo requería una mayor fundamentación acerca de los efectos positivos de la revolución. Estábamos convencidos de que ese proceso se estaba dando y que Cuba iba para ahí por los acuerdos comerciales, culturales y de todo tipo, que aumentaban con la Unión Soviética. Además la marcha de la Revolución lleva a que unos grupos anarquistas miembros de la Asociación Libertaria Cubana se vayan del país y curiosamente quedan en la isla una cantidad de veteranos, de gente vieja libertaria vinculada al proceso revolucionario. Se ha ido gente joven libertaria al exilio, concretamente a Miami, y por supuesto esos grupos son anticastristas a muerte y eso dificulta la relación con el movimiento en América Latina porque los que se van son los que dan los informes para el resto del movimiento anarquista.

Ese proceso, más las críticas que se procesan en Uruguay, tuvo como consecuencia, luego de la división del 63, un aislamiento de la FAU del movimiento internacional anarquista. Los jóvenes anarquistas que se van a Estados Unidos ven en la declaración de marxista leninista de Fidel casi como la llegada de Stalin al poder y la negación de cualquier posibilidad de experiencia revolucionaria auténtica. Después de la declaración de Castro estas posiciones se hicieron más fuertes. Sin embargo para nosotros la situación no cambiaba y aceptábamos las críticas obvias, porque eran casi las mismas que nosotros teníamos.”

La división de la FAU se produce en los meses de noviembre y diciembre de 1963 en acaloradas reuniones que se realizan en el local del Centro de Acción Popular de la calle Galicia. Fueron dos meses de mucha discusión. De hecho a esa altura había una profunda crisis interna. Los puntos fundamentales que marcan las diferencias entre los miembros de la FAU son: la Revolución cubana –cuya incidencia ya hemos visto–, el pacifismo, el ajuste de la estructura organizativa y la prioridad obrera.

“El pacifismo desde el punto de vista filosófico no era rechazado por nosotros. El anarquismo tiene como fundamento lograr una sociedad sin coacción y la misma no se puede construir sobre la base de la violencia. Sin embargo, no hay revolución social auténtica sin violencia. No es posible desestructurar un sistema por la vía pacífica y por los mecanismos que el sistema te ofrece. Se evidencia-

ba en nuestro país un empobrecimiento de los sectores populares, una baja del poder adquisitivo de la clase trabajadora, un aumento de la desocupación. Los datos que nos llegaban de otras partes de América Latina era que las condiciones de vida, si bien no eran explosivas eran tremendas. Todavía, y en ese contexto, Uruguay era la excepción. La nueva situación condicionaba nuestra mirada. Considerábamos la necesidad de acomodarse a esas nuevas situaciones. Finalizaba en Uruguay un período histórico, marcado por el Estado de bienestar y el asistencialismo y comenzaba a abrirse otro. Se acababa la época en la cual gracias a las guerras de otros nos enriquecíamos económicamente sin alcanzar con ello un desarrollo de las fuerzas productivas. En ese contexto, había que incidir con una nueva estrategia política. Desarrollamos una estrategia de desenlace insurreccional, con elementos de lucha armada. Nosotros desde la FAU apostamos siempre al largo plazo.”

Una de las tareas entonces, “era ajustar el funcionamiento de la organización. Este asunto fue uno de los motivos más importantes de la división de la FAU. Muchos de nosotros visualizamos los cambios que se estaban procesando en el país. Era necesario adecuar las técnicas del trabajo militante. Pensábamos que teníamos que estar en condiciones técnicas y políticas de participar en ese proceso y teníamos por ello que prepararnos para una posible situación de clandestinidad”.

El tema de la prioridad obrera estaba íntimamente ligado a la estrategia para lograr la unidad del movimiento sindical uruguayo. En esos años se estaban dando varios pasos significativos que permiten la formación en 1964 de la Convención Nacional de Trabajadores como organismo coordinador, en 1965 el desarrollo del Congreso del Pueblo y en 1966 la consolidación del proceso de unidad orgánica y programática que transformó a la CNT en central única independiente.

Otro motivo de división es que había compañeros que no acordaban con el planteo de prioridad obrera y proponían, en cambio, la creación de un movimiento popular más genérico, que agrupara a una diversidad de expresiones sociales y culturales de laxa coordinación. Tal fue el caso de los anarquistas de Bellas Artes y de la Comunidad del Sur. Si bien nosotros también desarrollábamos otras actividades, como las cooperativas de consumo que abarcaban de una punta a la otra del Cerro y coordinábamos con la Federación de Cooperativas, considerábamos, para decirlo en términos clásicos, a la clase trabajadora como sujeto histórico para la transformación y el desarrollo con éxito de las posibilidades insurreccionales.

La prioridad obrera era una diferencia y trabajar por una central única que incluyera al Partido Comunista, era una diferencia aún mayor. Más teniendo en cuenta que la influencia comunista en el seno de movimiento obrero y del estudiantado organizado fue creciendo. Un ejemplo de su poderío fue la facilidad con que capitalizó el trabajo de los Comités de Apoyo a la Revolución cubana. Sin embargo, la central única era una necesidad para mejorar la lucha obrera y no se podía, ni se debía, desconocer la enorme incidencia de los comunistas uruguayos entre los trabajadores sindicalizados a nivel de todo el país. En ese contexto, desde el pique teníamos claro que la unidad implicaba, necesariamente, la confrontación de ideas y de estrategias de trabajo. Por eso, paralelamente, nos abocamos a la creación de la Tendencia Combativa. Caracterizábamos de reformistas a las prácticas del Partido Comunista. Los veíamos siempre dispuestos a jugar todo lo que hubiera en el movimiento popular a favor de lo electoral y siempre proponiendo medidas como las de llevar la gente en camiones al Parlamento para presionar. Por nuestra parte, planteábamos movilizar a los trabajadores en la calle, con paros, ocupaciones de fábricas y con diálogo desde posiciones de lucha. Esta metodología era generalmente resistida por la militancia comunista, salvo cuando en algún gremio, como el metalúrgico y textiles muchas veces, arrancaban en las asambleas decisiones de lucha fuertes.

En el marco de las “acaloradas discusiones” se cruzaron distinto tipo de críticas, en ese sentido Juan Carlos sostiene: “no concuerdo con Tito Martínez cuando afirma* que empezamos a actuar en forma fraccional. Salvo que se entienda que pueda darse una fracción de hecho. Nosotros no lo vivíamos como una fracción. Estábamos actuando en diversos lugares de inserción, teníamos contactos y claro, quienes estábamos en esas mismas coordenadas, conversábamos más regularmente sobre estas preocupaciones comunes. El

* En *Crónicas de una derrota* Tito Martínez afirma: “A mediados de 1961 se llegó al colmo al consolidarse el núcleo de dirección como una fracción. Hechos externos lo precipitaron: fue por Cuba, a la que veníamos apoyando. Después de Bahía de Cochinos y de proclamado el carácter socialista de la Revolución empezamos a recibir una correspondencia terrorífica: la Asociación Libertaria Cubana se quejaba amargamente, no de la invasión, sino de que los ingratos yanquis no les habían notificado previamente de modo de poder así ayudar a la gusanería. La secuestramos –actitud muy autoritaria por cierto– para no dar aliento a quienes ya recelaban de la Revolución cubana y a partir de ese momento empezamos a actuar en forma fraccional: Gerardo Gatti, su hermano Mauricio, León Duarte, el cerrense Juan Carlos Mechoso, Maciel y yo”. (Martínez, José Jorge, *Crónicas de una derrota. Testimonio de un luchador*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2003, p. 45).

Tito, que tenía una cierta vocación obrerista, venía muy seguido por el Cerro y, en consecuencia, nos encontrábamos con frecuencia. Además, el Tito Martínez participaba en los actos que hacíamos en el Cerro, donde era uno de los oradores regulares. A esos actos venían también los hermanos Gatti, por eso quizá él se llevó la impresión de que era una fracción.

José Jorge *Tito* Martínez se alejó de la FAU antes de la división de 1963 y al igual que Alfredo Zitarrosa –ambos habían participado activamente en las Juventudes Libertarias, en la FAU y en el Ateneo del Cerro– se vincularán al Partido Comunista algunos años más tarde. Recuerda Mechoso que Hugo Cores, que tuvo una actividad intensa en los primeros años de la FAU, no estaba en la organización en aquel momento. “Hugo volvió a la FAU en 1966 y asumió un desempeño relevante en la CNT como dirigente del gremio de empleados bancarios y de la ROE (Resistencia Obrero Estudiantil).”

Las divergencias en el interior de la FAU se profundizaron, conformándose de hecho dos opciones. Sin embargo, no todos los militantes se alinearon en torno a una u otra posición. “Otros compañeros buscaron, y creo que con buen espíritu, formas más laxas que nos comprendieran a todos, dada la diversidad de matices existentes en ese momento. En ese sentido, se plantea que las relaciones no fueran vinculantes, obligatorias. Algo así como libertad de acción, pero se le llamó ‘autonomía mayor’ de grupo a grupo. Todos hacíamos intentos, sentimentales más que racionales, para mantener la unidad anarquista en la FAU. Hacía muchos años que actuábamos juntos. Muchas cosas nos identificaban: éramos anticapitalistas, queríamos formar una sociedad sobre otras bases y apostábamos a la participación de la gente. Había una cantidad de cosas que eran bienes comunes. Pero, al mismo tiempo, en el quehacer cotidiano nos trancábamos unos a otros. Por ejemplo: los compañeros que estaban en la Comunidad del Sur querían formar más comunidades. Estaban convencidos de que era un camino que permitía empezar a cambiar los hábitos sin esperar a los cambios revolucionarios. Había cosas que, puestas en su dinámica y en esa perspectiva, resultaban lógicas. La Comunidad del Sur desarrollaba una intensa labor en el barrio contra la carestía de la vida y otras actividades concretas, como panaderías populares, con las que nosotros estábamos de acuerdo. La gente de la Comunidad podía pensar que la prioridad obrera que establecíamos era despectiva de esas acciones, pero no lo era.”

El grupo de Bellas Artes, recuerda Mechoso, había elaborado una propuesta para la reforma de los planes de estudio, que había per-

mitido una modificación revolucionaria en la enseñanza, con la participación colectiva y masiva de estudiantes y docentes. “O sea que desde ese punto de vista, los compañeros habían hecho un trabajo muy interesante y lo valorábamos. Pero trasladaban algunas de sus metodologías a problemáticas que eran totalmente diferentes. Y nosotros pensábamos que no todo aquello que les servía específicamente era trasladable a una estrategia global de cambio, ni siquiera coyunturalmente, a la problemática obrera y popular del Cerro, por ejemplo, cuyas vivencias y necesidades eran muy distintas a las de Bellas Artes. Había ahí elementos que ya comenzaban a anularse unos a otros y sobre los que no podíamos acordar en los Plenos de la FAU. Mientras un grupo pedía la reconsideración de un tema, una y otra vez, otro actuaba con autonomía de lo acordado. Eso llevó a que en determinado momento no se avanzara ni de un lado ni del otro.”

A esa altura, las reuniones de la FAU se habían tornado muy deliberativas y problematizadas. Según el relato de Mechoso se acentuaban las diferencias sin que estuvieran claras y explicitadas las diversas posiciones. Las disputas eran cada vez más acaloradas.

“No vamos a decir a esta altura que nosotros teníamos toda la razón y ellos nada. Cada uno exponía y defendía lo suyo con fuerza, confianza y decisión. Todos metimos la pata en algún momento, llevamos las cosas más allá de lo que correspondía, como sucede en esas situaciones. En ese proceso que culmina con el alejamiento de núcleos de compañeros, fundamentalmente de la Comunidad del Sur y de Bellas Artes, participaron anarquistas que actuaban en otros ámbitos, como Luce Fabbri. Ella, que también se alejó, estaba más afin a un planteo de tipo principista.” Fabbri consideraba que había una cantidad de transgresiones en el proceso interno cubano que no iban a conducir a nada bueno. Sostenía que debían apoyarse procesos revolucionarios que tuvieran un alto nivel de autogestión y de participación y que generaran nuevas estructuras y gérmenes positivos en el porvenir. “Procesos exentos de violencia, para decirlo en los términos que se usaban entonces. Sobre estos aspectos, Luce polemizó en *Lucha Libertaria* con Tito Martínez, antes que éste se alejara del anarquismo. Otra compañera militante que había tenido responsabilidades en otros tiempos era Elbia Leites. Muy buena militante, de buen nivel y aguerrida, desapareció cuando se produjo la división. Creo que no estaba identificada con ninguna de las posiciones predominantes. Para nosotros los aspectos organizativos eran imprescindibles. Se produjo entonces una discusión muy fuerte con Alfredo Errandonea al respecto. Alfredo proponía formas

organizativas no vinculantes. Es decir, que cada cual quedara libre de hacer aquello en lo que estuviera de acuerdo. Este planteo contaba con el apoyo de Luce, del grupo de Bellas Artes, de la Comunidad del Sur y de la Agrupación de Medicina. Por nuestra parte, se consideraba la necesidad de un mayor compromiso militante. Las agrupaciones debían actuar en concordancia con las orientaciones emanadas de los acuerdos y con la organicidad establecida en la Carta Orgánica de la FAU.”

El sector al que pertenecía Mechoso –y que seguirá como FAU– planteaba adecuar la organización a los nuevos tiempos, definir una estrategia que apuntara al cambio revolucionario y articular la violencia como un elemento de tal estrategia. Junto con eso, señala, se debía ir montando mecanismos de autodefensa para las situaciones difíciles. La relación con las organizaciones sociales, como los cañeros de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) y con otros grupos de la izquierda uruguaya, también fue motivo de controversia al interior de la FAU. “Fuimos a reuniones para llevar adelante acciones solidarias con la posible ocupación de los latifundios de Silva y Rosas en Artigas. Manteníamos relaciones con el Coordinador.* Allí participábamos un conjunto de militantes y organizaciones de intención revolucionaria, procurando crear una nueva alternativa de izquierda. Pero había compañeros de la FAU que no querían saber nada con la coordinación ni con esa problemática. En esa primera etapa del Coordinador participamos con el Ñato Fernández Huidobro, que provenía del Movimiento Revolucionario Oriental (MRO) y con Julio Marenales, Jorge Manera Lluberías y Raúl Sendic, que venían del Partido Socialista, con la finalidad de organizar las marchas cañeras y la ocupación de latifundios.” Muchas de esas reuniones se hacían en el local de la Confederación de Trabajadores del Uruguay (CTU). Ese primer intento del Coordinador se interrumpió. Las relaciones se retomaron un tiempo más tarde, luego de las elecciones nacionales de 1962.

La ruptura –que se concretó en diciembre de 1963– se procesó en varias instancias pero no se citó a una instancia orgánica decisiva de las agrupaciones. Algunos querían resolver las diferencias en el Pleno, donde las fuerzas estaban más divididas. “El Pleno daba derechos a compañeros que no tenían actividad regular alguna. Si era

* Espacio de coordinación que comenzó a funcionar en 1963, en el que participaban la FAU, el Movimiento de Izquierda Revolucionario, militantes del Partido Socialista, del grupo Movimiento de Apoyo Campesino y militantes que luego integrarían el MLN.

pertinente resolver la interna en un Pleno o en un Congreso tendía a convertirse en una discusión interminable. Así que en un momento determinado, los grupos obreros, Gerardo y Mauricio Gatti, y compañeros viejos como Franano y Marino, dijimos: acá ponemos punto final. No da para más. Llevábamos meses discutiendo, teníamos una serie de actividades semi paralizadas, entre ellas el apoyo a una marcha cañera, que no podíamos abordar adecuadamente. Se había pensado desarrollar una actividad bastante intensa para los cien años de la primera Asociación Internacional del Trabajo (1864) y no pudimos. Entonces nos dijimos: basta, tenemos que definir el panorama de una vez por todas. Apelamos a la Carta Orgánica, donde se estipulaba que este tipo de diferencias debían ser resueltas en instancias de participación de Agrupaciones y no en los Plenarios. También era cierto que se habían resuelto situaciones conflictivas en Plenarios, por lo que tampoco nosotros teníamos toda la razón en cuanto al procedimiento a seguir. Sin embargo, pensábamos que lo que correspondía ante una situación tan delicada como la que se estaba viviendo, era convocar al Congreso de Agrupaciones.” Finalmente unos dos tercios de las agrupaciones, que eran las que daban la vida regular a la federación, permanecieron en ella. Muchos se fueron y otros crearon otra instancia orgánica, la Alianza Libertaria Uruguaya (ALU).

La carga afectiva que comportaba la relación entre los compañeros había impedido que la división se produjera con anterioridad. Juan Carlos reconoce que no fue sencillo llegar a tomar la resolución y opina que la ruptura de la FAU tendría que haberse producido antes: “Ya cuando se va el Tito Martínez. No tenía sentido seguir juntos gente que pensaba y andaba en cosas distintas. Pero fue esa relación y amistad entre los compañeros, esa subcultura que había, que era muy fuerte y venía de mucho tiempo atrás, la que demoró formalmente la concreción de la división. Teníamos amigos entre la gente de la Comunidad del Sur, en la barra de Malvín. Nos encontrábamos en los fines de año, salíamos juntos”.

Pero las vivencias y, por tanto, las versiones acerca de la división, varían. Mechoso aporta una visión desde la perspectiva de quienes se quedaron, quitándole al hecho buena parte de su dramatismo. “Muchas veces se dice que fue una situación muy traumática, creo que eso está un poco exagerado. Las diferencias originaron encontronazos, pero no llegaron a mayores. Hubo una ruptura, pero lo que queda en la FAU, la amplia mayoría de las agrupaciones militantes, siguió su proyecto y el conjunto de tareas que ya se estaban desarrollando.”

De acuerdo a su balance optimista el conflicto fue superado rápidamente, sin dejar secuelas profundas o duraderas en la organización. “Al año siguiente, en 1964, dos o tres meses después de la fractura, nosotros ya teníamos resuelto el tema. Las actividades continuaron y no se habló más del asunto. Probablemente no tuvimos toda la razón; ellos tampoco. Al poco tiempo hicimos un balance y valoramos que tal vez algunos aspectos pudieron haberse resuelto mejor. Pero esas situaciones no se procesan fríamente, las pasiones están presentes. Como instancia de enfrentamiento fue suave. Luego de la división quedó una cierta distancia entre las partes. Pero cuando las aguas volvieron a su cauce fueron muy pocos los compañeros que quedaron enfrentados. Nosotros seguíamos con la cooperativa gráfica y el trabajo de linotipo y trabajábamos con la imprenta de la Comunidad del Sur. Nos veíamos casi todos los días. En el local de la FAU, en la calle Misiones, funcionaba la cooperativa gráfica y Mauricio, Gerardo y yo íbamos a llevar o traer el plomo y a concretar detalles de impresión gráfica a la Comunidad del Sur.” Para explicar que no quedó una relación ríspida tras la división, Mechoso recurre a varios ejemplos. En Bellas Artes se constituyó al poco tiempo un grupo simpatizante que luego se integraría a la FAU. “Algunos de esos compañeros eran de la vieja guardia de la Escuela como Zelmar Dutra y Roger Julien. Lo mismo sucedió en la Comunidad del Sur, donde Víctor Gutiérrez, que estuvo muy activo en el momento de la división, después se reincorporó a la FAU y desarrolló actividades en la OPR. El Vasco Roberto Larrasq y el Petiso Washington Paz, de la Comunidad del Sur, también se incorporaron a la FAU.”

Si bien muchos de los que se alejaron de la FAU retornaron, en el recuerdo de otros militantes quedó el registro de un enfrentamiento muy fuerte, tan fuerte como el que cuarenta años atrás se había dado cuando la división de la FORU. Los anarquistas que se alejaron en 1963 sintieron, como lo han manifestado, que hubo una apropiación de los elementos simbólicos del anarquismo por parte de los sectores militantes de las agrupaciones obreras y barriales que continuaron en la FAU.

Hubo una ruptura, y quienes lideraron la fracción que se retiró, como los hermanos Jorge y Alfredo Errandonea, Ruben Prieto, Luce Fabbri y Sergio Villaverde, optaron por otros caminos militantes. Pero si bien trata de quitarle dramatismo, Juan Carlos reconoce la profundidad de los antagonismos que impedían la convivencia. “Si las diferencias no hubieran sido profundas hubiéramos continuado juntos o los que se fueron hubieran intentado arrimarse después y

sin embargo no lo hicieron. De todos modos esos compañeros no abandonaron la militancia y contrajeron o renovaron compromisos en distintas actividades. ALU tuvo una actividad muy breve. En tanto nosotros, nos dedicamos de lleno a desplegar nuestros proyectos: la Resistencia Obrero Estudiantil, la Tendencia Combativa y la OPR 33. En fin, fueron cosas muy absorbentes. Pero las encaramos con sentido crítico y sentido del humor. No descalificamos a la gente con la que hasta ayer habíamos militado y compartido ideales. Fueron diferencias por problemas políticos y punto. El anarquismo siempre tuvo una cantidad de vertientes, la comunitaria era una de ellas, y las vetas estéticas del anarquismo y el individualismo también. De eso no hay dudas. O sea que mal podemos nosotros pensar que ellos no fueran anarquistas.”

“Establecida la división de la FAU se designa una primera Junta Federal que se integra con Franano, como secretario general; Marino, Washington Pérez, León Duarte, los hermanos Gatti, Antuña y yo. Creo que también integró la dirección Carlos Fuques, el Brasilero.” A partir de entonces alguna gente “comenzó a considerarnos herejes dentro del anarquismo”. La mayoría de los anarquistas en América Latina cuestionaba la condición de anarquistas de la FAU, alegando que no se podía ser organización con ese perfil y ser a la vez “Federación anarquista” como indica la sigla. “No nos interesaba mucho entrar en esa discusión, de modo que dijimos bueno, entonces somos simplemente FAU sin puntos. Como la FAU nos habíamos inclinado por un terreno no muy explorado por el anarquismo latinoamericano: el de establecer relaciones con todo el mundo, propiciar una central obrera única que incluiría a los ‘bolches’ con cierto grado de conflicto. A la vez, nos proponíamos conformar un aparato armado. Nos metimos en un terreno nada sencillo, en el que tuvimos aciertos y errores. Procuramos estar en ese tiempo histórico con nuestra concepción de socialismo libertario. Pensar los problemas con cabeza propia, desde una organización que tenía una existencia real dentro del movimiento obrero, estudiantil y barrial organizado.”

Para un anarquismo tradicional, que no tenía inserción prácticamente en ningún país del continente latinoamericano, este tipo de postulados era –dice Mechoso– “un desacomodo”. Porque en su opinión la inserción social enriquece el campo de las prácticas sociales aportando algo que no se puede extraer de los libros.

Acciones directas

La nueva dirección de la FAU, presidida por el obrero gráfico Roberto Franano, se orientó a incrementar su presencia en la escena política mediante la coordinación con otras organizaciones de “intención revolucionaria”, a participar en el proceso de unidad sindical que llevará a la formación de una central única de trabajadores y a realizar un ajuste organizativo para el desarrollo de la acción directa en todos los niveles. “Con la presencia de varios grupos e incluso con gente del Movimiento de Apoyo Campesino (MAC), nos integramos en la organización de la marcha cañera del año 1964. En el Coordinador siempre participamos como FAU, dejando sentado desde el pique que pertenecíamos a una organización en la que continuaríamos y que íbamos a comenzar a desarrollar la lucha armada. Realizamos algunas actividades conjuntas como los Comandos del Hambre, apropiando comestibles y distribuyéndolos en los cantegriles. La mayoría de los compañeros que participaron en estas acciones eran del Cerro. Algunos operativos se hicieron como Coordinador y otros los realizamos como organización. El primero fue hecho por el MAC donde en ese momento estaba el Ñato Huidobro. Uno de los operativos de los Comandos del Hambre fue el asalto a un camión de Manzanares. La rutina que se seguía consistía en realizar un pedido de comestibles y luego esperar al camión en un punto determinado. Una vez que el camión arribaba, se ‘apretaba’ al chofer y se iba a un ‘cante’ a repartir los víveres. En general se intentaba convencer al chofer de buenas maneras y no se mostraban armas. Si era posible el camión era manejado por el propio chofer hasta el lugar de reparto. Una vez allí se distribuía todo. Luego se dejaba al conductor del camión en otro lugar y atado, para dar tiempo a la retirada de todos los compañeros. Posteriormente estos hechos se adjudicaron al MLN aunque no fue así.”

Producida la división de la FAU el colectivo de militantes que siguió en esta organización, entre los que se encontraba Juan Carlos Mechoso, intensificó los trabajos de forja y desarrollo de la coordinación con otros sectores radicales de izquierda para la conformación de un “polo socialista revolucionario”. En esos años Mechoso se integró a la producción como linotipista en la industria gráfica en la Cooperativa de la FAU de la calle Misiones y tiempo después en el diario *El Plata*. Por “recomendación” de la organización se mudan del Cerro junto a su compañera, a una casa en Melilla donde nacen sus hijos: Carlos y Enrique. En vista de las dificultades para avanzar en la consolidación del “Coordinador” surge la proposición de avanzar en la formación de la “parte armada” de la FAU. Mechoso es designado como responsable por la dirección para el desarrollo de esa actividad. El activismo militante y el grado conspirativo de las tareas que se desarrollan plantean la necesidad de conseguir una casa mejor ubicada y luego de una intensa búsqueda se traslada a una amplia casona en Camino del Andalúz, en el barrio Manga en la periferia de Montevideo.

La coordinación se afianzó con el “Acuerdo”, que permitió la reedición del diario *Época* (hasta su clausura, junto al Semanario *El Sol*, el 12 de diciembre de 1967).*

A partir de 1968 se agudiza la conflictividad social y la agitación política. El deterioro de las condiciones económicas y sociales del país se hizo cada vez más visible y consecuentemente el descontento se manifestó con mayor fuerza. Los trabajadores nucleados en la CNT llevan a cabo importantes movilizaciones y sostienen huelgas prolongadas. La violencia se instala en el país, volviéndose cotidiana. Con la represión a las luchas obreras y estudiantiles, se suceden los enfrentamientos callejeros y la muerte de trabajadores y estudiantes. En abril de 1969 hubo un rebrote de los grupos de ultraderecha, de las asociaciones de estudiantes, de los padres y docentes “demócratas” y de los atentados.

* La clausura definitiva del diario *Época* y la ilegalización de las organizaciones de izquierda que lo respaldaban (Federación Anarquista Uruguaya, Grupo de Independientes, Movimiento de Acción Popular Uruguayo, Movimiento de Izquierda Revolucionario, Movimiento Revolucionario Oriental y Partido Socialista) propició la edición semanal de *Cartas de FAU* a cargo de Raúl Cariboni y Mauricio Gatti. *Cartas de FAU*, publicación de dos hojas membretadas con los colores rojo y negro y una leyenda: “La lucha de los revolucionarios no la disuelve ningún decreto; ni la detiene las Medidas de Seguridad”, fue distribuida clandestinamente en fábricas, oficinas y centros de estudio, entre los meses de junio de 1968 y marzo de 1971.

La primera víctima de esta nueva serie de acciones de “grupos no identificados” por la policía fue Sonia Guarnieri, integrante de la Federación de Funcionarios de Salud Pública y de la Mesa Representativa de la CNT.

Las nuevas exigencias políticas plantearon a la FAU la necesidad de incorporar otras categorías de análisis y surgieron gradualmente las propuestas de síntesis de vertientes anarquistas y marxistas, la consolidación de un Núcleo Central de Conducción y la construcción de una organización centralizada, con sus “dos patas”: la ROE para el nivel de masas y la OPR 33 para el nivel armado. Para muchos militantes la organización, “el pequeño motor” pasó a ser simplemente “la FAU sin puntos”.

Los militantes de la FAU desarrollaron numerosas acciones directas, cuya finalidad era la apropiación de recursos, el apoyo a los trabajadores en conflicto y la propaganda armada. Inicialmente esas acciones aparecían firmadas con una “R” (Resistencia) y desde 1971, como Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales (OPR 33).

La Resistencia Obrero Estudiantil se constituye como un intento de nuclear, en una organización de masas con definiciones generales y funcionamiento flexible, a trabajadores, estudiantes y sectores barriales radicales. En un primer momento la ROE fue una coordinación de agrupaciones y militantes sindicales y posteriormente se convirtió en la organización de masas de la FAU.

“En el 68 –recuerda Mechoso– había a nivel obrero el reclamo permanente de un plan de lucha. Varios sindicatos de la Tendencia lo planteaban en la Mesa Representativa de la CNT, pero no fue instrumentado por parte de la mayoría liderada por el Partido Comunista. En ese marco se crea la ROE, de matriz libertaria. El propósito era que no se transformara en una organización política, porque ya teníamos nuestro propio organismo político, la FAU. La ROE era adecuada como forma de aglutinar a todo el mundo en un nivel combativo de masas, con algunas orientaciones generales.”

El santo y seña de la ROE, su frase insignia, fue “Arriba los que luchan”. Que de alguna manera expresa el sentido de una organización con mucho dinamismo y pocas definiciones. Años después y ya en el tramo final de la lucha contra la dictadura, el “Arriba los que luchan” se transformó en una consigna pintada en muros y carteleras, coreada en las manifestaciones populares de todo Uruguay por miles y miles de personas, que poco o nada sabían de su origen.

A comienzos de 1968 y como forma de obtener recursos para la sustentación de la actividad de masas, Mechoso y Hugo Cores, en-

tre otros militantes vinculados a la FAU, llevaron a cabo una expropiación. “La acción fue todo un éxito. Al otro día, en el Bar de 8 de Octubre y Abreu, me encontré con dos compañeros de la dirección de la FAU, Mauricio y Gerardo Gatti y les conté los detalles y resultados del operativo. Les conté que Anselmo (Hugo Cores), que estaba muy contento por el resultado de ese operativo, dos o tres veces había frenado abruptamente la vieja camioneta Ford en la que viajábamos al tiempo que gritaba: ‘¡arriba los que luchan!, ¡arriba los que luchan!’. La anécdota despertó el interés de Mauricio, que enseguida me preguntó: ¿qué era lo que gritaba Hugo? ¡Arriba los que luchan!, le respondí. Lo apuntó en una servilleta. Mauricio, que era el encargado de propaganda de la organización, largó esa consigna en las calles de Montevideo. Y ese es el origen de la famosa consigna. Cores la creó, pero fue Mauricio Gatti al que se le ocurrió llevarla a los muros.”

La ROE continuó el trabajo que en el proceso de unidad sindical desarrollaron militantes sindicales de la FAU, como Gerardo Gatti, León Duarte, Washington Pérez y Miguel Gromaz, quienes habían participado en el proceso de formación de la Convención Nacional de Trabajadores junto a comunistas, socialistas, católicos y autónomos. La unificación del movimiento sindical uruguayo en una sola central, con un programa popular y antiimperialista –definido en agosto de 1965 en el Congreso del Pueblo–, constituye una experiencia relevante en América Latina.

La FAU, a través de la militancia sindical de la ROE, contribuyó a la conformación –junto a los Grupos de Acción Unificadora (GAU) que orientaba el trabajador textil Héctor Rodríguez, y a numerosas agrupaciones y sindicalistas independientes– de la llamada Tendencia Combativa, orientación dentro del movimiento sindical.

En el primer Congreso Ordinario de la CNT, realizado en mayo de 1969, Hugo Cores, dirigente de AEBU-Banca Oficial y de la ROE, es electo como uno de los vicepresidentes de la central de trabajadores, junto con Wladimir Turiansky dirigente de la AUTE y miembro del Partido Comunista.

La FAU crecía en el ámbito sindical, estudiantil y barrial a través de la ROE y de su participación en la Tendencia y, al mismo tiempo, desarrollaba “una pata armada”.

El sábado 26 de abril de 1969, un suceso de graves consecuencias ocurrió en la casa de Mechoso. En el 3871 de Camino del Andalúz, en Manga, se produjo una explosión de grandes proporciones.

El hecho mereció una gran cobertura de prensa y dio lugar a las más diversas especulaciones. En un primer momento, la responsa-

bilidad por la explosión fue adjudicada a los tupamaros. Sin embargo, ni estaba involucrado el MLN ni había sido un atentado sino un accidente. En la explosión, los pequeños hijos de Mechoso, Carlos y Enrique, resultaron lesionados.

“Se acercaba el 1° de Mayo y en mi casa se estaban preparando explosivos y bombas incendiarias. En ese momento yo trabajaba como linotipista en el diario *El Plata*. Habíamos alquilado para mi familia una casa muy amplia en la que vivíamos mi compañera, mis dos hijos y mi suegro, Daniel Bentancour, capataz de una cuadrilla de guardahilos del Telégrafo. Anteriormente habíamos estado viviendo en Melilla, pero estábamos un poco aislados. Debido a mis actividades militantes se hacía necesario mudarnos a un lugar más cómodo y a una casa que pasara más desapercibida. En la casa de Melilla había mucho movimiento: el ambiente familiar era propicio para que algunos gauchos, vecinos y gente que había estado internada en el Saint Bois, se dieran una vuelta por allí cada tanto. Se armaban juegos, preferentemente, damas y ajedrez. Estábamos muy expuestos. Con Gerardo Gatti y Botero (encargado al inicio de la parte armada de FAU) buscamos una casa en otra zona. En setiembre del 68 nos mudamos a una casa quinta con mucho terreno y buena cobertura en la zona de Manga, en el Montevideo rural. Como teníamos un teléfono los vecinos venían a hablar regularmente y establecimos una buena relación con ellos. La casa tenía muchos árboles frutales y enfrente había un terreno de casi una manzana que también estaba comprendido en la propiedad donde empezamos a hacer una cancha de fútbol para los gurises del barrio. Teníamos un caballo con el que mis hijos jugaban y con el que también arábamos la tierra.

El día de la explosión, dos compañeros expertos, América García Rodríguez y Heber Mejías Collazo, estaban preparando materiales explosivos a la sombra de un parral. Habitaban desde hacía unos pocos días en un galpón grande e independiente al fondo de la vivienda. Era un día de mucho calor. Hubo entonces un descuido. Mis dos pequeños hijos estaban jugando al fútbol cerca de ahí. Yo estaba en *El Plata*. Sobre el mediodía, antes de volver, como era costumbre, llamé a casa desde el teléfono público de un café. Atendió mi suegro y me contó lo que había ocurrido momentos antes. La explosión fue importante. El techo del galpón y algo de las paredes quedaron rotos. Una casa vecina fue afectada por la onda expansiva, que también rompió vidrios de un edificio que estaba a 300 metros. A mis dos botijas los agarró esa onda, algo menos a Enrique, pero a Carlitos, el mayor, le agarró la mano y un poco del cuerpo. Por suerte la cara no. A Enrique solamente lo tiró y, como consecuencia,

sufrió alguna quemadura leve. A los dos compañeros los quemó un poco más. En un primer momento, China los curó con leche. Los compañeros abandonaron la casa como pudieron y un vecino de enfrente que tenía auto los ayudó a salir rápidamente del lugar. La explosión fue tomada en un principio como un accidente, una garrapa de gas reventada.”

Enrique tenía solo tres años cuando el accidente. Sin embargo recuerda, aún hoy, el impacto que le produjo la explosión. “Estaba jugando a la pelota con mi hermano debajo de un nogal enorme, en el fondo. Yo hacía de golero y mi hermano me tiró un pelotazo. Detrás del arco estaban unos compañeros de mi padre manejando cosas. La impresión que me quedó desde chico fue que ese pelotazo tuvo que ver con la explosión. Recuerdo que, en el momento en que voy a buscar la pelota, se produce la explosión. Aquello fue como una lluvia de calor que te abrasa, una sensación de vidrio picado que te pegaba en todo el cuerpo. De eso no te olvidás nunca.”

En la casa vivía la hija del Santa (Héctor) Romero, Margarita, que iba a la escuela con Carlos y Enrique. Romero apareció por casualidad en la casa inmediatamente después de la explosión. Felizmente la niña estaba ilesa porque cuando estalló estaba en casa de una vecina. Los cronistas policiales confundieron a Romero con Raúl Sendic, el principal dirigente tupamaro buscado por la policía en ese momento. A la media hora se presentaron policías de la Comisaría 27, luego personal de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia, al mando del Inspector Antonio Piriz Castagnet y un poco después el comisario Alejandro Otero del Departamento de Inteligencia y Enlace, quien estaba en ese momento a cargo de la lucha antisubversiva.

El accidente conmocionó a Mechoso, al punto que rememorarle le produce, aún hoy, profunda emoción. “‘Carlos, ocurrió una tragedia, explotó la pieza del fondo y Carlitos y Enriquito están quemados’, me decía en el teléfono del bar la voz de mi suegro, el querido viejo Daniel. Un sentimiento extraño me recorrió, una cosa intransferible, ni hoy sé cómo describir eso que sentí. La cabeza me zumbaba, como que pasé a ser otra persona de golpe, me dolía todo, el dolor me mareaba. Ni sé cómo después de hablar, me senté. Y ahí estuve tomando quién sabe qué durante un rato, una hora quizá. Me venía la imagen de mis gurises, me imaginaba cosas. Me recorría un ánimo de abatimiento, de indignación, de angustia, de impotencia, algo de eso y todo junto. No pude llorar. Recién lloré –y durante horas– sobre la madrugada en el local El Tropero adonde fui a pasar la noche. El primero en llegar fue Mauricio Gatti. Su hermano Gerardo estaba en el interior y cuando se enteró de lo ocurrido regresó a

Montevideo. Poco después llegó Silva (Raúl Cariboni). Fue una situación muy dolorosa para mí y para la gente allegada. Entre los compañeros existía una relación personal muy fuerte. Me acuerdo que Mauricio no decía nada, me tocaba nada más. Uno siempre pensó que la caída de cualquier compañero iba a ser un impacto, pero un accidente como ése, que afectaba a los niños, no lo esperábamos. Se habían previsto todos los detalles. Cuando se almacenaban explosivos se hacía con todos los recaudos y el detonante no se dejaba junto a los demás materiales. Sí, aquello fue entonces muy doloroso y es difícil explicar y describir el dolor que sentí.”

Gerardo Gatti había averiguado que tanto en la casa de Manga como en el Hospital Pereira Rossell la policía esperaba a Mechoso, por lo cual debe pasar a la clandestinidad. La policía y el juez, Alberto Grille, presionaban a sus familiares para que se presentara. Además del hecho de por sí grave de la explosión, la policía había encontrado en la casa de Manga una camioneta “levantada y camuflada” y unas cuantas cajas con billetes de banco. “Eran billetes que a esa altura no valían nada. Eran de una expropiación muy anterior y habían perdido valor, estaban para ser quemados. A tal punto que le había dado unos poquitos billetes a los gurises para que jugaran al Cajero. Pero la policía le dio mucha publicidad al hecho, porque también habían encontrado armas. Algunas de ellas eran de Daniel, mi suegro.”

A la compañera de Mechoso la policía se la llevó del Pereira Rossell y fue procesada por “encubrimiento”, al igual que Élide Cardozo, la madre de Mejías Collazo. Los niños quedaron a cargo de Alberta, la abuela paterna.

“Antes que procesaran a ‘China’, llamé al juez Grille desde un teléfono público, haciéndome responsable de todo lo que había en la casa y explicando que mi compañera estaba ajena a los hechos.”

Como consecuencia de la explosión en Manga, todos los hermanos de Juan Carlos fueron detenidos y pasaron varios meses en el cuartel de San Ramón y en la Escuela Carlos Nery, que entonces oficiaba de cárcel.

La vida clandestina afectó profundamente la rutina familiar. Sin embargo, Rogelio (pasarán años antes de volver a usar abiertamente el nombre Juan Carlos) mantuvo su pareja y la relación con sus padres, hermanos y sobrinos, preservándolos con estrictas medidas de seguridad. Visitaba su casa a altas horas de la noche o mantenía encuentros en lugares públicos, siempre en estado de alerta. La madre hablaba con los niños de lo que sucedía, de modo que tenían incorporada la noción de alerta. “Sabíamos que había un



China y su padre Daniel Bentancour,
Carlitos y Enrique, en la casa de Manga

Carlitos
y Enrique



Atrás: Nila y su esposo, sus dos hijas y su
hijo. Ricardo, su esposa Marta Piriz,
sus dos hijas y Alberta, en la casa de Nila
en el Cerro

Casamiento de Alberto con Beatriz
Castellonese junto a Alberta

problema y teníamos que estar tan atentos como él”, recuerda Enrique, su hijo menor.

El problema más doloroso para Rogelio, era no poder estar regularmente con los niños. “Hay momentos en que tenés ganas de estar con los gurises, pero de alguna manera vas asumiendo que no hay vuelta, que es así. Entonces, ponés la pata en el piso, no hay otra. Tratás de acomodarte a esa nueva situación y disfrutar lo más que podés de la relación con ellos, cuando es posible.”

La familia se veía furtivamente en el Parque Rodó. A veces iban al cine Arizona, en la calle Rivera, cerca del Zoológico de Villa Dolores, donde veían películas infantiles.

“Recuerdo un día complicado, cuando fuimos con los gurises al Parque Lecocq y en la mitad del trayecto, a la altura del Paso de la Arena, subieron los botones y pararon el ómnibus en que viajábamos. En ese momento viajar en ómnibus era mucho más seguro, se pasaba más desapercibido. Pero esa vez, cuando entraron los milicos, Carlitos y Enrique se callaron y no pasó a mayores. Con todo no fueron muchas las veces que vivieron esas experiencias.”

“Después de pasar a la clandestinidad por la explosión en Manga, los mejores ratos con la familia, los pasábamos en La Paz, en la casa del Viejo Pocho.* Ahí iban China y los gurises, un viernes por ejemplo, y yo trataba de llegar, por otras vías, a la noche. Estábamos viernes, sábado y domingo, pasábamos varios días juntos. Era un lugar amplio, había monte y salíamos a caminar con el viejo. Incluso íbamos a La Paz. Su compañera y sus hijas eran encantadoras. Ese era el lugar en el que pasábamos más tiempo. Tan era así que una vez lo ayudé a hacer una planchada. El Viejo Pocho le hacía ‘piernas’ a todos los vecinos fueran blancos o colorados, no importaba. Era una persona muy querida. O sea que estando allí, hacía una vida normal, digamos. Si es que eso era normal.”

En el marco de una concepción que sostenía la lucha prolongada y antiimperialista y que apostaba a una insurrección popular para el cambio revolucionario, la FAU definía el desarrollo de diferentes

* Olivar Caussade, conocido como el Viejo Pocho, tenía en el momento de su muerte 56 años, estaba casado y tenía dos hijas. Una de ellas, Adriana, se encontraba con él, el 14 de octubre de 1972, cuando aparecieron los efectivos del Ejército. El Viejo Pocho había anunciado a sus compañeros que antes de entregarse se mataría, y así lo hizo: se pegó un tiro en el corazón. Caussade estaba jubilado, había trabajado en los frigoríficos del Cerro, militó en la Asociación de Supervisores y Empleados de la Industria Frigorífica y tenía una bloquera en su casa del barrio Abayubá, en las cercanías de La Paz. Era integrante de la FAU, miembro de la OPR y uno de los encargados de las instalaciones especiales en los locales, conocidas como “pozozos” o “berretines”. Mechoso y China mantenían con Caussade y su familia una estrecha amistad desde que se conocieron en el Ateneo del Cerro.

niveles de acción directa. Pocos días después de los sucesos de Manga, en la noche del 30 de abril al 1° de mayo de 1969, fueron arrojadas bombas de alquitrán en la Misión Naval de Estados Unidos, en la patronal de diarios y en las sucursales de los Banco Comercial y de Londres. Al mismo tiempo fueron colocadas bombas incendiarias en la sede de la COPRIN. En la tarde del 16 de julio de ese mismo año, jóvenes integrantes de un grupo operativo de la FAU, bajo la responsabilidad de Héctor Santa Romero, retiró el original de la Bandera de los Treinta y Tres Orientales del Museo Histórico Nacional, Casa de Lavalleja, en la Ciudad Vieja. Los guerrilleros dejaron un volante en el museo, firmado con la “R” enmarcada en un círculo con la leyenda: “Ahora la bandera de los Treinta y Tres flameará al tope de las luchas populares”.

Ese mismo día, pero en horas de la noche, en apoyo a la huelga desarrollada por los empleados bancarios, un grupo de la FAU destruyó el cerebro electrónico de la Agencia Cordón del Banco Comercial, ubicada frente al Monumento al Gaucho. Los guerrilleros anarquistas autores de la voladura de los equipos IBM, en esta ocasión, dejaron volantes firmados con una “R” y la firma “Unidad Obrera de Acción Arturo Recalde”.*

Con las elecciones nacionales de noviembre de 1971 se plebiscitó una reforma constitucional, que buscaba la reelección del presidente Jorge Pacheco Areco. El Partido Colorado ganó las elecciones, con una diferencia de menos del uno por ciento sobre el Partido Nacional. Sin embargo, los votos para la reforma constitucional no alcanzaron y en marzo de 1972 asumió la presidencia de la República Juan María Bordaberry, candidato de Pacheco Areco.

Conjuntamente con el deterioro económico y social y el accionar de los grupos armados, la crisis política se agudiza y con ella los desbordes autoritarios del gobierno. Las Fuerzas Armadas, que desde setiembre de 1971 tenían la conducción de la “lucha antisubversiva”, asumieron un protagonismo creciente. El 28 de febrero apareció en las cercanías del Establecimiento de La Tablada el cuerpo del estudiante Íbero Gutiérrez acribillado a balazos por el Escuadrón de la Muerte.** El 14 de abril, el MLN puso en práctica su anunciada

* Arturo Recalde, obrero municipal, fue asesinado el 21 de enero de 1969 por el coronel retirado Camilo Rodríguez, cuando participaba en una manifestación en el centro de Montevideo.

** Nombre genérico de organizaciones clandestinas de derecha surgidas en Uruguay en distintos estamentos armados del Estado y centralmente coordinados por miembros del gobierno o políticos, responsables de atentados y asesinatos, entre ellos los de Héctor Castagnetto el 17 de agosto de 1971, Manuel Ramos Filippini el 31 de julio de 1971 e Íbero Gutiérrez el 28 de febrero de 1972.

decisión de pasar a etapas superiores de lucha e incrementó su accionar militar, al final de ese día hubo cuatro agentes del Estado muertos y ocho tupamaros. La Asamblea General, con los votos del Partido Colorado y del Partido Nacional aprueba sin dilaciones la suspensión de derechos y garantías individuales, el Estado de Guerra Interno y en julio la ley de Seguridad del Estado. Inmediatamente se desató una violenta represión, especialmente contra militantes vinculados a las organizaciones guerrilleras. En la madrugada del lunes 17 de abril fueron fusilados ocho militantes comunistas de la Seccional 20, de la Avenida Agraciada y Valentín Gómez. El 27 de mayo los militares ubicaron la Cárcel de Pueblo del MLN, en la calle Juan Paullier 1192, liberando a Ulyses Pereira Reverbel y a Carlos Frick Davis. Pese a la debacle de la izquierda armada y al clima de violencia generalizada, la movilización popular de masas se mantiene firme. El 1° de Mayo, una enorme multitud se concentra bajo la consigna de Unidad, Solidaridad y Lucha. Al interior de la CNT se intensifica la confrontación de tendencias sobre cómo enfrentar el proceso inflacionario, el endeudamiento externo y el autoritarismo creciente.

En ese momento Mechoso integra la dirección de la FAU y al mismo tiempo “Aguilar” que era el organismo responsable de toda su actividad armada. Juan Carlos señala: “pese a ese clima de represión y a las intensas persecuciones, continuamos actuando políticamente desde la ROE y operando militarmente desde la OPR 33. La decisión del MLN de incrementar las acciones militares nos obligó a asumir un conjunto de técnicas que no teníamos previstas: mecanismos de organización, de acción, de seguridad. Como OPR no teníamos planteado llevar adelante hechos de sangre. Los operativos que realizamos consistían en expropiaciones, escarmientos y secuestros de verdugos en las fábricas. O en otros casos la colocación de un buen artefacto de bomba. Nosotros teníamos un desarrollo del aparato armado muy reciente que se fue organizando en función de los objetivos establecidos. En el 72 cuando se desata la ofensiva militar del MLN y la represión de las Fuerzas Armadas contra los grupos guerrilleros los ‘pozos’ recién se estaban terminando. Nuestro objetivo no era crear un gran aparato armado sino uno reducido, calificado y con buena capacidad de desplazamiento. El uso de diferentes formas de violencia era contemplado en el marco de una concepción a largo plazo, en la que la parte armada debía acompañar pero nunca sustituir el crecimiento de la conciencia de los trabajadores”.

El 11 de mayo se concretó un secuestro en la ruta 11, próximo al Paso Margat. Se llevó a cabo como parte de una estrategia de apoya-

tura armada a los conflictos obreros. Fue el único secuestro de la guerrilla realizado en el interior del país.

“Días antes de la caída de la Cárcel del Pueblo del MLN secuestramos a Sergio Molaguero (hijo de un importante industrial del calzado de Santa Lucía) y lo mantuvimos hasta el 19 de julio de 1972. Fue una acción de alto riesgo. Lo soltamos luego que la familia se avino a un arreglo favorable a los trabajadores del Sindicato de Seral y al pago de un importante rescate.

Con este tipo de operativos no se buscaba sustituir la lucha de los gremios. En el caso concreto de Molaguero el secuestro se produjo cuando se agotaron las posibilidades sindicales de mejorar las condiciones de trabajo y lograr el cumplimiento de las normas laborales. El secuestro fue propuesto a la organización por los trabajadores de FUNSA, en especial por Duarte, que sostenía que se habían agotado las posibilidades de actuación desde el ámbito específicamente sindical.”

Inmediatamente de secuestrado Molaguero se negoció con la familia. Pero cuando se estaba a punto de alcanzar un acuerdo, las Fuerzas Armadas, que tras los duros golpes a los Tupamaros habían renovado la confianza en recuperar a Molaguero “sano, salvo y rápidamente” como lo habían hecho con Pereira Reverbel y Frick Davis, presionaron a la familia para que no acordara con el sindicato. En las semanas siguientes fueron detenidos León Duarte y Washington Pérez del sindicato de FUNSA y Julio Ojeda e Hilda Moreira de la Unión de Obreros de Seral. Las Fuerzas Conjuntas no pudieron ubicar a Molaguero y la familia acordó con la guerrilla una solución al conflicto que incluyó el reparto de útiles escolares y alimentos a los pobladores humildes de Santa Lucía y el pago de una importante suma de dinero en efectivo. El 19 de julio, a casi setenta días de su secuestro, Sergio Molaguero fue liberado en Montevideo por la OPR 33.

En esas circunstancias la Oficina de Prensa de las Fuerzas Conjuntas convocó en el Hospital Militar a una conferencia. Molaguero se presentó en sillas de ruedas y denunció haber sido maltratado: “estuve un mes encadenado y hambriento”. El diario *El País*, que actuaba como cartelera de avisos de los militares desde antes de la instauración de la dictadura, exhortó a la población a “mirar bien las fotos de Sergio Hugo Molaguero y grabarse el relatorio que el mismo hiciera de su cautiverio y no olvidarse ni de su rostro, ni de su conversación dificultosa, ni de su cuerpo esquelético, porque su rostro, su mente, su conversación y su cuerpo desnutrido son la

imagen de la violencia en este Uruguay de hoy al que quieren reducirnos unos pocos delincuentes extraviados”.*

Mechoso afirma: “Molaguero no fue maltratado. Existía un criterio en la organización: se actuaba con firmeza pero con mucho respeto para las personas secuestradas. Durante los más de dos meses que lo tuvimos secuestrado, en tres locales y en diferentes barrios de Montevideo, se sucedieron situaciones complicadas y se vivieron momentos muy difíciles. En una ocasión, intentó fugarse y los compañeros que estaban en la custodia se lo impidieron. Ahí le dieron un golpe para que se quedara quieto. Era un joven con muchos reflejos y un militante de derecha convencido. Pero por su parte, todos los miembros de la OPR tenían asumido que el trato a los secuestrados debía ser correcto. Un tipo que no tiene defensa alguna queda a merced de los custodios que pueden hacer con él cualquier cosa y nosotros teníamos un criterio político y ético de cómo tratar a las personas secuestradas o retenidas. Con Molaguero lo que pasó es que pidió para caminar y se lo autorizó. Y cuando los compañeros se distraen un momento estaba en la planta de arriba decidido a fugarse: ahí es cuando los compañeros lo bajan de un piñazo, no quedaba otra. Y fue en ese momento que se le cayó el diente postizo. Eso fue todo”.

“A Molaguero lo entrevisté tres veces. La primera vez lo hice solo y las siguientes con Silva (Raúl Cariboni). Era muy hábil y en los primeros días de su detención se mostró soberbio y confiado en que pronto recobraría la libertad. Pero con el paso de los días su estado de ánimo fue cambiando, y su preocupación aumentó.”

Las declaraciones públicas del liberado acusando a sus custodios de malos tratos molestó y preocupó a la OPR. “Considerábamos que esas declaraciones dejaban una imagen negativa de la organización frente a la opinión pública. Pensamos mucho qué hacer. Porque si bien las afirmaciones de Molaguero no eran ciertas, no teníamos posibilidades de responder a la campaña difamatoria que con su apoyo y el de los medios afines, realizaban las Fuerzas Conjuntas. Evaluamos los riesgos y concluimos que estábamos en condiciones de hacer el secuestro de algún periodista destacado, a pesar del clima represivo existente en ese momento. Optamos por Héctor Menoni de la Agencia UPI, por ser alguien de responsabili-

* Sergio Molaguero, candidato del Partido Colorado a la Intendencia Municipal de Canelones en las elecciones de 2005, declaró: “Me trataron muy mal, quizá demasiado mal para lo que me merecía, porque hasta el momento nunca pude entender por qué fue ese trato. Pienso que haya sido por el momento histórico en el que me tocó estar en esa situación”. Y agrega: “Sí, sí, (sufrí) mucha violencia física. Hay crónicas de la época, además de los dictámenes forenses”. (“Sergio Molaguero canta las cuarenta”, *Crónicas*, Montevideo, 11 de marzo 2005.)

dad y trayectoria periodística. En realidad, más que un secuestro se trató de una retención.”*

- * El de Héctor Menoni fue el último secuestro realizado por la guerrilla de izquierda. En total los secuestros realizados por el MLN y la OPR 33, entre los 1968 y 1972, fueron 22 pero las personas secuestradas fueron 21: el doctor Ulyses Pereira Reverbel fue secuestrado en dos oportunidades. Todos los secuestros fueron individuales. En 20 ocasiones las personas secuestradas fueron liberadas por los propios guerrilleros, en dos casos (Pereira Reverbel y Frick Davis) fueron localizadas y recuperadas por las Fuerzas Armadas y uno fue muerto por sus custodios (Dan Mitrione). Los secuestros, ordenados cronológicamente, fueron los siguientes: 1) doctor Ulyses Pereira Reverbel (presidente de UTE), secuestrado por el MLN el 7 de agosto de 1968 y liberado el 11 del mismo mes; 2) Gaetano Pellegrini Giampietro (integrante del directorio de la Empresa SEUSA: diarios *La Mañana* y *El Diario*) secuestrado por el MLN el 9 setiembre de 1969 y liberado el 21 de noviembre; 3) doctor Daniel Pereyra Maneli (juez), secuestrado por el MLN el 25 de julio de 1970 y liberado el 4 de agosto; 4) Dan Anthony Mitrione (ciudadano norteamericano, asesor de la policía uruguaya), secuestrado por el MLN el 31 de julio de 1970 y muerto 10 de agosto; 5) doctor Claude Fly (ciudadano norteamericano, asesor en el Ministerio del Ministerio de Ganadería y Agricultura), secuestrado por el MLN el 7 de agosto de 1970 y liberado el 2 de marzo de 1971; 6) Aloysio Dias Gomide (Cónsul del Brasil), secuestrado por el MLN el 31 de julio de 1970 y liberado el 2 de febrero de 1971; 7) Sir Geoffrey Jackson (Embajador de Gran Bretaña), secuestrado por el MLN el 8 de enero de 1971 y liberado el 24 del mismo mes; 8) doctor Guido Berro Oribe (Fiscal de Corte y Procurador General de la Nación), secuestrado por el MLN el 10 de marzo de 1971 y liberado el 24 del mismo mes; 9) doctor Ulyses Pereira Reverbel (presidente de UTE), secuestrado por segunda vez por el MLN el 30 de marzo de 1971 y recuperado por las FFAA el 27 de mayo de 1972 de la “Cárcel del Pueblo” de la calle Juan Paullier; 10) Ricardo Ferrés (industrial textil, arrocero y azucarero), secuestrado por el MLN el 13 de abril de 1971 y liberado el 27 de enero de 1972; 11) doctor Carlos Frick Davis (abogado), secuestrado por el MLN el 14 de mayo de 1971 y liberado por las FFAA el 27 de mayo de 1972 de la “Cárcel del Pueblo” de la calle Juan Paullier; 12) Jorge Berembau (industrial textil), secuestrado por el MLN el 12 de julio de 1971 y liberado el 25 de noviembre; 13) doctor Alfredo Cambón (abogado de la empresa papelera CICSSA), secuestrado por la OPR el 23 de junio de 1971 y liberado el 25 del mismo mes; 14) doctor Carlos Maeso (abogado), secuestrado por el MLN el 17 de agosto y liberado 19 del mismo mes; 15) Luis Fernández Lladó (industrial, integrante de los directorios de la fábrica FUNSA y del frigorífico Modelo), secuestrado por la OPR el 18 de agosto de 1971 y liberado el 8 de octubre; 16) José Pereyra González (redactor responsable del diario *El Día*), secuestrado por la OPR el 23 de octubre de 1971 y liberado el 29 del mismo mes; 17) Michèle Ray (ciudadana francesa, periodista de la Radio Televisión Francesa, mujer de Constantín Costa Gravas director de las películas *Zy Estado de Sitio*), secuestrada por la OPR el 28 de noviembre de 1971 y liberada el 1° de diciembre de 1971; 18) Homero Fariña (redactor responsable del diario *Acción*), secuestrado por el MLN el 12 de febrero de 1972 y liberado el 29 del mismo mes; 19) Nelson Bardesio (fotógrafo policial), secuestrado por el MLN el 24 de febrero de 1972 y liberado el 15 de mayo; 20) doctor Héctor Gutiérrez Ruiz (presidente de la Cámara de Diputados), secuestrado por el MLN el 24 de abril de 1972 y liberado 25 de abril; 21) Sergio Molaguero (hijo de un industrial del calzado), secuestrado por la OPR el 11 de mayo de 1972 y liberado el 19 de julio; 22) Héctor Menoni (encargado de la Agencia de Noticias UPI), secuestrado por la OPR el 28 de julio de 1972 y liberado el 29 de julio.

Menoni recuerda que en esa mañana del 28 de julio de 1972 “estaba durmiendo cuando sonó el timbre. Por el intercomunicador dicen que son de la empresa de transporte ONDA y traen una encomienda. Abrí la puerta, se aparecen dos jóvenes que muestran armas de fuego y señalan pertenecer a un ‘comando revolucionario’. Me dicen que no me preocupara. En ese momento se levanta mi esposa y se aparece en salto de cama. Ella pregunta qué pasa, por qué hacen eso. Contestan que como yo era un buen periodista tienen que llevarme para realizar unas aclaraciones. Le piden a mi esposa que no avise a nadie hasta pasada la media hora. Me llevaron a un volkswagen estacionado en Tristán Narvaja casi Colonia, me pusieron algodón en los ojos y lentes negros. Me tuvieron dando vueltas. Luego me pasaron a otro vehículo. Anduvimos más de una hora hasta que llegamos a un lugar, no sé dónde, nunca lo supe. Me hubiera gustado saber dónde estaba. Entré agachado a una pieza con las paredes cubiertas con bolsas de arpillera. Había una cama de una plaza y una silla. Estuve un buen rato solo. Luego me convidaron con mate amargo. Después de dos o tres horas se aparecieron varios tipos. Todos jóvenes. Seguramente me vieron con cara de aburrido porque me invitaron a jugar al truco. Acepté y jugamos pero fue muy complicado para las señas porque mis tres custodias estaban encapuchados. Solo les veía los ojos”.

Como integrante de la dirección de la OPR 33 Mechoso conversó con el periodista “retenido” para aclarar las declaraciones de Sergio Molaguero. “Le expliqué que esos dichos formaban parte de una campaña de difamación. Conversamos cerca de cuatro horas. Menoni era una persona muy sobria y muy bien informada. Nos hizo las preguntas de rigor que formularía cualquier buen periodista. Luego de la entrevista le dejamos material de lectura: diarios, libros, revistas.”

Menoni tiene algunos recuerdos nítidamente grabados. Dice que sus captores al mediodía le dieron de comer un guiso de lentejas que le gustó mucho. Esa misma anécdota la relató a la prensa cuando fue liberado y motivó que algunos periódicos de la derecha, como *Azul y Blanco*, dijeran que “se vendió por un plato de lentejas”.

“Querían que una vez liberado informara cómo había sido tratado yo, y decían que ese mismo tratamiento fue el que recibió Molaguero. Les contesté que iba a informar lo que ellos me decían pero que yo no podía confirmar que lo habían tratado bien o mal. En lo que a mí concierne me trataban bien y eso era lo que iba a decir. Luego de la entrevista con uno de mis secuestradores, al que solo le vi las manos, nuevamente me trajeron agua y comida. Después me acercaron *El Día* donde vi la foto de mi mujer y su expresión de

preocupación. Yo, que hasta entonces estaba tranquilo, me sentí muy preocupado. Pensé incluso que podían especular con retenerme y pedir un rescate. Se me pasó eso por la cabeza. Aunque creía que no me iban a hacer nada. Me parecía medio estúpido que mataran a un periodista. Además, realmente no pensé que mi detención iba a tener tanta trascendencia en la prensa, más teniendo en cuenta la censura existente.” Blanca Larrosa, esposa de Menoni, recuerda que inmediatamente que se llevaron a su marido fue corriendo a la casa de su vecino, el periodista Danilo Arbilla, integrante en ese momento de la Secretaría de Prensa de la Presidencia de la República, a decirle lo que había ocurrido. Arbilla quería ir de inmediato a informar del secuestro pero ella, más preocupada por la situación de su marido que en una primicia informativa, decidió “dejar pasar media hora, como pidieron los OPR que lo secuestraron”. Al otro día y en horas de la tarde una voz anónima llamó por teléfono a Blanca a la casa de una vecina diciéndole que todo estaba bien, que se quedara tranquila que su esposo iba a ser liberado en pocas horas.

Menoni fue liberado en horas de la noche en Coronel Raíz esquina Propios. Allí lo recogió su amigo Nishan Sarkisian, encargado de los Informativos de CX 20 Radio Montecarlo, avisado momentos antes por los guerrilleros. Lo llevó en su auto a la sede de UPI donde Menoni contó a los periodistas las alternativas de su secuestro. “A los pocos días de liberado fui citado con mi señora al Comando General de la Marina donde nos hacen, por separado, un profundo interrogatorio. Nos sorprendió la forma en que nos citaron y sobre todo el carácter severo e intimidatorio de los interrogatorios realizados por un oficial uniformado.” Los miembros de la inteligencia militar lo presionaron para que no trascendiera a la opinión pública la versión de la guerrilla sobre el trato a Molaguero. Otro de los objetivos del interrogatorio fue obtener de su parte información que les permitiera ubicar a miembros y locales de la OPR. En contraste con el acoso y la desconfianza de los servicios de inteligencia, Menoni obtuvo múltiples reconocimientos de sus colegas y de la propia Agencia United Press International.

Treinta años después, con más de ochenta años, jubilado y siendo un destacado militante frenteamplista en la Costa de Oro de Canelones, reconoce que durante su secuestro se sintió muy angustiado, sobre todo por su mujer, su hija Laura y su nieta Daniela, recién nacida. “La OPR logró su objetivo de difundir su opinión a través de las agencias de noticias internacionales. Me creyeran o no, yo estaba diciendo una cosa que de otra manera ellos no podrían transmitir. Ellos hicieron su trabajo pero, desde el punto de

vista estrictamente formal creo que no ganaron nada. Como periodista repetí simplemente lo que me dijeron, pero no hice ninguna investigación que confirmara si era cierto o no lo que me decían. De ese episodio me quedó un sabor agridulce.”

En la madrugada del 6 de agosto de 1972, Pocho, hermano de Juan Carlos, e Ivonne Trías fueron detenidos por una patrulla del Ejército. En el Regimiento de Infantería N° 1, en el kilómetro 14 del Camino Maldonado, fueron torturados. Semanas después los trasladaron al 5° de Artillería, en Burgues y Silva, centro de torturas “especializado” en los miembros de la OPR y sindicalistas de la ROE, como León Duarte, Washington Pérez, Gerardo D’Ávila y Julio Ojeda.

La detención de Trías y de Alberto Mechoso, formó parte del operativo militar destinado a ubicar a los miembros de OPR que habían secuestrado a Sergio Molaguero. El comandante del 5° de Artillería, teniente coronel Washington Varela, fue uno de los oficiales que participaron en las torturas junto al mayor Julio César Suaya, los capitanes Juan Manuel Cordero, Juan Mario Martins, Yamandú Urruti, Rusvel Teperino Sosa; el teniente Eduardo Tucelli y el alférez Etchandy. Los interrogatorios no dieron los resultados esperados por los miembros del Organismo de Coordinación de Operaciones Antisubversivas (OCHOA). Los prisioneros mantuvieron sus secretos bien guardados. Acompañado por el entonces capitán Cordero, Sergio Molaguero fue al cuarto de interrogatorios del cuartel y señaló a Alberto Mechoso y a Ivonne Trías como integrantes de los comandos guerrilleros que lo tuvieron secuestrado. Los interrogatorios se endurecieron y las torturas aumentaron con el uso alternado e indiscriminado de reflectores, picana, tacho (submarino), teléfono, gancho, caballete de hierro, plantones, golpizas.

Alberto e Ivonne buscaban con determinación una forma de huir. A pesar de las dificultades y el debilitamiento físico, lograron comunicarse. Estudiaron alternativas y riesgos: en cualquiera de las opciones de fuga cabía la posibilidad de que alguno de los soldados de la guardia externa se percatase y era imposible saber si reaccionaría abriendo fuego o dando antes la voz de alarma. Decidieron correr el riesgo.

Pocos días antes del previsto para la fuga, cambiaron a Trías de celda y le pusieron un soldado en la puerta con la orden de que nadie hablase con ella. De ese modo perdió el contacto con Alberto y por tanto la posibilidad de fugarse. En octubre la llevaron al 9° de Caballería donde las Fuerzas Conjuntas estaban concentrando a todas las presas políticas.



J.C.M.: forjar la unidad en



Alberto Mechoso de 29 años

Diario *Época*, 17 de enero de 1966,
entrevista sobre la unidad
de la izquierda



Menoni cuando se
reencuentra con su
hija y su esposa
luego del secuestro

En la noche del 21 de noviembre de 1972 se fugó Alberto Mechoso.*

“Nosotros –recuerda con orgullo Rogelio– estábamos seguros y Gerardo Gatti más que nadie, de que mi hermano se fugaría. Incluso dimos un par de vueltas por el lugar. No sabíamos la hora ni la fecha en que se produciría la fuga. Nos manteníamos al día acerca de lo que sucedía en el cuartel con nuestros presos. Para eso teníamos algunos coches disponibles por cualquier emergencia. Varios compañeros estaban esperando un telefonazo. Finalmente, nos llaman y nos confirman la fuga.” Rogelio detalla cada uno de los pasos de su hermano una vez que logra fugarse del cuartel. “Salta el muro, cruza la calle Silva y se mete en el Cementerio del Norte. Corre, corre y corre hasta que encuentra con un juntapapeles en un carro a caballo. Previamente, había recorrido un trecho por el arroyo Miguelete. Cuando se encuentra con el linyera, se cambia de ropas con él. Pocho manejó el carro un buen trecho hasta una cuadra cercana a la casa de un compañero, que era obrero frigorífico. Allí se baja. Mientras, los autos pasaban y los patrulleros también. Tal vez los perseguidores habrán pensado que a Pocho lo esperaría un contacto con un auto o una moto. Entonces al juntapapeles no le dieron pelota. Estaba muy flaco y con la ropa del linyera pasaba desapercibido, como un juntapapeles que, además, andaba muy mal puchereado. Venía de paliza en paliza y estaba muy delgado y huesudo, con el rostro esquelético. Mauricio Gatti confirmó la fuga y nos llamó a mí y a Gerardo. Como yo me encontraba clandestino, tenía menos posibilidades de informarme. Pocho dejó al linyera y fue a la casa de un compañero, un viejo sindicalero, que a su vez llamó al Loco Duarte, al que conocía del Cerro y del Ateneo Libre. Mauricio y Gerardo fueron a buscar al recién fugado y lo condujeron a una casa (local Ingenieros) que teníamos en la Ciudad Vieja. Poco a poco se fue recuperando. Tenía varias costillas fisuradas, las manos cortadas. Una compañera enfermera, Asilú Maceiro, le curó las manos.”**

* A los dos días de la fuga, el jueves 23 de noviembre de 1972, la Oficina de Prensa de las Fuerzas Conjuntas publicó la foto y un escueto comunicado, el N° 637 en el que: *“requiere la captura de Alberto Cecilio Mechoso Méndez, casado de 35 años, por sabérsele vinculado a la organización que atenta contra el país”*. El 6 de diciembre las Fuerzas Conjuntas solicitan la colaboración de la población para lograr la captura de varios “conspiradores” entre los que se encuentra *“Beatriz Inés Angélica Castellanes Techera de Mechoso, esposa del requerido Alberto Cecilio Mechoso Méndez”*. En realidad el apellido de la esposa de Alberto Mechoso es Castellonense.

** Asilú Sonia Maceiro Pérez, nació el 24 de setiembre de 1929, enfermera del Hospital de Clínicas, integrante de la FAU y la OPR se trasladó en 1973 a Argentina para eludir el cerco represivo establecido por la OCOA para capturar a los

“Recuerdo –dice Asilú– que lo vi bien, no estaba nervioso, tuvimos una linda charla. Le dije que iba a hacerle una permanente, y lo tomó con buen humor. Recuerdo muy bien que tenía el pelo corto. Le hice los rulitos, pero no le teñí el pelo. No lo podía hacer porque era bastante morocho y teñido no podía pasar desapercibido. Pocho estaba muy demacrado y físicamente no tenía ningún parecido con Rogelio, nada que ver.”

A las pocas horas los hermanos se encontraron en esa casa de la Ciudad Vieja. “Fue emocionante, mucho más sabiendo las que había pasado en el cuartel y después de la fuga. Lo primero que hizo fue reírse, hasta hizo unos chistes. Era muy burlón y desdramatizaba todo. Después me dio un abrazo pero sin abandonar la sobriedad. Él era así, muy jodón pero a la vez sobrio en la relación. Además estaba muy afligido por lo que le había pasado y por las cosas de que se había enterado en los interrogatorios. Nos sentamos a conversar primero sobre la familia, de cómo estaba la vieja. Luego nos dimos otro abrazo. Le conté que los milicos ocuparon nuestra casa y se llevaron presos a varios de nuestros familiares, menos a la vieja. No era la primera vez que pasaba eso en casa. Algunos vecinos, de ‘mala leche’ hacía años que la habían apodado ‘la casa de los ladrones de Bancos’.”

Mientras conversaba con Rogelio, con los hermanos Gatti y Asilú Maceiro, Alberto no podía sostener los párpados y finalmente cayó rendido por el sueño. Terminada una siesta de varias horas una camioneta trasladó a los hermanos Mechoso a una casa “no quemada” donde tendría lugar una entrevista con el recién fugado. Poco después llegó Gerardo Gatti con el entrevistador: Eduardo Galeano. Gerardo, que también estaba clandestino, relató al escritor Galeano quién era Pocho, las torturas sufridas en los cuarteles y su fuga. En

comandos guerrilleros que secuestraron al industrial Molaguero y al periodista Menoni. Participó en la formación del PVP. En la noche del 13 de julio de 1976 Maceiro fue secuestrada por un comando dirigido por el mayor José Gavazzo junto a Sara Méndez y su hijo Simón Riquelme de su domicilio de Juan Azurduy 3163, en el barrio Belgrano de Capital Federal. El 25 de julio de ese mismo año Asilú Maceiro fue trasladada ilegalmente a Montevideo en un avión de la Fuerza Aérea junto a otros 23 personas: Eduardo Dean, Ana Inés Quadros, Enrique Rodríguez Larreta Piera, Enrique Rodríguez Larreta Martínez, Raquel Nogueira, Ana Salvo, Ariel Soto, Elba Rama, Alicia Cadenas, Marta Petrides, Víctor Lubian, Gastón Zina, Edelweis Zahn, Sara Méndez, Raúl Altuna, Margarita Michelini, Sergio López Burgos, Cecilia Gayoso, Mónica Soliño, Jorge González, Elizabetz Pérez Lutz, entre otros. Para “legalizar” los traslados ilegales de opositores de izquierda secuestrados y torturados en Argentina y vueltos a torturar en Uruguay los integrantes de la OCOA y del SID (Servicio de Información y Defensa) los presentaron en conferencia de prensa a fines de octubre como recién detenidos en el chalet “Susy” del balneario Shangrilá en la Costa de Oro de Canelones.

ningún diario, radio o canal de televisión había figurado la noticia. En esos días la atención de la prensa estaba centrada en el procesamiento de Carlos Peirano Facio y demás directores del Banco Mercantil por “maniobras fraudulentas”; en la liberación provisional de Jorge Batlle* y en una posible fuga de presos políticos del Penal de Punta Carretas. Sobre la fuga de Alberto Mechoso, nada.

“Lo que se convino fue que la entrevista aparecería como realizada en el exterior. Galeano firmaría con un seudónimo.”

La entrevista fue publicada en el libro de Galeano *La canción de nosotros* que contiene el relato detallado de Pocho Mechoso: “... me habían suspendido las biabas. ‘Ya vamos a volver a charlar’, me habían dicho. De a poquito, iba recuperando mi cuerpo maltratado. Me lamía las heridas... Voy a escaparme. Juro que voy a escaparme de aquí. O me escapo o me muero o me matan. Lo juro... Al poco tiempo me cambiaron de cuartel. Y yo siempre con la idea de la fuga ocupándome toda la cabeza. Bien sabía que tenía que apurarme para salvar lo que quedaba de mí. Tarde o temprano, más bien temprano que tarde, iba a volver a la máquina. Ellos mismos me lo decían. No tenían apuro; yo sí. Yo me estaba reconstruyendo y ellos iban a venir a reventar todo... Pensé en varias chances y elegí la más difícil. Porque se me dio por sospechar: ¿y si fuera una trampa para matarme? La fuga sería una buena manera de matarme. Una manera cómoda. A esa altura ya muchos sabían que yo estaba allí, aunque me tenían aislado. Elegí la más brava y me largué. No aguantaba más y lo que ocurriera se me importaba un carajo. Doblé los barrotes de fierro de la ventana, haciendo palanca, con mucho trabajo y después corté el tejido metálico de atrás. Había conseguido con qué doblar y cortar. Dejé un bulto bajo la frazada y me escurrí por el agujero. Estaba muy flaco. Me hice culebra y deslizándome trepé a uno de los cipreses alineados contra la pared del barracón. Entonces esperé y pensé. Los reflectores me rozaban los pies. Quiero decir que quise esperar y quise pensar, pero no podía ni ver por el miedo que sentía. Al otro lado del muro, yo sabía, estaban los custodias, bien armados. En cualquier momento los carceleros se iban a dar cuenta que yo faltaba. Esperaba, apretando los dientes, el alarido de la sirena... Decidí dejarme de joder y contar hasta cincuenta y chau. Conté hasta cien. Me alcé en el muro y tiré los cascotes que

* El 25 de octubre el doctor Jorge Batlle Ibáñez, líder de la Lista 15 del Partido Colorado y director del diario *Acción* y de radio Ariel, pronunció un discurso que molestó al militarismo en auge. Días después fue detenido y conducido a la Región Militar N° 1 acusado de violar el Código Penal Militar y la ley de Seguridad del Estado de reciente aprobación. El 20 de noviembre Batlle fue liberado provisionalmente.

había traído, los tiré bien lejos, con todo y hubo una explosión de vidrios rotos y me descolgué del muro y corrí con alma y vida. Y me salvé. No sé cómo. Volé. Escuché que me gritaban alto y puteadas y después tiros y después ladridos mezclándose con los tiros. Me habían largado los perros. Empezaba la cacería. La sirena de la alarma me taladraba la nuca. Zumbaban las balas. Los reflectores barrían la tierra a mi alrededor. Me metí en el Cementerio (del Norte) ... Yo corría y pensaba: me matan, me van a matar, me cago en ellos. Salté el tejido de alambre del cementerio y cuando quise acordar ya estaba chapoteando en el arroyo (Miguelete)... Yo caminaba a los tumbos, sonámbulo de la alegría de ser libre... Yo tenía el cuerpo todo roto y me pregunté cómo carajo habían hecho mis piernas para llevarme hasta allí. Recién ahora me daba cuenta. No había tenido tiempo de sentir nada. Opiné que todo había salido bien y me dije: lo felicito compañero”.

Rogelio recuerda que Pocho “estaba mal físicamente y necesitaba reponerse. Pero anímicamente se mantenía muy bien, tenía claro que la situación estaba dura y que se iba a poner más dura aún. Sobre eso ya se había conversado en la organización a comienzos de año, cuando la dirección de la FAU fue informada por la dirección del MLN que incrementaría el nivel de las acciones militares. En ese momento, se realizó una reunión con los responsables de Aguilar (dirección de la OPR). Ahora la realidad era bien concreta. Hay que tener en cuenta, además, que se había acordado la tregua entre el MLN y los militares. Mientras Pocho, Duarte, Ivonne, el Choclo D’Ávila y otros compañeros continuaban en el 5° de Artillería, el MLN se planteó cooperar con los ‘militares progresistas’ en la denuncia de los ilícitos económicos. Nosotros nos opusimos.

Pocho me informó de que los milicos me la tenían jurada: ‘mirá hermano si te agarran te van a hacer pelota’ me dijo. Yo llevaba años clandestino y me adjudicaban una cantidad de cosas. Mi hermano me alertó que no me hiciera ilusiones porque no la iba a sacar barata.”

Meses después, a comienzos de 1973, cuando se supo también en los cuarteles de la fuga de Pocho, las presas del 9° de Caballería disputaron un partido de fútbol. Uno de los equipos lucía en la camiseta las letras MFC: “Mechoso Fútbol Club”.

“Mi hermano Alberto estuvo varias semanas en la casa de la Ciudad Vieja y se repuso un poco. Un mes y pico después viajó a Buenos Aires. Hicimos unos contactos para conseguir una avioneta y lo pasamos por el Aeropuerto de Melilla con el nombre de Alberto Leizagoyen Cantonet. A los pocos días, el 5 de enero, viajó su mujer también con un documento falso a nombre de Delia Toribia

Rodríguez. Llegado a Argentina enseguida se incorporó a la lucha y comenzamos a reorganizar algo de actividad armada. Cuando Pocho se instala en Buenos Aires había unos cuantos compañeros de la OPR funcionando. Compañeros que lo conocían bien. Me tocó viajar a Buenos Aires con Mauricio a comienzos del '73. Por razones de seguridad, viajamos por separado y con documento 'yuto'. La organización se estaba insertando en Argentina. Nos contactamos con anarquistas argentinos que conocíamos de antes. Fuimos a ver a algunos con los que teníamos afinidad en un amplio campo de acción directa. Cuando llego a Buenos Aires, Pocho ya andaba en los boliches. En Buenos Aires me encontré con él en uno de la calle Corrientes y luego fuimos a otro cerca del Congreso, a pocas cuadras, donde estaban Carlitos Rodríguez Mercader y otros compañeros esperándonos.* Esa fue la última vez que estuvimos juntos.”

El 26 de setiembre de 1976, Alberto Mechoso fue capturado en Buenos Aires y desde entonces figura en las listas de detenidos desaparecidos.**

* Carlos Alfredo Rodríguez Mercader, alias Santana, profesor de mecánica de la Universidad del Trabajo (UTU), casado con Ivonne Trias en 1971, fue detenido en Buenos Aires en octubre de 1976 y figura como desaparecido.

** Alberto Pocho Mechoso fue detenido en un bar en Buenos Aires, el domingo 26 de setiembre de 1976, por comandos armados dirigidos por el mayor del Ejército uruguayo, José Nino Gavazzo. Lo primero que hicieron fue impedir –a golpes– que utilizara el tubo con cianuro que portaba en una cajilla de fósforos. A las pocas horas –según su mujer– irrumpió, con picos y palas, en la vivienda de Mechoso (calle Miralla 2864, Villa Lugano, Provincia de Buenos Aires), una numerosa “comitiva” de militares vestidos de civil “que revisan todo y se llevan una conservadora de espuma plast con más de un millón de dólares que encuentran en un berretín debajo de la escalera”. A las pocas horas los militares se llevaron a su mujer y a sus hijos Beatriz (Negrita) y Alberto (Lolo), de ocho y siete años a una casa particular donde se encuentran con Pocho esposado y con evidentes signos de haber sido torturado. “Lo vi horrible, con ropa que no era la suya, sin medias. Nos abrazamos a él con los niños y lloramos”, recuerda con lágrimas su mujer. “Ahí es donde –dice Negrita– mi padre le comentó a mi madre que el que estaba a cargo de todo el operativo era Gavazzo. Mi hermano siempre recuerda, que lo vio a Gavazzo con el reloj de mi padre. A los pocos días nos trajeron a Montevideo en un avión de línea. Con nosotros viajó Gavazzo con la documentación de mi padre.”

Alberto Mechoso, junto con Gerardo Gatti, León Duarte y Mauricio Gatti, integraba la dirección del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP), elegida en su congreso fundacional en julio de 1975. Luego del golpe militar liderado por el general Rafael Videla, se produjo, en el marco de la coordinación represiva de las dictaduras del Cono Sur conocida como Plan Cóndor, la detención, asesinato, desaparición y la repatriación ilegal de decenas de militantes del PVP en Argentina, Paraguay y Brasil.



Raúl Cariboni
De Silva

Juan Carlos
Mechoso Méndez

Héctor Alfredo
Romero

Alfredo Pareja
Carambula

Están vivos 4 sediciosos cuya "muerte" se propaló

Raúl Cariboni, Juan Carlos Mechoso, Héctor Romero y Alfredo Pareja fueron presentados en conferencia de prensa como respuesta a las denuncias que organismos de Derechos Humanos realizaron cuando aparecieron cadáveres mutilados en las costas del departamento de Rocha. *El País*, 23 de mayo de 1976.



Cariboni, Mechoso y Romero, *El Diario*, 23 de mayo de 1976.

Cárcel

“Nuestra caída –dice Juan Carlos Mechoso– se produjo el 24 de marzo de 1973. Ese día en el local de Torres (nombre clave del centro de informaciones de la OPR) teníamos una reunión de la parte de Fomento (nombre clave del secretariado de la FAU) que había quedado en Uruguay después del ‘repliegue’ de muchos compañeros hacia Argentina. En Fomento de acá estábamos con Raúl Cariboni, Mauricio Gatti, Roger Julien y Alfredo Pareja. A esa reunión habíamos ido todos y se estuvo viendo principalmente el problema de alojamiento para los muchos compañeros perseguidos por los milicos.”

En esa casa de Arenal Grande 2129, en el barrio de La Aguada, vivían Stella Saravia y Alfredo Pareja.* La reunión se hizo en la tarde. Duró horas, sin ningún tipo de problemas. Se consideraron diferentes temas en relación con la reestructura que se estaba procesando en la organización. Por eso varios compañeros ya habían salido con destino a Buenos Aires y otros estaban por hacerlo. La reunión se prolongó hasta la nocecita.

“Yo, por seguridad, no andaba en la calle de noche. A lo sumo me aguantaba algún día hasta las ocho o nueve de la noche y si la

* Stella Saravia, estudiante magisterial fue procesada en abril de 1971, junto a Hebert Martínez, por pertenecer a la OPR 33. Recluida en la Cárcel de Cabildo, se fugó por la red cloacal en la madrugada del viernes 30 de julio de 1971 junto a otras 37 prisioneras políticas. Esta evasión fue la segunda de la Cárcel de Mujeres y se conoció como “La fuga de las estrellas”. En el momento de ser recapturada por las Fuerzas Armadas en marzo de 1973, junto a su marido Alfredo Pareja Carámbula, portaba un documento falso a nombre de Amelia Graciela Rodríguez. Anteriormente, el domingo 8 de marzo de 1970, Día Internacional de la Mujer, 13 presas políticas se fugaron al comienzo de la misa dominical de la mañana por la Capilla Nuestra Señora del Luján de la Cárcel de Cabildo. Esta fue la primera fuga de presas políticas de la Cárcel de Mujeres de Cabildo y se conoció como “La fuga de las palomas”.

reunión se prolongaba me quedaba a dormir en la casa donde estaba reunido. Ese día quería irme temprano porque era mi cumpleaños. Cumplía 38 años y me estaban esperando mi mujer y unos compañeros para festejar con un tinto y un asadito. La noche anterior me había quedado en ese local y por eso estaba de alpargatas. En una silla tenía el pantalón y el saco para vestirme y salir. Levantamos la reunión y los compañeros se fueron yendo de a uno. Yo me quedé conversando con Raúl algunos temas pendientes. Mauricio se fue primero y luego el Sordo Julien. Quedamos entonces Raúl, los dueños de casa y yo. En eso estábamos, cuando llamó Mauricio para decirnos que en Justicia y Hocquart, cerca de allí, habían patrullas militares inspeccionando casa por casa y un despliegue bastante grande. Nos decía que agarráramos para el lado del Palacio Legislativo. Nosotros seguimos conversando. Los allanamientos y los 'rastrillos', en ese momento, estaban por todos lados y a toda hora. Mirando los hechos hoy se podría decir: ¡pero estaban cerquita de ustedes! Sí, pero en aquella época eran comunes los allanamientos, las pinzas, y se funcionaba con la presencia permanente de las patrullas de las Fuerzas Conjuntas y de los 'tiras' vestidos de particular. O sea que la presencia militar en la calle no era extraña. Mauricio, que era muy desconfiado y usaba buenos criterios en ese sentido, nos llamó para alertarnos, pero tampoco nos sugirió medidas especiales y rápidas porque daba la impresión de ser una cuestión de rutina.

Seguimos conversando y media hora más tarde aparecieron los militares uniformados y armados en nuestra cuadra. Se ve que tenían algún buen dato, obtenido de caídas recientes. Y llegaron a la casa. Inicialmente conversaron con los dueños, una familia de veteranos. Después se metieron directamente al fondo de la casona, donde los compañeros habían alquilado unas piezas y un sótano. Cuando quisimos ver estábamos rodeados por soldados del Ejército, comandados por el mayor Gilberto Vázquez y el teniente Alexis Heber Parodi, que nos apuntaban con sus metralletas cortas. Stella y Alfredo habían caído arriba. En ese momento yo tenía una cédula de identidad falsa a nombre de Walter Villamil, un ciudadano de Minas. Hacía más de un año que venía usando este documento. Era un muy buen documento. Estaba hecho a la perfección. En un primer momento los tipos no sabían exactamente quién era yo. Además, mi aspecto estaba bastante distinto al de la foto mía que se manejaba, que era de 1969. Por eso no me reconocieron hasta el día siguiente. De la casa nos sacaron en camiones y camionetas del Ejército, con un gran despliegue y se llevaron cosas de un archivo nuestro.

Nos condujeron derecho al 4° de Caballería, en Camino Mendoza, cuyo comandante, el teniente coronel Hugo Arregui, participó directamente de los interrogatorios.* En seguida comenzaron las torturas y nos consideraron como un grupo de la OPR. En las primeras sesiones de tortura no me identificaron. Les gané un día por el buen documento falso que usaba. Al principio era más que nada tacho, después fue tacho y picana. A eso sumale las ‘biabas’ de trompadas, patadas y plantones de manera permanente. Te golpeaban hasta cuando te llevaban al baño. Cada botón con el que te encontrabas por el camino, cuando te llevaban al baño o a la tortura, se sentía en la obligación de pegarte una patada o un piñazo y echarte una puteada. Además en ese cuartel, como en otros, tenían unos perros siniestros adiestrados en el control y custodia de los presos. Una vez que salí de la máquina hice un movimiento para acomodarme un poco y los perros hicieron un escándalo bárbaro y me arrancaron un pedazo del pantalón. Después empezaron las colgadas. Así me tuvieron unos veinte días. Se prendieron conmigo porque, entre los muchos compañeros y compañeras que habían agarrado en esos días, era el que tenía mayores responsabilidades en la organización. A todos nos dieron de lo lindo. Generalmente eran tres sesiones de tortura por día: mañana, tarde y noche. Las colgadas las hacían en unos viejos vagones de AFE. A consecuencia de ellas, todos los compañeros quedaban con los brazos descoyuntados y muy doloridos. Perdías la sensibilidad en diferentes partes del cuerpo. Un día, después de una colgada, cuando me traían al calabozo agarrado del cogote y de arrastro, me encontré con Stella, que apenas me reconoció. Estaba totalmente inflado, las piernas y los pies. Llevaba varios días durmiendo parado. Estaba consciente, pero no podía sostenerme de pie.”

“A Juan Carlos lo traen de arrastro, destrozado. Lo habían reventado con los plantones, el submarino y las colgadas”, recuerda Stella Saravia. “Después del primer día de torturas no lo había vuelto a ver. Lo devuelven al calabozo totalmente desgarrado porque además era costumbre en ese cuartel después de las torturas exponer al detenido a los perros (que recuerdo se llamaban Tabaré y Zapicán), que eran enormes, adiestrados para la custodia de los

* Tres meses después, el teniente coronel Hugo Arregui, junto a los generales Esteban Cristi y Gregorio Álvarez, los coroneles Luis Vicente Queirolo y Alberto Ballestrino y el teniente coronel Julio Baravino ocuparon el Palacio Legislativo en las primeras horas del 27 de junio de 1973, luego de conocido el decreto del Poder Ejecutivo –firmado por Juan María Bordaberry– que disolvía el Parlamento, sustanciando el golpe de Estado.

presos. En ese momento Juan Carlos era una masa roja enorme y no podía mantenerse parado. Esa misma noche aparece el teniente Parodi que amenaza con violarme y más tarde el mayor Vázquez, el ‘inteligente’, a aconsejarme que teníamos que cambiar de actitud, que teníamos que ‘hablar’, que no valía la pena hacernos reventar.”

Casi tres décadas más tarde, Rogelio, rememorando aquel suplicio constata que “es maravilloso cómo responde el organismo en determinadas circunstancias. Uno en la diaria hace un esfuerquito y queda cansado. Pero, en las sesiones de interrogatorios y torturas estás días y noches con todas las luces prendidas pensando: ¿qué saben?, ¿cómo están los demás compañeros? El balero trabaja a una velocidad que es impensable en condiciones normales. Me tiraron en el calabozo y me dormí. Tenía facilidad para dormir. Siempre procuraba estar lo más despejado posible. Después de eso, a veces nos sacaban de nuevo para la máquina. Ellos te apretaban mucho sobre todo los primeros días para intentar sacarte la mayor cantidad de información posible, que les permitiera agarrar a más gente y ubicar locales y así seguir destruyendo a las organizaciones populares y minando el ánimo de los militantes. Los interrogatorios eran con unas largas capuchas de tela verde, que cuando te sacaban del agua del tacho, se te apretaban al rostro y no te dejaban respirar”.

Recuerda como algo pintoresco cuando, apenas algo repuesto, logró hablar con Stella y ella le propuso “definir el criterio a seguir en relación con los trabajos que los milicos querían encomendar a los presos. Al principio no entendí nada, pero era que a Stella la habían sancionado porque se negó a lavar ropa de los botones. La golpearon, la pusieron de plantón y la volvieron al calabozo. Pero ese había sido el criterio adoptado por los compañeros: no realizar trabajos para los botones. Ahí en ese cuartel estuvimos todos un mes más o menos. Nos levantaron un acta y nos llevaron ante el juez militar. A mí me dieron asociación subversiva, uso de documento falso y también lo de Manga, fabricación de explosivos. Pero no tenía coautoría de episodios. Todo esto me llevó a una pena inicial de seis años. Luego nos trasladaron a los cuarteles de Infantería del kilómetro 14, en Camino Maldonado, en depósito, para ser trasladados posteriormente a los penales de Libertad y de Punta Rieles. En el 14 nos encontramos con compañeros, mayoritariamente del MLN. Con ellos nos pusimos al día con la información. A los dos meses llevaron una nueva tanda de presos para el Penal de Libertad y en ella fuimos los presos de la OPR. De camino al Penal, pasamos por el 5° de Artillería, de donde se había fugado mi hermano a fines del 72, entonces el comandante vino a mirarme y estuvo un rato

observándome. En los interrogatorios del 4° de Caballería habían preguntado por Pocho y también algo sobre la Bandera de los Treinta y Tres pero no con la insistencia que preguntarían después, en 1975 y 1976, cuando somos ‘flauteados’ del Penal de Libertad para cuarteles de la Región Militar N° 1”.

El 27 de junio de 1973, a tres meses de la caída de Juan Carlos, se produce el golpe de Estado. Preso en el quinto piso del Penal de Libertad, Mechoso sigue, como los demás presos, con mucha expectativa y muy poca información la huelga de resistencia que contra la dictadura desarrollan los trabajadores de la CNT y en particular la situación de sus compañeros sindicalistas.

La militancia de la ROE tuvo activa participación en la huelga general, con ocupación de los lugares de trabajo, declarada el mismo día del golpe de Estado en defensa de las libertades. Días antes de la gran manifestación popular del 9 de julio de 1973 el general Liber Seregni, presidente de la Mesa Política del Frente Amplio, se reunió con León Duarte, dirigente de la ROE y secretario general del sindicato de FUNSA, para intercambiar opiniones sobre las alternativas de la huelga y las perspectivas de la lucha contra la dictadura.

Instaurada la dictadura, la CNT es ilegalizada y sus dirigentes son requeridos. A los quince días de iniciada la huelga, la Mesa Representativa de la central sindical, luego de tres reuniones donde no se arriba a un consenso, decide por mayoría levantar la medida. Inmediatamente se desata el revanchismo patronal y miles de trabajadores son despedidos.

“También prosiguen los intentos, con el apoyo de los militares, de crear un sindicalismo amarillo, alternativo al que desarrollan los gremios de la disuelta CNT”, dice Rogelio. “El 24 de julio el ministro del Interior, coronel Néstor Bolentini, y el de Trabajo, Marcial Bugallo, convocan a una reunión en el Teatro Sala Verdi de la que son excluidos dirigentes de la CNT. Luego de escuchar a Bolentini y a Lino Cortizo, de la Confederación Uruguaya de Trabajadores –que era progubernamental– nuestro compañero, el Gallego Miguel Gromaz de FUNSA tomó la palabra. Reclamó la libertad de los trabajadores presos en el Cilindro Municipal, la derogación de la legislación antisindical y manifestó que la propuesta que se les realizaba no podía ser aceptada ‘por ningún obrero decente del mundo porque lo que se va a conseguir es un sindicalismo amarillo, un obrero carnero y guampudo’.”

Días después, el 1° de agosto de 1973 el Consejo de Ministros, al amparo de las Medidas Prontas de Seguridad aprobó, a través del Decreto N° 622/73, una Reglamentación Sindical mediante la cual

limitó el accionar de los sindicatos de trabajadores y el derecho de huelga.

Rogelio ingresó al Establecimiento Militar de Reclusión N° 1 (EMR N° 1), ubicado en el Mojón 301 de la Ruta 1, en las cercanías de la ciudad de Libertad en el departamento de San José, conocido como Penal de Libertad, a mediados de 1973, tras meses de interrogatorios, torturas e incomunicación. “Cuando llegamos al Penal de Libertad nos bajaron de los camiones y nos llevaron a empujones y a las patadas hasta el quinto piso del celdario, con un colchón al hombro. Nos llevaban a Alfredo Pareja, Andrés Figari, Raúl Cariboni y a mí. Alfredo casi se muere en el trayecto, tenía problemas respiratorios. Lo cinchamos entre los compañeros. Cariboni también tenía problemas de ‘zorronca’ y llevarlo corriendo hasta un quinto piso era una barbaridad. Nos metieron en una celda y al poco rato vienen los soldados, nos llevan al baño y nos cortan el pelo al rape. Luego nos dieron un mameluco y un número. Un capitán nos dio una charla que fue de lo más ridículo que he escuchado en mi vida. Además, el tipo era muy duro para hablar por lo que resultaba más grotesco todavía. Nos hablaba de la patria, de los valores morales. Nos decía que ‘acá se viene a cumplir’ y que íbamos a ser reeducados, porque habíamos traicionado las herencias sagradas de Artigas y no sé de quién más. Tal vez las de aquellos Rivera (Fructuoso y Bernabé) y Julián Laguna, que mataron a tantos indios charrúas en Salsipuedes. Nos hablaba muy convencido de sus dichos y muy contento de escucharse a sí mismo. Ahí comenzó nuestra vida en el Penal con su rutina, visitas, recreos y ‘flauteadas’ a los cuarteles. Pero nosotros siempre permanecemos añorando la libertad verdadera. Desde el momento en que caí preso y hasta que llegué al Penal no había recibido visita de mi familia.”

Luego de los trámites de rigor le asignaron el número de preso 1125.* El arribo al Penal no significaba el cese de hostilidades para el preso ni para sus familiares. Se pasaba a una situación con otras características, donde se acentuaba la presión psicológica. El servicio de inteligencia (S2) contaba, para ello, con el asesoramiento de

* El Penal de Libertad, cuyos edificios se habían comenzado a construir en los años treinta, fue terminado rápidamente en 1973 para albergar a los presos políticos varones. Las mujeres fueron recluidas mayormente en el Penal de Punta de Rieles. Estas cárceles, así como todos los otros establecimientos con presos políticos, estaban dirigidas, administradas y vigiladas por militares. Los primeros presos llegaron al Penal de Libertad el 30 de setiembre de 1972 y el último salió el 14 de marzo de 1985. Allí estuvieron recluidos un total de 2872 presos procesados: el primero registrado fue Benigno Torres Campero con el número 001 y el último fue Roman Klivsov Luchilin con el número 2873. (El número 151 nunca fue asignado.)

profesionales adiestrados en las tareas de vigilar y castigar. Algunos presos políticos murieron en el Penal de Libertad o en el Hospital Militar, otros al poco tiempo de salir. Muchos, a pesar de estar procesados, fueron “flauteados”, esto es, sacados abruptamente por algunos días, semanas o años, para recomenzar con los interrogatorios o para mantenerlos en situación de rehenes de manera rotativa por las unidades militares. Los presos permanecían a disposición de la Justicia Militar, con la posibilidad de ser reinterrogados por miembros de los servicios de inteligencia y de la OCOA. El Supremo Tribunal Militar, presidido por el coronel Federico Silva Ledesma en cualquier momento podía cambiar la carátula al expediente y aumentar la pena otorgada en primera instancia.

En ese momento el quinto piso del Penal era, según diversos testimonios, más ‘flojo’ que otros en cuanto al trato cotidiano a los presos. Según la clasificación de peligrosidad que hacía el comando, los presos eran distribuidos en distintos pisos, y cada uno tenía un distintivo de color: negro el primero, rojo el segundo, azul el tercero, verde el cuarto y amarillo el quinto.

Poco tiempo después, empezaron a ajustar más rigurosamente la clasificación de cada preso y en función de eso a reubicarlos. Gente que estaba en el quinto fue a parar sin más trámite al primero o al segundo que era el de mayor rigor. En ese momento el Penal estaba abarrotado de presos pero, como seguían trayendo gente de los cuarteles, empezaron a construir barracas.

“En el 74 nos trasladaron a casi todos los del piso para barracas. En abril de 1975, cuando me sacaron del Penal para el cuartel de La Paloma, estaba en barracas. Pero cuando me trajeron nuevamente al Penal, me llevaron al celdario. En los años que estuvimos presos mantuvimos buenas relaciones con todos los compañeros, fueran del pelo que fueran. Más allá de que la situación y el grado de apriete en cada piso y en barracas era diferente. En los primeros años del Penal la mayoría de los presos eran del MLN. Nosotros pertenecíamos a otra organización y eso influía en la relación. A veces para bien, a veces para mal. Éramos cuidadosos para evitar conflictos con compañeros de otra organización. Para tratar algún problema había un vínculo orgánico, que por nosotros estaba a cargo del Santa Romero. La socialización de la mercadería, los depósitos de dinero y las compras en la cantina fueron normas de conducta entre compañeros muy destacables en el Penal. Tanto en el celdario como en las barracas. Era un criterio general que se fue ajustando en la práctica y a medida que llegaban más presos y aquello se transformaba cada vez más en campo de concentración, en máquina de destrucción. Por ejemplo, el dinero que dejaban los familiares en la

cuenta de los presos, se utilizaba en función de las necesidades del conjunto de los detenidos, independientemente de la organización o de la circunstancia en la que hubiera caído. Tanto los militantes del MLN, como los de las demás organizaciones chicas y, a partir de 1975 los compañeros del Partido Comunista, todos impulsaron esta política socializadora. No se habrá llegado a niveles ideales, pero sí muy buenos. Había un muy buen ambiente para socializar todas las cosas que llegaban, tanto comestibles y ropas como herramientas y materiales para realizar manualidades, cigarrillos y tabaco. Había compañeros del interior y también varios de Montevideo, de recursos más que limitados. Se procuraba que a nadie le faltara lo básico para sobrellevar la cana. En general esto funcionaba realmente bien. Fui cantinero en barracas y en varios pisos del celdario. La de cantinero era una comisión rotativa y me consta su buen funcionamiento. También me tocó ser cantinero en el segundo piso, el del distintivo rojo que indicaba alta peligrosidad, según los criterios militares, y donde estuve los últimos años de la cana.”

Los trabajos de la cárcel se completaban, recuerda Juan Carlos, con otra serie que incluía carpida, herrería, cocina, panadería y lavado de ropa. En ellos participaban los presos de todos los pisos, excluyendo el segundo, que estaba prácticamente aislado, en particular el segundo B, donde había una persona por celda. En general, se habían fijado algunos criterios de cuáles trabajos era conveniente aceptar y cuáles no. Los trabajos posibilitaban salir de la celda, romper el encierro, vincularse con los demás presos, cambiar información, intercambiar opiniones entre los que estudiaban.

Esta conducta de los presos del Penal de Libertad no fue la misma que siguieron las presas políticas en Punta Rieles, donde sectores enteros se negaron permanentemente a realizar trabajos voluntarios.*

“El estudio sistemático, a diferencia de la lectura de libros, no estaba muy generalizado por los compromisos y riesgos que implicaba. Era poca la gente que estudiaba colectivamente cuestiones vinculadas a teoría política. Nosotros, los militantes de la organización, elaboramos desde el comienzo un plan de estudio. Nuestra militancia y muchos compañeros afines que se integraron, estudiaron cosas de utilidad todo el tiempo. La cana la encaramos como un lugar más de lucha. Constituía parte de nuestra cultura política. Para

* El Penal de Punta de Rieles ubicado a la altura del kilómetro 14 del Camino Maldonado comenzó a funcionar como cárcel para presos políticos antes del golpe de Estado de 1973. El 16 de enero de 1973 fueron conducidas ahí las primeras presas políticas ahora transformado en el Establecimiento Militar de Reclusión N° 2. El 4 de marzo de 1985 fueron conducidas a la Jefatura de Policía de Montevideo para su liberación las últimas 28 presas políticas de la dictadura.

el adecuado desarrollo de esta actividad se elaboró, fundamentalmente por parte de Cariboni, un plan que siempre seguimos, a pesar de que nos dispersaron.”

Relata Rogelio que pese a las dificultades de comunicación, los presos trataban de relacionarse para intercambiarse materiales cifrados a través de los más diversos mecanismos. Se pasaban preguntas, documentos elaborados y aprovechaban cada encuentro, por riesgoso que fuera, para informarse sobre los compañeros, sobre la situación general del país, la interna de los militares, los planes de la dictadura, la campaña internacional de denuncias de la violación a los derechos humanos, la situación del exilio.

“Para cosas urgentes se buscaba ‘la vuelta’ y hablabas con los demás compañeros para fijar un encuentro. En eso había bastante buena disposición en general. Hubo algún problema de convivencia y algunas actitudes de sectarismo, pero por parte de poca gente o de los que habían decidido no estudiar o no funcionar políticamente dentro del Penal. Por nuestra parte habíamos decidido funcionar, manejar adecuada y clandestinamente el material de estudio y utilizar berretines. Este mismo criterio fue asumido también por compañeros caídos por otras organizaciones.

Cuando pasamos al segundo piso, con el Ronco Jorge Velázquez y el Santa Romero, seguimos estudiando. Hicimos un proyecto de trabajo, definimos las bases, los objetivos e hicimos un acuerdo para su desarrollo con algunos compañeros del MLN, como Hugo Leytón y Julio Listre. Buenos compañeros. Estudiamos, por ejemplo, en base a determinadas herramientas teóricas un período histórico y las estructuras y prácticas sociales insertas en el mismo. El objetivo era el estudio de las características de la formación social uruguaya en un período determinado. Hicimos una bibliografía con cien y pico de libros, un esquema de estudio, la definición de las categorías de análisis. Había libros que precisábamos que no estaban, obviamente, y eso lo procurábamos sustituir con conversaciones en los ‘trilles’ de los recreos. Ese plan de estudios duró hasta que salimos del Penal.

Para el desarrollo de este tipo de estudios era importante contar con el acuerdo y mejor aún con el respaldo del compañero de celda. En ese sentido, tuve un muy buen compañero de celda, Leytón, un compañerazo con el que compartimos los riesgos de estudiar en cana ya que si te agarraban con material de estudio no autorizado corrías el riesgo de ir por lo menos un mes a la isla.”*

* “La isla” era una construcción especial de una planta con pocas celdas y solo una puerta de entrada situada a cien metros del celdario donde los sancionados estaban sometidos a una situación de total aislamiento e incomunicación de los demás presos, de sus familiares y abogados.

Pablo Anzalone, detenido y procesado por “Asistencia a la asociación para delinquir” llegó al Penal de Libertad a fines de 1975 y se encontró con Mechoso en la barraca 1A. “Una barraca muy particular: la mitad de los presos eran ‘ortibas’, colaboradores de los milicos. Inmediatamente –recuerda– acordamos darle mucha importancia al fortalecimiento ideológico y al estudio del marxismo con un criterio amplio, no sectario, incorporando en esa dinámica a todos los compañeros interesados. El viejo Mechoso jugó un rol destacado en la promoción del estudio entre los presos. Estaba todo el día dale que dale al ‘biru biru’. El haber realizado estudios sistemáticos con Cariboni y su prolongada experiencia como militante social le facilitaban promover estos planes de estudio. El viejo reproducía en ese ámbito particular de la cárcel el estudio de ese ‘marxismo althusseriano’ sobre el que la organización venía trabajando desde tiempo atrás y de lo que en la jerga interna se conocía con la denominación de síntesis.”

Reflexionando sobre la dignidad con que Mechoso y muchos otros compañeros sobrellevaron tantos años de encierro, luego de haber pasado por la tortura sistemática, Ivonne Trías se pregunta: “¿qué hace una persona cuando se encuentra de pronto frente a una multitud de personas presas, en un recinto enrejado y rodeado de torres con soldados armados de ametralladoras y una perspectiva de pasar muchos años en ese encierro? ¿Qué hace una persona de veinte años en esa situación?, ¿qué hice yo? Echar mano de mis conocimientos-linterna. No era una lista de lecturas ni de fórmulas para la acción, era un poso que había quedado en mí de toda una serie de hábitos adquiridos entre los compañeros. Mirar y entender antes de reaccionar. Tratar de entender, siempre. De mantener la moral (moral de victoria decíamos entonces) propia y la de los demás. Tal vez en esas dos cosas cabían todas las demás, porque para entender había que buscar información y había que compartir información. Había que organizarse. Había que estudiar. Para mantener la moral había que defender a toda costa la solidaridad. Para mí todas esas cuestiones tenían un antecedente: ‘las once tareas’* y la escuela de

* Según Mechoso las once tareas eran “un conjunto de cuestiones prácticas y formativas, exigencia cotidiana para todos. Esto ayudaría a dar un perfil común al conjunto militante”, “así como se procuró prever y evitar desviaciones del sector militar otro tanto corría para el trabajo que se hacía en el medio de masas y el político en sentido estricto”, las once tareas eran: casas, vehículos, economía, pertrechamiento, solidaridad, seguridad, información, formación de todo tipo y estudio, propaganda, reclutamiento, acciones directas (Juan Carlos Mechoso, *Acción directa anarquista. Una historia de FAU*, Montevideo, Editorial Recortes, 2002).

formación. Las once tareas eran más que nada un principio general, una dirección de trabajo, muy amplia y libre que no hacía más que enumerar las cosas esenciales que tenía que atender cada uno para la salud política de una organización como la nuestra: la formación, la solidaridad, la información, el entrenamiento. No queríamos ser ‘militares’, por lo tanto, no queríamos que nadie se especializara en esas artes sin prestar atención a la formación política. La escuela fue una experiencia un poco loca pero extraordinaria en la que un grupo de jóvenes de ambos sexos seleccionados entre los compañeros a través de una serie de test psicológicos, convivimos y discutimos de política, filosofía, sindicalismo, amor, armas, problemas personales, etapas de lucha. Allí estuvieron amigos del alma como Iván Morales, asesinado en la tortura en Colonia en 1975, y Eduardo Chizzola Cano, secuestrado en Buenos Aires el 17 de abril de 1976 junto a Telba Juárez.*

La amplitud para aceptar lo que las distintas disciplinas tenían de bueno (hablar de psicoanálisis en un grupo guerrillero era por lo menos infrecuente) y la libertad para discutir de la A a la Z todo, fueron las dos cosas más importantes de esa experiencia. La otra fue la convivencia tanto entre pares como con ‘mayores’ como Gerardo Gatti y Raúl Cariboni.”

Para Rogelio las actitudes personales tienen que reflejar las convicciones políticas y dentro de la cárcel esto era esencial “porque había cosas que te ponían entre la espada y la pared. Por ejemplo, si había un compañero con un brutal dolor de cabeza y no tenía un analgésico y vos estabas en la planchada, tenías que conseguirlo, sin importar que con eso te comieras una sanción y la pérdida del recreo o la visita. Nosotros acordamos la línea de ayudar en esas cosas, a riesgo de perder lo que hubiera que perder. Este era un criterio compartido con los demás presos. Fue muy buena la solidaridad cuando comenzó a llegar al Penal mucha gente vinculada al Partido Comunista por el 75, 76. A mí me tocó estar de fajinero cuando llegó una tanda de estos compañeros. Hicimos un buen es-

* La maestra Telba Petronila Juárez, de 29 años, fugada de la Cárcel de Cabildo junto a las también integrantes de la OPR 33 Stella Saravia y Olga Cairelo, se trasladó a Argentina en 1973, participó en la formación del PVP y fue secuestrada junto a Eduardo Chizzola el 17 de abril de 1976. Dos días después, el 19 de abril, aniversario de la Cruzada Libertadora de 1825 y en momentos en que varios presos políticos procesados por pertenecer a la OPR 33 eran “flauteados” al 300 Carlos (Batallón de Infantería N° 13), apareció el cuerpo de Telba Juárez en un baldío del barrio Barracas de Buenos Aires acribillado con cuatro balazos en el pecho y otro en la cabeza.

fuerzo entre varios para sacarlos de las celdas, ya fuera a lavar o a colgar ropa, para darles la oportunidad de que coordinaran entre ellos. En general, todos cooperaron cuando se hizo una colecta para la ropa y otras cosas que les tiramos de apuro a los compañeros comunistas dentro de la celda cuando todavía estaban aislados e incomunicados. Se abría la ventanilla de la celda y se tiraban de golpe cosas básicas que necesitaban como tabaco, hojillas, yerba, azúcar. Porque en los primeros días de reclusión podías recibir agua para el mate pero no tenías termo, ni bombilla. La solidaridad en este sentido fue buena con todos los compañeros que iban llegando. Hacíamos nuestra conmemoración del 1° de Mayo, a veces acompañada de alguna medida o actitud simbólica como la de no hacer deportes ese día sino ‘trillar’ para conversar sobre la significación internacional del Día de los Trabajadores”.

En el Penal de Libertad Juan Carlos constató que el maltrato a los presos era, comparado con el de los cuarteles, más sutil aunque no menos cruel y desgastante. Era un régimen que combinaba las normas de las cárceles comunes con las prevenciones especiales que se tenía con los presos políticos. Se vivía en una situación de soledad y aislamiento y los momentos de permitida socialización con los demás eran mínimos. De las 24 horas del día, sólo una se destinaba al recreo colectivo, en circunstancias de extrema vigilancia, y siempre y cuando no existieran sanciones que privaran al preso de ese momento. En ese contexto la visita familiar generaba ansiedad. En los primeros tiempos más aún. Se trataba de una instancia, única, de contacto con la familia y, a través de ella, con el mundo exterior. Por eso se esperaban con gran entusiasmo. “Después se va atenuando un poco, además, sabés que podés estar sancionado y perder la visita. En el primer y segundo año las sanciones fueron menos frecuentes, entonces había mayor regularidad. Pero la expectativa que generaba la visita de los familiares y abogados era grande.”

Sostiene que era necesario prepararse psicológicamente para esa tensión entre la esperanza excesiva y la frustración que, forzosamente, traía incorporada las condiciones en que se realizaban los encuentros con los familiares.

“Los primeros tiempos de cana se intentaba continuar la vida de afuera a través de las visitas. Había una cantidad de cosas que si bien eran imposibles, se intentaban, aumentando la frustración y los nervios. En cierto modo habíamos asumido, y a veces lo conversábamos, que estábamos viviendo una cantidad de cosas allí que generaban tensiones, que te jodían sin tener posibilidades de nada. Habíamos asumido las características de la visita. Creo que podía-

mos con ella. Igualmente era grande el entusiasmo de ver a la familia, de ver a los gurises, de saber cómo estaban las cosas y de paso tener información más general, del exterior. Yo incluso preguntaba sobre algunas cosas, por ejemplo, qué había pasado después de mi detención, qué decían los vecinos. En fin esa curiosidad, de saber qué había pasado con lo que hasta ayer nomás era mi vida.”

Inevitablemente pensaba en “el afuera”, “en las cosas que viviste antes. Pero, hacés una producción de imágenes totalmente nueva, a la que vas agregando cosas, le sacás otras, le das colorido. Cuando te das cuenta las situaciones ya no son iguales a cómo las viviste. De noche por ejemplo, hacía una especie de recuento familiar, particularmente con los dos gurises, recordaba los juegos, las idas al Parque Rodó. Era como si lo estuviera viviendo. Lo hacía todas las noches media hora antes de dormir. Me daba ánimo. De ese modo, me relacionaba con el mundo de afuera. También me acordaba de compañeros, de episodios, pensaba en qué estaba ocurriendo en ese momento en determinados lugares. Era un juego mental, casi lúdico”. En los momentos en que se encontró aislado e incomunicado, ese ‘juego’ se tornaba una necesidad “reproducía novelas que había leído, me acuerdo por ejemplo de haber leído en mi mente *Conversación en la Catedral* de Vargas Llosa. La iba repasando mentalmente e iba cambiando situaciones o personajes. Era como estar leyendo todo el tiempo. Ese tipo de ejercicios en la isla lo hacía deliberadamente y agarraba el hábito”.

Hubo momentos de mayor represión interna durante los cuales las sanciones, además de aplicarse durante la visita y los recreos, incluían también la correspondencia.

“Se movilizaban todos los mecanismos represivos internos para tratar de generar un clima y un ánimo embromados para la gente. Hubo que cambiar la óptica. Hubo períodos en los que durante dos o tres meses no tuve visitas. Estuve en la ‘isla’ varias veces, con el retaceo de visitas y de todo contacto, pero había que asumirlo porque estaba hecho para desgastarte y convenía tenerlo claro.”

Las cartas eran también formas de evasión. De una u otra manera Juan Carlos, a pesar de la ausencia, estaba presente en la vida de sus hijos. A través de las cartas se ponía en contacto y participaba de su vida cotidiana, de sus problemas y de sus juegos. En algunos casos, también, posibilitaba prolongar el diálogo iniciado en el escaso tiempo de la visita.

“Querido viejacho Cucucho, un besote grande, grande. ¿Cómo estás hijo? Muy estudioso en las cosas de la escuela. Estoy esperando el jueves para verte. Te mando los títeres, el Marciano y el Oso-Perro. El Oso-Perro te lo pintó el amigo para vos. La viejita está con

en el agua

Quiero que te encuentres una pirita y le quieras chicharrón. Lo igual que chicharrón y entonces le pones chicharrón en muy buena y lo cocinas mucho por que es muy chingón muy delicia. Papá en esta hora vamos a hacer un dibujo.

Tamos a el abuelo Lasso a ver dibujo el abigante volador de la película que don primos y después de de la selva y de nuevo dibujo animado. Papá fuimos al teatro a ver una obra muy linda que lleva el título de En la selva hay mucho que hacer.

Un día grande de la hoja a quien quieres mucho igual que chicharrón

Papá

Estoy demasiado triste en la selva en los papá
 ¿Están contentos con mis dibujos?
 Te mando otro para que animas con el
 Te mando las notas de una canción
 Chicharrón.

CON PONTAMIENTO Y COMPARTAMENTO
 Enrique nunca papá WBBB

12-9-73

Querido hijo y amigo Carlitos, un afecto beso y un abrazo grande. Así que se te complacen mucho la papitas, Buenos amigos... Hay que comerse algún mes de carne. Se que para mí, como para cualquier niño, no es fácil estar en quinteta en carne. Plusea, cansa, pone de mal humor. Pero... es la única manera de en rarse. ¿El Carlitos? Hay que ayudar a la hijo, quedándose tranquilo. Busca en tratamientos que se puedan hacer solo. Personalidades amigas, revistas, radio. Se es ta manera se cubre el tiempo, de aquellos momentos que no pueden estar contigo. Va go atorante por a estar de pago por unos meses. No descuido la lactosa del Bisco de la Escuela y cuantos. Te mando titeres. El juguete es para vos, el mismo también. El oso, perro y el vacuino son para Lucudo. Lucudo y el juguete es los ratos que tengan un tiempo pueden representas sin otra empujada. Decime en los próximos en que desea muy pesado y te tienen dificultad para moverlos con los dados de Vels. Para la próxima quisita voy a tratar de hacerte algo con la "colección" de cosas que me en mieta la quincea pasada. El amigo te fiato el juguete. Los sobres quedaron los dados. Hacete pronto así nos vemos. Escríbime y me contas como soportas la carne y como va la enfermedad y también los demás cosas. Buenos amigos, a por. Tame bien de bien, nada de andarse poniendo escarabales. Sin cuando te sea te voy a dar unos trampolines en la harriga. Querido Carlitos un beso grandote.

Querido mi querido Lucudo un besote grande, grande. ¿Como está hijo? ¿Por qué está decaído en las cosas de la Escuela. Supongo que también ayudando en la enfermedad de Carlitos. Estoy esperando el juguete para poner. Te mando los titeres. El Bisco no, el oso, perro. El oso, perro te lo fiato el amigo para vos. Los mioplos está con mucho trabajo, así que después de jugar, ayude en todo lo que pueda. No se si puedes jugar con Carlito, si por el contagio no están separados. Así que está separados, do para como dulce y meo que de lo que hacen para el régimen de "control". ¿Cúmo está la quinteta? Trabaja con la fela chiquita? Dale un beso grande a la peregrina y a Mónica. Rememora la cometa o go de te rompí. Como se parte de la carne chicharrón y la otra. Sin mucho trabajo. Buenos amigos Lucudo, el que me meo meo y chicharrón me rato. Un beso en los cachalitos y un abrazo grande

mucho trabajo, así que después de jugar, ayudá en todo lo que puedas. ¿Cómo está la quintita? ¿Trabajás con la pala chiquita? ¿Remontás la cometa o ya se te rompió? ¿Cómo se porta la perra cachorrón y la otra? ¿Dan mucho trabajo? Bueno viejito Cucucho el jueves nos vemos y charlamos un rato. Un beso en los cachetitos y un abrazote grande.”

La correspondencia posibilitaba un vínculo muy relativo con el exterior, tamizado por la censura y la autocensura. Había que tener un cuidado especial con la información que se transmitía, lo que transformaba la escritura en un ejercicio arduo y cuidadoso. Una palabra de más podía implicar la requisa de la carta y una sanción; no era sencillo decir algo aparentando no decir nada. Y muchas veces se volvían un recuento de comentarios y cuentos triviales.

“Las cartas había que camuflarlas y se volvían muy limitadas como vía de comunicación. Además ellos tenían la técnica de romperte las cartas, o interrumpir la correspondencia para hacerte sentir el efecto mayor en su tarea de embromar el ánimo de la gente. Entonces comenzamos a hablar y coordinar con mis familiares que las cartas eran una cosa de tanto en tanto. Las cartas mías fueron pocas y breves y la mayoría de ellas eran para mi vieja.”

Sin embargo, había lugar incluso para el humor: “Querida mamá, ¿cómo estás viejita? Le estaba escribiendo a Carlitos ahora mismo, y me llega tu carta. Me produjo mucha alegría como siempre. Contento de lo que decís, en cuanto a que estás bien de salud y que en lo que va del invierno no te ha atacado el reuma. Siento mucho que a la gorda le haya atacado fuerte y esté muy dolorida del brazo. No sé como habrá hecho don reuma para abrirse camino hasta el hueso en un bracito de esos. Habrá sudado lágrimas de calcio. Así que anda de paseo la tía Máxima, dale un beso de mi parte. Besos también a Aída y a Leonardo. El buzo de lana no lo vi aún, supongo que me lo entregarán mañana. Bueno vieja, muy contento de ver siempre ese ánimo fuerte que reflejan tus líneas. Un beso y abrazo grande. Besos a todos los familiares”.

Los tiempos en la cárcel estaban pautados menos por el almanaque y el reloj que por los mojones significativos de la visita familiar y de abogado, las cartas y los paquetes.

“El siempre bien esperado paquete, el cariño del preso” incluía todo lo que necesitaba y estaba autorizado a recibir. Se tornó un ritual para muchas familias en el que participaban “muchos vecinos y amigos que colaboraban en el armado de los paquetes. Nos daban café, yerba, té, dulce, leche en polvo, vitaminas, materiales para manualidades. A veces conseguía leche en polvo en la Iglesia. El paquete me llevaba como dos horas armarlo. Cuando no tenía-

mos la camioneta yo cinchaba el bolso hasta allá arriba. De casa salía a las cinco de la mañana porque a las seis pasaba el ómnibus de Cita que nos llevaba al Penal de Libertad” recuerda Nila.

Las dificultades de las familias para llegar hasta el Penal, el tiempo que insumía –a veces incompatible con el horario de trabajo– y el dinero que consumían el transporte y el paquete eran fuente de preocupación constante para los presos. Por eso no todos recibían visitas. Libertad queda lejos, en el departamento de San José, e implicaba mucho sacrificio llegar hasta allí. Algunos familiares debían trasladarse desde el interior del país y las distancias obstaculizaban su regularidad.

“Sabíamos que llegar hasta el Penal era realmente un tirón largo y además había que cuidar el trabajo. Mi vieja fue a todas las visitas hasta que tuvo el ataque de hemiplejía. Iba siempre, lloviera o tronara. Yo le decía que no fuera, porque había días tremendos, en los que por ejemplo llegaban empapados y, además, tenían que soportar el maltrato de la guardia. Ese maltrato fue aumentando con los años. También estaban ‘los islazos’, te comías un mes de ‘isla’ por cualquier cosa y con ella la suspensión de la visita. Entonces podías pasar un par de meses sin noticias o sin ver a la familia y, además, amargado porque tu gente había venido al cuete.”

Los familiares eran sometidos a constantes maltratos y provocaciones por parte de la guardia. Nila cuenta que ir al Penal de Libertad era un sufrimiento, “porque cuando a los guardianes se les antojaba te revisaban las cosas con asco y cuando se les antojaba no te dejaban entrar. Además, era común que las milicas te manosearan”.

Enrique, el hijo menor de Rogelio, reticente a prestar su testimonio: “no me gusta contar, ni me gusta escuchar sobre eso” se sobrepone y relata que durante las visitas “primero nos tenían estancados una hora y pico en el pabellón de la entrada. Después venía un ómnibus y te llevaba adentro, donde te revisaban. Luego teníamos otra espera en la entrada hasta que te llamaban, nombre por nombre. Era una hora acá, una hora allá. Buscaban cualquier detalle para provocar una suspensión de visita: miraban todo con lupa. Al final te ibas calentando por lo tuyo y por lo del resto. Era una indignación muy grande que yo, de niño, no la sabía guardar y eso nos costó muchas visitas. En algunos casos los malos tratos llegaban a la paliza de alguno de los visitantes, en general fuera de la vista general, en una piecita donde te revisaban. Eso se daba sobre todo con los adultos, en casos donde había algún desacato. A veces las revisadas no tenían límites. Era un manoseo. A los adultos hombres los revisaban los milicos en una pieza y en otra las milicas

revisaban a mujeres y niños. Ahora, si me apurás, creo que las milicas eran más verdugas”.

Juan Carlos cuenta riendo que Enrique era medio rebelde y reaccionaba con violencia ante la prepotencia de las milicas. “Le decía de todo a la milica Amanda (Testa), encargada de la visita de niños, y por dos veces le sacaron la visita. Se calentaba mucho y era muy boca sucia. Carlitos era más grande y se cuidaba más. Pero sin embargo el día que vinieron mis sobrinos, los hijos de Pocho, fue Enrique el que hizo las gestiones. A pesar de que se llevaba mal con la milica, la convenció. Enrique tenía mucho rostro.”

Juan Carlos fue de los afortunados que recibía la visita regular de su familia. Pero también lo visitaban sus sobrinos y eventualmente su hermano Polo. “En los primeros tiempos tenía visitas permanentes de la vieja, de Nila y China. Se repartían ellas, porque si no, quedaban muy cortitas. Iban entrando y saliendo de a uno. Me parece que eran 45 minutos, pero efectivamente quedaba media hora. Cada diez minutos entraban. También tuve la visita de mi sobrina Sandra, que pudo entrar los primeros años pero con los adultos. Marita también, era la mayor de todos mis sobrinos, hija de Nila. Era muy pegada conmigo me visitaba regularmente.

Un día tuve una tremenda alegría. Mi hijo Enrique, que tenía mucha iniciativa y era medio cara rota, había apalabrado a la verduga en la visita de niños para que dejara entrar a los hijos de Pocho. Y un día entraron los dos: el Lolo y la Negrita.

El régimen de visitas era cada quince días. Había un espacio destinado a la visita de adultos, el locutorio, donde los familiares se comunicaban con el preso mediante teléfono y con un vidrio que separaba e impedía el contacto físico. Los dos primeros años había un vidrio que separaba y tenía un agujerito con un tejido. Por ahí hablábamos. Después pusieron teléfono con grabadores. Se tecnificaron.”

Sólo al final de la visita estaba permitido el saludo con un beso o un abrazo a través de una abertura circular en el vidrio. Pero una mano fuera de lugar, una caricia inconveniente, eran causal de sanción.

Una parte importante de la visita era la “posproducción”: la transmisión de las vivencias y noticias de la visita a los compañeros de celda. En ese acto se informaba a los demás pero fundamentalmente se ordenaban los datos y las emociones de lo que acababa de vivirse. Cuando las tensiones eran muy fuertes, ya sea porque en el país se vivían momentos críticos o porque en la cárcel había un ajuste represivo, también el relato de las visitas reflejaba esa tensión, potenciándola.

“Las visitas pasaban a ser comunes. Con Huguito Leytón nos contábamos permanentemente las visitas. Y con Quinteros, con quien estuve en el quinto piso y que era de Flores, nos contábamos cómo eran nuestras familias. Y compartías hasta los problemas. Cosas que en otro contexto son muy íntimas en esa situación se socializaban.”

La relación con los niños tenía una carga emocional muy particular, al punto que Rogelio opina que los presos con hijos y aquellos que no los tienen pasan su tiempo de encierro de manera diferente.

La visita de los niños tenía un régimen diferente a la de los adultos. Se realizaban en un jardín, al costado del locutorio. “Creo que a partir del primero o segundo año había visita en el jardín, entonces ya teníamos relación directa, podíamos tocar a nuestros hijos. Los gurises llevaban bolitas. Yo tengo una guardada todavía por ahí. Jugábamos a la bolita y cosas así para entretenernos, y conversábamos. Pero eso era únicamente con los gurises. Las visitas de adultos y de niños eran el mismo día. Al principio el jardín estaba pelado después le pusieron un tacho agujereado por los dos lados y fueron agregando cosas. Después aflojaron en el tema de la edad y entraban chiquilines hasta los doce o catorce. Yo conversaba, les preguntaba las cosas de la escuela, cómo les iba. Ellos me traían alguna cosa, alguna noticia que mandaban de afuera. Me mandaban decir algo y ellos me lo traían, fundamentalmente lo que no se podía decir por el teléfono.”

El contacto físico con los niños era, como todas las emociones fuertes que recordaban al preso lo que había perdido, un elemento de conflicto afectivo. Había que aceptar, y era difícil, ser solo un espectador pasivo y lejano del crecimiento de los hijos, de los cambios de etapa en sus vidas.

“Querido hijo y amigo Carlitos. Un fuerte beso y abrazo. Todavía estoy muy contento por el encuentro que tuvimos el jueves pasado. Te encontré más alto. Te estás poniendo viejo, che. Viste que es un poco complicado para hablar por el agujerito. Cuando habla más de uno a la vez, no se siente bien. Lo que vamos a hacer la próxima vez es hablar un poquito con cada uno. Aunque estén los dos juntos hablo primero unos minutos con uno y después otros minutos con el segundo. Así me cuentan vos y Cucucho los detalles de las cosas que tengan interés de hablar. Me dijiste que tenés muchos amiguitos en la escuela. Muy bien, me alegra que te lleves bien con los compañeritos de clase. Así que estás jugando al fútbol en el campito. Yo también estoy jugando algún partido. Ahora están suspendidos por los días de lluvia. En mi última carta te contaba que colocaba migas de pan en la ventana para que vinieran las palomas a bus-

carlas. Ya van dos palomas y un gorrión que pasan rápidamente, retiran la miga y se van. Todavía no hacen amistad, se asustan. Pero dentro de un tiempo es probable que comiencen a quedarse un rato. Bueno querido Carlitos escribe y mandame un dibujito, un fuerte beso y abrazo y la trompadita en la barriguita que no te pude dar los otros días.”

Carlos y Enrique, que tenían diez y siete años respectivamente cuando Juan Carlos cayó preso, “llegaban con buen ánimo y con entusiasmo a la visita, a contarme en avalancha. Se peleaban un poco para contarme cosas de la escuela, del barrio, de cómo estaban. Querían hablar los dos a la vez. Enrique, por ejemplo, estaba aprendiendo cuentos nuevos, cuentos verdes, y quería que lo atendiera. Entonces interrumpía para contarme y siempre me llevaba dos o tres chistes nuevos de Jaimito, era el especialista en cuentos verdes”.

A veces la imposibilidad de que alguno de los hijos fuese a la visita generaba frustración y ansiedades. “Querido Quete: ¿Cómo andas papito querido, te extraño bastante pero me cuido así puedo ir a verte pronto y ojalá que sea entre unas pocas quincenas. Enrique juega mucho conmigo después que viene de la escuela. Tomo todos los remedios y me quedo muy quieto y como todos los días merengues, viste qué suerte que tengo, y manzana asada. Miro la tele y juego con Enrique a la misma vez por ejemplo a las barajas y al ludo y la dama así que estoy divertido aunque a veces me aburro y siento calor pero ya me voy a acostumar. Estoy muy bien y tú cómo estás, gordito Sinflón. Carlos.”

Para Rogelio los presos que tenían hijos vivían la prisión de distinta manera, él veía a estos compañeros “siempre con un cúmulo de preocupaciones, vivían con más intensidad la cana y la situación familiar. Creo que había una diferencia en eso. A mí me pasaba, tenía que pensar en más problemáticas y también la parte afectiva era distinta. Lo afectivo se diversificaba, era un espectro más abierto, compañera, hijos, las particularidades de los hijos. Y cómo les iba, y cómo les podía haber afectado la situación, y cómo estaban de ánimo. Era considerar psicológicamente otra situación en relación con el adulto. Suponías que el adulto aproximadamente ubicaba los temas, compartía y, amargura mediante, igualmente podía sobrellevar la situación. Mientras que con los gurises no sabías, era un misterio saber qué pasaba por esas cabecitas chiquitas, con esa problemática que surgía para ellos de golpe”. Las cartas y el rato compartido en la visita permitía un conocimiento y una intervención limitada en la vida de Carlitos y Enrique.

“Querido papá, te mando un dibujito de las domas. A las domas

no fuimos porque no teníamos mucha plata pero igual las vimos en la tele. A las seis de la tarde las pasaban en vivo y en directo. En la escuela tengo notas muy altas y me porto muy bien. Cuando haya permiso para ir a verte vamos a ir, sabes. Chau papá querido. Besos de Carlitos.”

“Papá: Estoy deseando verte y darte muchos besos en los bigotes. ¿Estás contento con mis dibujitos? Te mando otro para que duermas con él. Te mando las notas de mi carnet: Comportamiento y compañerismo MbSte. Chau, papá, Enrique.”

Juan Carlos Mechoso, Rogelio, afirma que si bien tuvo muchos buenos compañeros de celda hubo uno que le dejó un recuerdo singular por su personalidad, la originalidad de sus dichos y su figura, que hacía pensar en El Quijote. Arión Salazar González era un preso pintoresco, firme y muy solidario. En la convivencia cotidiana era sobrio. Tenía “cultura presidiaria” al decir de Rogelio, que había cultivado en muchos años y en diferentes cárceles. Había participado en “El abuso” la fuga masiva del 6 de setiembre de 1971 de la cárcel de Punta Carretas. Los 106 presos políticos y los cinco presos “comunes” entraron al túnel por la celda de Arión, uno de los cinco. El hombre había adquirido fama en Punta Carretas cuando creó su secta: El Manto Rojo. Su palabra tenía predicamento entre algunos presos con debilidades para lo esotérico y misterioso, para otros era puro delirio. En el Penal de Libertad no encontró adeptos pero seguía leyendo libros que alimentaban su teología, y continuó predicando. Cuenta Rogelio que era muy lector: de Matemáticas, de conjuntos, de historia de las religiones, con particular interés por la lingüística y especial predilección por los libros de ciencia ficción, preferentemente los de Isaac Asimov.

“Compartimos la celda en el primer piso. Lo conocía de vista y siempre nos habíamos saludado. A veces me hacía algún chiste. Le gustaba trillar solo, de casualidad trillaba acompañado. Además, ocurría que muchos le disparaban para no escuchar su discurso religioso. Cuando empezamos a relacionarnos encontramos que teníamos cosas en común. Él había vendido diarios en el Paso Molino, entonces hablábamos de los canilludos y los canillitas. Empezamos a conversar y se estableció una relación macanuda. Era una persona delicada, cuando yo trillaba en la celda, se ponía en un rinconcito para dejar lugar. Tenía ‘carpeta’. Y una característica muy particular: era capaz de estar dos horas sin moverse. Después, cuando él trillaba, esperaba lo mismo. Esto se hacía sin hablar, era un código implícito de todo buen preso.”

El flaco Arión atendía diariamente a seres de otras galaxias que querían pasar “La prueba”, que era como ascender a un estado su-

perior. “La atención diaria de estas almas galácticas, con berretines de superación, le insumían dos o tres horas. Había montado una especie de oficina de almas galácticas. Eran almas de la madre galáctica, porque la Tierra había sido construida por gente proveniente de otras galaxias. O sea que nosotros éramos descendientes de gente de otra galaxia. Pero éramos una reproducción con muchas debilidades. A las debilidades humanas las llamaba ‘eligió una mujer’. Ese era un término que usaba frecuentemente. Era equivalente a decir ‘eligió el camino de la debilidad’. A ciertas horas empezaba a conversar con almas que querían pasar ‘La prueba’ o pedían asesoramiento para ver si estaban en condiciones de emprender el camino de la superación. Arión se consideraba una unidad de conocimiento enviada a la Tierra con objetivos precisos: tenía una misión que cumplir. Como era el preso número 520, eso estaba significando que tenía 5200 años de existencia sobre la tierra. Y, como todo símbolo, tenía un significado, que era que el único indicado en este pedacito llamado Tierra para juzgar quién podía o no pasar ‘La prueba’ era él. Ese paso era un nivel de superioridad tal que de la Tierra casi no lo había logrado nadie. Me contó, más de una vez, que Cristo lo había intentado, pero no había reunido las condiciones mínimas. ‘Era un farsante’, afirmaba con desprecio.”

Para Arión, el stock de “pasapruevistas” en la Tierra se había agotado. Había habido una masiva “elección de la mujer”. Comprobado esto con tristeza, luego de miles de años de experiencia, sólo le quedaba la esperanza de encontrar entre las almas galácticas desperdigadas por el Universo alguna que mereciera el esfuerzo de un estudio sobre sus posibilidades de pasar “La prueba”, “esto lo obligaba a informarse sobre el ‘solicitante’ e incluso a hablar con él. Attendía todos los días a estas almas obstinadas y pretenciosas, con vanidad casi humana. Establecía grandes diálogos con ellas. Se comunicaba con las distintas galaxias a nivel universal. Pasaba horas conversando con ellas sentado en el banco de hormigón de la celda y apoyado en la mesita, medio encorvado. Se consideraba una especie de juez de almas. Tenía, debía, legislar. El Flaco usaba el lenguaje de los libros que leía. Un día se trenzó con un alma galáctica impertinente. Llevaba un diálogo con cierta lógica y respondía con pasión a algunas preguntas. Por momentos se calentaba y cómo era un loco de avería, junto a la explicación teórico religiosa, soltaba un: ‘la puta que te parió, ya te expliqué eso como diez veces’. Esas eran almas chantas. A juzgar por sus respuestas llegabas a la conclusión que la chantada no era patrimonio de este cerrito llamado Tierra, que en las otras galaxias también se cocían habas. Ahora: era solemne y no te podías reír. Era muy respetuoso, pero el

respeto debía ser recíproco. Yo me ponía tapones en los oídos y le decía: mirá Flaco, voy a leer. Leía durante esas dos o tres horas, y no se hacía ningún problema. Cuando terminaba me golpeaba la pata y me decía: 'Negro, vamos a tomar unos mates'. Y aterrizando en una Armiño establecíamos algún tipo de conversación acerca de este miserable mundo terrenal. Hablaba siempre serio pero era creativo, muy imaginativo y las cosas que decía eran curiosísimas. A uno le puede parecer extraño todo esto pero a Arión le daba una fortaleza enorme.

Cuando le dijeron en el Juzgado Militar que tenía 'treinta de cárcel más quince años de seguridad' los verdugos lo miraron para disfrutar de su desazón, y el Flaco, con una sonrisa mefistofélica los miró con desprecio y les dijo: '¿qué es eso para el hombre eterno?'. Silva Ledesma desacomodado gritó: 'sáquenme a este loco de aquí'".

La dictadura le asignó gran importancia a la reconstrucción simbólica del Uruguay. En 1975, designado "Año de la Orientalidad", se lanzó un operativo propagandístico y una serie de festejos en conmemoración de los 150 años de la Cruzada Libertadora. Para ello se creó la Comisión Nacional de Homenaje al Sesquicentenario de los Hechos Históricos de 1825, presidida por el general Esteban Cristi y los profesores Fernando Assunção y Alfonso Llambías de Acevedo, que se encargó de programar y organizar los festejos.

La Bandera de los Treinta y Tres Orientales, con su leyenda "Libertad o Muerte" ("la bandera que habla", como decía el compañero de lucha de Mechoso el profesor Raúl Cariboni) adquirió una relevancia que hasta entonces no había tenido. Recuperarla de manos de los guerrilleros de la OPR 33 quienes la habían sustraído en 1969, se transformó en un objetivo prioritario de los militares.

En abril del "Año de la Orientalidad" fueron retirados abruptamente de sus lugares de detención varios presos –en su mayoría vinculados a la OPR 33– y llevados a cuarteles, con el objetivo de presionarlos para una "negociación" tendiente a la recuperación de la bandera. El 5 de abril fueron sacadas de Punta de Rieles, Stella Saravia e Ivonne Trías, encapuchadas, atadas con alambre y llevadas mediante un gran dispositivo de seguridad en un camión militar cerrado. Del Penal de Libertad fueron trasladados Fernando Alberro, Heberton Campliglia, Raúl Cariboni, Félix Gorga, César Martínez Reyles, Juan Carlos Mechoso, Alfredo Pareja, Héctor Romero, Jorge Vázquez* y Jorge Velázquez.

* Jorge "Perro" Vázquez, hermano del Presidente de la República, es el actual Pro Secretario de la Presidencia de la República.

Todos fueron conducidos al cuartel N° 1 de Artillería de La Paloma, en las cercanías del Estadio Luis Tróccoli del Club Atlético Cerro. Stella Saravia recuerda que, de a uno y sin capucha, fueron interrogados por integrantes de la OCOA y oficiales de los cuarteles donde estuvieron detenidos. “La gran sorpresa fue la pregunta que nos hicieron: ¿dónde está la bandera? Hasta entonces el centro de los interrogatorios no había sido la Bandera de los Treinta y Tres sino la relación entre la ROE y la OPR. Los oficiales que llevaban la voz cantante eran Ernesto Rama, El Tordillo y Jorge Silveira, Pajarito (a quien conocía de la infancia). Nos dicen que cayó gente en Buenos Aires, que todo está perdido y que por eso nos plantean una ‘negociación’. La ‘negociación’ consistía en que si dábamos información que permitiera recuperar la bandera ellos gestionarían con el Supremo Tribunal Militar la rebaja de nuestras penas. Nos amenazaron con que si no aceptábamos nos íbamos a ‘podrir en la cárcel’. Nos interrogaron varias veces, bajo amenaza de sacarnos de los penales todos los años. La ‘negociación’ no prosperó, todos dijimos no tener noticias de la bandera y a finales de abril a Ivonne y a mí nos devolvieron a Punta de Rieles. Por los familiares nos enteramos que también habían vuelto los compañeros a Libertad.”

Juan Carlos recuerda que también llevaron al cuartel de La Paloma al hijo del profesor Juan Pivel Devoto, que estaba procesado en el Penal de Libertad. “Pobre Juan Pablo ¡qué garrón! En esto de la bandera no tenía nada que ver. Lo llevaron porque el padre era el director del Museo Histórico Nacional de donde se había sustraído la bandera. Hasta entonces ese tema había sido poco preguntado en los interrogatorios. De cada diez biabas, media era por la bandera o sea, la proporción era chica. Pero a partir del 75, cuando la dictadura forma aquella Comisión con el general Cristi en la presidencia, como en todo régimen medio facho, sobredimensionaron los símbolos nacionales. En ese momento ellos se pusieron pesados con la problemática de la bandera. A pesar de eso tenían mucho cuidado de que no se les ‘quedara’ alguno de los presos en los interrogatorios. Recuerdo que las compañeras Ivonne y Stella silbaban ‘El gallo rojo’, no las veíamos pero las podíamos oír; eran muy firmes. Tenían una gran entereza. En el cuartel de La Paloma estuvimos un tiempo y a finales de abril nos fueron devolviendo a los penales generalmente con un pasaje previo por el cuartel de Colonia. A mí me dejaron un tiempo más porque decían que tenía que saber algo. Me dijeron que no volvía más al Penal, pero al poco tiempo me devolvieron también a mí.”

Como las llevaron encapuchadas, dice Ivonne Trías, los recuer-

dos del viaje en el carromato son casi todos olfativos: el olor de las botas de los soldados, de los perros que jadeaban cerca de ellas, del arroyo Pantanoso, que les dio la pista de que iban al cuartel de La Paloma.

“Estuvimos casi un mes en ese cuartel. Entre los oficiales que nos recibieron reconocí de inmediato la voz de Juan Manuel Cordero, puesto que lo conocía del 5° de Artillería. Nos plantearon que estábamos allí para una de tres cosas: negociación, chantaje o extorsión; que fuera una u otra modalidad iba a depender de nuestra actitud. Dijeron que querían encontrar la bandera y que todo dato que aportásemos iba a ser bienvenido. Si nosotros, los presos, o nuestros compañeros en el exterior aceptaban el trato, las Fuerzas Armadas recuperarían la bandera y nosotros saldríamos en libertad en un plazo de uno o dos años. Por descuido de la guardia pudimos ver un acta preparada a tales efectos, firmada por Esteban Cristi. En el equipo de oficiales, además de Cordero y Rama figuraba el capitán Jorge Silveira, que nos interrogaba a cara descubierta. Me hablaba de mis familiares y de mis compañeros en Buenos Aires con una gran familiaridad, sabía sus nombres de pila, sus trabajos, sus vínculos. Finalmente nos volvieron a llevar a Punta de Rieles y supimos que la negociación había fracasado porque cayó sobre nuestros expedientes una lluvia infinita de años de pena y de seguridad.”

Las peripecias personales de este grupo tuvieron un soplo de aire fresco inesperado al final de la estadía en el N° 1 de Artillería. Cuenta Trías que ella y Saravia estaban en un calabozo al que llamaban, por su forma de prisma y su estrechez, “la cajita de la plancha” y los soldados de la guardia, apostados detrás de la puerta, oían música en la radio pero se cuidaban muy bien de evitar los informativos.

“Estábamos mal, pero nos habíamos ingeniado para tener alguna visión del conjunto de compañeros. ‘La cajita de la plancha’ era el primer calabozo al subir la escalera y, de vez en cuando lográbamos ver compañeros muy maltratados a los que arrastraban por aquella escalerita empinadísima por la que todos caíamos.

Pero un día un soldado se distrajo y se oyó un retacito de informativo. Fueron dos minutos pero bastó para oír que las tropas vietnamitas habían entrado en Saigón. Era la liberación de Vietnam, después de tantas décadas de una lucha que, quizá debido a nuestras edades, nos había impactado mucho. Fue una inyección de ánimo que teníamos que compartir con los compañeros. Recurrimos a todas las formas de comunicación, con golpecitos, con silbidos, con susurros y canciones y finalmente a las claras. Los milicos no entendían qué bicho nos había picado.”

Alfredo Pareja todavía recuerda que el 19 de abril, la fecha patria que conmemora el desembarco de los Treinta y Tres Orientales con la famosa bandera fue un día muy sufrido para todos los presos “flauteados” al cuartel de La Paloma. Desde las primeras horas del día fueron premeditadamente hostigados. Bandas de música se apostaron en la Plaza de Armas y tocaban permanentemente *Mi Bandera*. “Los milicos de la guardia nos obligaban a escuchar las marchas parados, de plantón. A media mañana se hicieron presentes los oficiales de la Región Militar N° 1 y el ambiente se tensó cuando, acompañados por los miembros de la OCOA, fueron a recorrer los calabozos donde nos encontrábamos. En un momento hice una crisis de asma y me llevaron a la enfermería. El enfermero me auscultó, me tomó la presión y me dio una Teofilina intravenosa. Me recuperé un poco y me devolvió inmediatamente al calabozo.”

En abril del año siguiente los traslados a los cuarteles se repitieron “esa vez, comenta Juan Carlos, fuimos a parar al ‘Infierno’, el Batallón Blindado de Infantería N° 13, en la Avenida de Las Instrucciones. Del Penal de Libertad nos llevaron a Cariboni, a Pareja y a mí, y de Cárcel Central al Santa Romero que estaba allí porque se iba en libertad. Los milicos habían quedado mal frente a Cristi, que era su gran jefe; no habían podido darle lo que exigía el año anterior y en consecuencia nosotros éramos los tales culpables. Por eso cuando nos sacaron por segunda vez consecutiva vimos que venía así nomás, de ‘flauteda’ anual, en el mes de abril de cada año. El ‘Infierno’ estaba lleno de detenidos. Cuando nos llevaban al baño o a la máquina podíamos ver que había muchos compañeros. Ahí a Cariboni casi le da un ataque al corazón, cayó de la silla donde lo tenían sentado y como yo tenía la capucha rasgada podía ver algo. Siento que uno cae y era él. Hubo momentos en que parecía que nos iban a cortar en pedacitos. Estaba toda la OCOA. Te llevaban al lugar de tortura ‘brígida’, te tenían como haciendo cola para la tortura. Un día vino uno de los oficiales, rubio y alto y me dijo que tenían a muchos compañeros detenidos en Buenos Aires. Al Santa en el Infierno le dieron bastante, él estaba con la libertad firmada pero le habían saltado varias cosas con las caídas en Buenos Aires. A mí me cuelgan y vuelven a interrogarme sobre lo mismo. Pensé: éstos no tienen nada nuevo, están jodiendo sólo por lo de la bandera”.

A mediados de mayo de 1976 Cariboni, Pareja y Mechoso fueron conducidos nuevamente al Penal de Libertad, previo pasaje por el cuartel de Colonia para la “recuperación”. Romero fue llevado nuevamente a Cárcel Central. En abril habían aparecido varios cadáveres mutilados en las costas del departamento de Rocha, y se especuló

con la posibilidad de que pudieran corresponder a ciudadanos uruguayos detenidos en Argentina y en Colonia; también había preocupación por los presos que habían sido sacados del Penal de Libertad. La prensa internacional y organismos de Derechos Humanos se hicieron eco de la denuncia. Los servicios de inteligencia de la dictadura cívico militar reaccionaron y organizaron una conferencia de prensa. El 22 de mayo Raúl Cariboni, Juan Carlos Mechoso, Héctor Romero y Alfredo Pareja fueron presentados, uno por uno, en una ceremonia, que en total duró nueve minutos, a sus abogados (doctores Edgardo Carvalho y Alba Dell’Aqua), a la prensa nacional y a las agencias extranjeras, en el sótano del locutorio del Penal de Libertad. Según el comunicado N° 1322 de la Oficina de Prensa de las Fuerzas Conjuntas, difundido por las emisoras del SODRE y la Cadena Nacional de Radio y Televisión, la exposición en público de los detenidos demostraba que Uruguay mantenía “un tradicional respeto por los derechos humanos a pesar de todas las diatribas y mentiras desatadas y una vez más destruye en forma terminante las falsas acusaciones, pudiendo dar plena fe del mantenimiento de ese estilo de vida, tan acerbamente defendido hasta el presente”.

“Antes de ir a la conferencia nos llevaron a la ‘isla’ y unos soldados vinieron con la orden de ponernos en mejores condiciones. Habíamos estado durmiendo hacía más de un mes con el mameluco puesto y aquello tenía a esa altura una mugre y un olor bárbaro. Entonces nos dieron mamelucos limpios. El mío, además de sucio estaba roto, así que yo agarré viaje y tomé un mameluco. Había mamelucos nuevos sin número y otros viejos con el número de gente que había sido liberada. El milico no reparó en ese detalle y me dio un mameluco con otro número y así me llevaron a la conferencia de prensa. Aparezco luciendo un número de preso que no era el mío. Yo tenía el 1125 y me presentaron como el preso número 1592. Una desprolijidad. El primero que entró a la pasarela fue Cariboni y entonces un coronel del Ejército se mandó un *speech* patriótico denunciando a los organismos internacionales de derechos humanos. Cuando entro veo a mi abogado, el Negro Edgardo Carvalho, lo saludé, guiñando un ojo.”

El Diario de la noche por su parte destacó en titulares: “Están vivos 4 sediciosos cuya ‘muerte’ se propaló”; *El País* titulaba: “Sediciosos ‘asesinados’ con la prensa: Un desmentido rotundo a falaz acusación”. Ese mismo diario agregaba de su propia cosecha: “... los cuatro penados con el uniforme gris, la cabeza rapada y su correspondiente numeración en pecho y espalda, pasaron individualmente por una tarima, siendo registrados por las numerosas

cámaras presentes. El primero fue el número 1128, Raúl Cariboni Da Silva detenido en marzo de 1973; luego el número 1592, Juan Carlos Mechoso Méndez, recluido desde abril de 1969...” Los periodistas del diario *El País* no tuvieron en cuenta que Mechoso lucía en la ocasión, como lo muestran las fotos publicadas, el mameluco 1592. A su vez, informó erróneamente la fecha de detención de Juan Carlos, quien no estaba recluido sino clandestino desde abril de 1969.

“Luego de estos episodios me cambiaron la carátula del expediente. Ya en 1975 luego de la primera ‘flauteada’ del Penal me habían aumentado la pena a once años, más tres de seguridad. Después, en el 76, esto se modificó a raíz de las caídas en Buenos Aires. Ahí me dieron veintidós años de penitenciaría y ocho de medidas de seguridad. Me adjudicaron ser el encargado del aparato armado de la FAU cuestión que no aparecía antes en el expediente. A partir de 1976 me agregaron la coautoría de todos los hechos: asalto de bancos, secuestros. Cuando me llevaron al Juzgado Militar me alertaron: ‘esto todavía no terminó para vos’.”

El año 1976 fue particularmente dramático para Mechoso y sus compañeros, decenas de militantes del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP) fueron detenidos y desaparecidos en Buenos Aires en el marco del Plan Cóndor. En julio del año anterior se había realizado en Buenos Aires el congreso fundacional del Partido por la Victoria del Pueblo, conformado a partir de los militantes de la FAU (OPR 33 y ROE), el FER 70* y de distintas procedencias. La información que se recibía en las cárceles uruguayas sobre el destino de esos compatriotas era fragmentada. La incertidumbre acrecentaba la angustia y la preocupación. “Vivíamos pendientes de quién había caído, dónde aparecieron o no aparecieron. En una visita nos informaron que Pocho estaba desaparecido, después nos dijeron que no, que no estaba desaparecido sino preso en la Región Militar N° 1. Otro día nos enteramos que había caído Gerardo (Gatti), también el Loco Duarte y otros muchos compañeros. Así estuvimos durante meses recibiendo malas noticias. En cada visita recibíamos la noticia de nuevas caídas, desapariciones y fusilamientos. Muchos eran compañeros con los que habíamos trabajado años y por eso además de

* Frente Estudiantil Revolucionario 70, fundado en 1967 en el IAVA, creará agrupaciones en toda Secundaria y a partir de 1971 también a nivel universitario. Ligados a una escisión del MLN, intentó formar una nueva organización: la Fuerza Revolucionaria de los Trabajadores (FRT) que no tuvo mayor desarrollo. Gonzalo Varela Petito, *El movimiento estudiantil de 1968*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2002.

las relaciones militantes teníamos vínculos personales y afectivos muy fuertes. También estaba Pocho y obviamente, además de compañeros en la militancia, éramos hermanos. La angustia eran enorme. Los últimos meses del 76 fueron los más duros de la cana. Venías de la visita y te quedabas toda la noche pensando y entristeciéndote. Y la familia no tenía mayores datos. Entonces era peor. La información era toda a medias, de a pedacitos. A los meses le dijeron a mi vieja en la Región Militar N° 1 que Pocho estaba preso. A los quince días le dicen que no. Lo mismo sobre Gerardo Gatti. Ese fue el período más siniestro para todos nosotros. En ese tiempo iban a verme mi madre, mi hermana Nila, mi mujer y los gurises. También veía cada tanto al Negro Carvalho, mi abogado.

En la visita de fin de año de 1976 se confirmaron todas las malas noticias. En el 77 se reflató lo de Pocho y la familia recibió noticias que estaba vivo y preso. Después resultó que esto no era cierto. Pocho, mi hermano; Martín, mi compañero de militancia, sigue desaparecido. Fueron las situaciones más dolorosas que padecimos. Sufrimos más que con la propia situación de estar presos. Fueron muchas las noches de insomnio y de fantasmas.”

Liberación

En 1984 se desarrollaron negociaciones en el Club Naval entre las Fuerzas Armadas y representantes de los partidos políticos habilitados. En noviembre de ese mismo año, tuvieron lugar las elecciones nacionales con presos políticos y proscipciones. Triunfó el Partido Colorado con la fórmula encabezada por Julio María Sanguinetti y Enrique Tarigo. La movilización popular empujaba hacia la profundización de la democracia, la aprobación de una amnistía general e irrestricta y la investigación de la violación de los derechos humanos. En los primeros días de marzo de 1985, el nuevo Parlamento aprobó una amnistía limitada que permitió la liberación, en etapas, de todos los detenidos políticos. El 10 de marzo, en medio de la algarabía popular, fueron liberados cientos de presas y presos políticos y el 14 de marzo salieron en libertad los últimos prisioneros.

El 10 de marzo de 1985 fue el día de los abrazos; de emociones añoradas y duraderas para Juan Carlos y muchísimos otros uruguayos. Pocos días antes, las presas del Penal de Punta Rieles habían sido trasladadas a la Cárcel Central de San José y Yi. Desde las primeras horas de ese domingo tan esperado, miles de personas se agolparon con sus banderas alrededor de la Cárcel Central y en las cercanías de la Ruta 1 de acceso al Penal de Libertad. Entre la muchedumbre se mezclaban familiares con ex presos, vecinos y amigos. En la cárcel de Montevideo, los presos comunes que tenían acceso al exterior, trasmitían a las presas políticas lo que veían y oían, tal como lo habían hecho dos días antes, cuando en ocasión del Día de la Mujer una multitud rodeó la cárcel para homenajearlas.

Transcurrían las horas y la emoción iba en aumento, dentro y fuera de las cárceles. Al recuerdo de los padecimientos vividos se sobreponía la esperanza de un Uruguay con libertad y justicia social. En la tardecita fueron liberados 171 presos, 16 presas y también

Año 1988, en el local
de la FAU
con una militante suiza



Festejando los 95 años de Alberta. A la izquierda de Juan Carlos su sobrino
Alberto hijo de Pocho. Con la guitarra el payador Carlos Molina

los últimos militares de izquierda recluidos en Cárcel Central (mayor Jaime Igorra y coroneles Pedro Montañez y Hugo Frigerio) y en el Penal de Punta Carretas (coroneles Oscar Petrides y Pedro Aguerre). Días más tarde, en la noche del jueves 14 de marzo, fueron liberados desde Cárcel Central los últimos 47 presos políticos: 5 mujeres y 42 hombres.

Rogelio recuerda que aquel domingo 10 de marzo reinó un clima de incertidumbre hasta último momento; no había certeza de que serían liberados. “Los rumores eran muchos y la información muy poca, sobre todo en el segundo piso. Recién cuando los compañeros, que estaban en el ala desde donde se veía algo de la entrada al Penal nos comunicaron que había una cantidad de gente esperando en la carretera, tuvimos la certeza de que salíamos. Sólo restaba esperar para saber quiénes saldrían. Cuando salimos ya era de tardecita. Me tocó ser de los últimos porque se iba por orden alfabético y la M estaba lejos. Cuando me dijeron ‘salga con todo’ y me bajaron del piso, ya había otros compañeros, como el Pepe Mujica, prontos para salir. Nos avisaron que había mucha gente un poco más allá de los portones. Te aturdíás, no estabas acostumbrado a ese ritmo y el corazón te entraba a palpar como loco.

Lo primero que quería era ver a la familia. Allí estaban China, Enrique y una bullanguera barra del Cerro. También estaban Nila y Juan, mi cuñado. Carlitos, mi hijo mayor, no estaba porque se había ido del país. Primero abracé a mi mujer. Luego, cinchando y a los codazos nos abrimos camino entre la multitud. Detrás venía Enrique. Nila estaba allí, al lado del cordón, firme como siempre. Estábamos aturdidos. Durante años conversamos nada más que con una persona y de golpe te encontrabas en medio de una multitud y te quedabas sin saber qué hacer. Todos hablaban al mismo tiempo y no sabías qué responder ni qué decir. La sensibilidad tenía que reacomodarse a nuevos ruidos y sonidos que estaban totalmente fuera de tu rutina. Estaba muy emocionado, pero no lo demostré. Me controlé mucho. No estuve bien. Pero eso formaba parte quizá de una cultura de barrio o más bien de los militantes: reservados y parcos. Los compañeros querían que fuera adelante en el camión pero preferí ir atrás con todos. Te abrazaba uno, te abrazaba otro. Me emocionó mucho la fraternidad que había. Uno se emocionaba con el cariño de la gente. Nosotros los presos veníamos de una situación de maltrato sistemático, de agresión a nuestras condiciones de seres humanos. En el momento de la liberación nos encontramos con algo absolutamente opuesto. Eran momentos de euforia, de abrazos entre todos. Eso provocaba un sentimiento difícil de des-

cribir, tenías la sensación de estar viviendo algo distinto. Un encuentro con un estado de sensibilidad muy especial, una forma de ser de la gente que no había visto antes. Quedabas desacomodado, queriendo vivirlo y prolongarlo.”

Enrique Mechoso participó en la organización de los grupos que, desde el Cerro, fueron a esperar la salida de los presos del Penal de Libertad. “Veníamos en esos días de emoción en emoción. Los presos salían en tandas y llegaba gente del exilio que pasaba por nuestra casa a saludar o a traer noticias. Entre ellos Mauricio Gatti y Hugo Cores. También Hugo Leytón, compañero de celda de mi viejo. Vecinos del barrio y compañeros del Centro Cultural Cerrense, se quedaron ese día haciendo el ‘aguante’ en casa. Partimos a primera hora del domingo 10 desde el bar La Grúa en dos camiones repletos hacia el Penal y nos sumamos a una caravana multitudinaria y multicolor que se había formado con gente de todas partes. Cerca del Penal los milicos habían puesto unas vallas. La expectativa y los rumores crecían. Había una barrera de uniformados y como si fuera un teatro, cada vez que se abría la cortina aparecía un preso en escena. Ese fue el día de los abrazos con nuestros familiares liberados y con los familiares de otros presos con quienes compartimos años en las visitas al Penal. El encuentro con mi padre fue emocionante. De ahí nos vinimos en los camiones para nuestra casa donde siguieron los festejos y los saludos.”

“Fuimos a recibirlo –recuerda Nila– en una camioneta que teníamos con Juan (Amestoy), mi marido, China, los chiquilines y María Fernanda, la nena de mi hija, que estaba con fiebre. Íbamos por la carretera, todos cantando y tocando la bocina a buscar a nuestros ‘peladitos’. Cuando lo vi a Juan Carlos me pareció El Quijote: blanco y enjuto, pobrecito. Con la ropa apretada. Supe que era mi hermano por la sonrisa. Ahí nos apretamos en un abrazo. Pero la parte más triste fue cuando llegó Negrita, la hija de Pocho. Nos pusimos a llorar como locos. Porque ella podía tener el gusto de apretar en un abrazo a su tío pero no a su padre desaparecido.

Al final, Juan, mi hija Marita, su hija y yo nos volvimos solos. En ese momento mi marido me dijo: ‘Viste, yo te dije que tu hermano iba a ir donde fuera colectivo’. A lo mejor quedaba mal que se viniera en camioneta, pero pienso que una hermana que fue a visitarlo sistemáticamente durante doce años y un cuñado que había estado pendiente de él, se merecían aunque fuera un viaje hasta la mitad del camino. Son cosas de familia.”

Negrita, recuerda que a media tarde arrancó para el Penal de Libertad con unas primas en un ómnibus. “Nos informábamos por

la radio. Llegamos y había una algarabía bárbara. Iban saliendo de a poco. Qué lindo verlos a los presos salir con sus bolsos y encontrarse con los familiares. Todos pelados. Hasta que apareció mi tío, Juan Carlos. Fue una cosa muy linda. Me acuerdo de la alegría del hijo al verlo. Nos vinimos al Cerro en un camión. Viví ese encuentro con mucha emoción. De alguna manera esperaba encontrar en mi tío algo de mi padre. Yo fantaseaba entonces, como sigue ocurriendo, con la posibilidad de encontrarme con mi padre. A mí me cuesta hablar de mi padre como un muerto.”

En la noche muchos vecinos y amigos se acercaron a “la casa de los asaltantes de bancos”, la de los Mechoso. La euforia desplazaba el cansancio. “Estuve hasta la madrugada saludando y abrazando, brindando, conversando, intercambiando afectos y recuerdos. Al otro día de mañana entre la mucha gente que seguía llegando para saludar, vinieron viejos compañeros como el Vasco Larrasq y Mauricio Gatti.”

Los canillas del barrio, entre los que estaba Rubens Barcos, organizaron un asado y fueron a buscarlo a Juan Carlos. “Ellos estaban tan emocionados como yo. Fue mi primer asado y le rendí honores, lo mismo que al vino. En los días que siguieron la casa estaba llena de gente permanentemente. Con la familia conversábamos de noche, cuando todos se habían ido. Tenías que esperar hasta pasada la medianoche para tener un momento de intimidad con los hijos, con la mujer. Eso generó tensiones. Con Carlitos, que estaba viviendo en Suecia, hablé recién al otro día. Como era el más grande en algunas cosas fue el más apegado a mí. De niños era el que orientaba a Enrique, ‘llevaba la línea’, de cómo tenía que comportarse en los ómnibus, cuando íbamos a la casa del Viejo Pocho, en los parques donde nos veíamos cuando yo estaba clandestino. Entonces, su ausencia en ese momento me pegaba fuerte.”

La readaptación a la vida en libertad llevó su tiempo. Al principio Juan Carlos encontraba todo raro. Había una cantidad de edificios que antes no existían y le parecía que faltaban otras cosas. Las formas de relacionamiento entre los uruguayos también se habían modificado. “Cuando llegué al Cerro en los años cincuenta las mujeres, por ejemplo, no usaban pantalones. En cambio ahora, veías a toda la gurisada de pantalón. También a las mujeres fumando en las calles. Notabas una cantidad de cambios que llamaban la atención. El trato entre los vecinos había cambiado, me pareció que cada uno estaba más en lo suyo, los veía encerrados en sí mismos. El saludo era muy cordial pero no era como antes. El ruido me pareció que se había multiplicado. La ciudad era un bochinche por el trán-

sito y la cantidad enorme de ómnibus y de autos. Doce años antes eran pocos los trabajadores que tenían auto. Puede ser que tal vez los bancarios tuvieran auto. Me llamaba la atención que también el Cerro estaba lleno de autos.”

La inmediata incorporación a la militancia constituyó para Juan Carlos una reacción natural que no admitía cuestionamientos. “Conocimos compañeros que estuvieron años presos y al salir se reincorporaron inmediatamente a la militancia sin dramatizar. El anarquista Pedro Boadas Rivas, por ejemplo, participante del asalto al Cambio Messina y de la recordada fuga del Penal de Punta Carretas por la carbonería del Buen Trato estuvo más de veinte años preso. Salió y siguió en la lucha. Nosotros convivimos con esa gente. Había una atmósfera cultural militante, que pesaba en nosotros. Eran valores que transmitían militantes como Rogelio Pérez, el Pulga Villanueva.” Tanta pérdida y dolor sumado a su condición de dirigente sobreviviente ciertamente pesó en sus opciones personales y militantes. “Es muy posible que todas esas vivencias dolorosas y dramáticas hayan influido, acrecentando nuestra responsabilidad. Digo como me parece a mí que lo viví. Creo que esos factores tienen que haber pesado en todos nosotros aunque no con las mismas consecuencias. Por ejemplo, Raúl Cariboni quedó muy afectado por todo eso. Sufrió muchísimo. Cuando salió de la cana no quiso volver a militar. Mis decisiones, en cambio, se refuerzan con las actitudes y las decisiones de los compañeros que estábamos en lo mismo. Después de todo lo que pasó quedamos más convencidos de lo mismo. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?”

Juan Carlos decidió retornar a la FAU en tanto otros de sus antiguos compañeros optaron por otros caminos.

Ivonne Trías también liberada aquel 10 de marzo se enfrentó al mismo dilema, “era difícil para nosotras discernir entre cosas importantes y cosas secundarias. Volver a ver a la familia y a los compañeros, chocar contra las ausencias, era importante. ¿Pero era secundario volver a sentarse en un bar, llamar al mozo sin decirle soldado, pagar la cuenta? En ese estado sin embargo, había que encontrar la ecuanimidad para resolver lo más serenamente posible el gran asunto de la reinserción política. En nuestro caso cabía la posibilidad de reinsertarse directamente en el PVP, aun cuando fuera una expresión política surgida durante los años de prisión, es decir, en la que no habíamos participado directamente, o mantenerse al margen e intentar reflotar la ROE o la FAU. Recuerdo con cariño mis primeras conversaciones con compañeros del Frente Amplio y del PVP, y sus recomendaciones de que, antes de tomar

decisiones, me diera tiempo para entenderme con la vida. Tuve también una o dos reuniones con varios de nuestros compañeros recién liberados y con Mauricio Gatti que volvió del exilio, donde se abrió el abanico de opciones: Mechoso optó junto al Santa Romero por volcarse a la reorganización de la FAU; otros compañeros optaron por esperar, y otros se inclinaron por el PVP. Tiempo después entendí la sabiduría de aquel consejo de tomarme tiempo.”

Para Mechoso el PVP se había transformado en un partido electoral clásico. “Vi en qué estaba, se integraba al Frente Amplio y estaba dispuesto al desarrollo de las prácticas de los partidos electorales y parlamentarios. O sea, no incluía nada por lo que habíamos luchado antes. Adherir así nomás al marxismo, no. En todo caso de convertirme al marxismo lo haría en las colectividades marxistas históricas.

Una vez despejado el ambiente comenzamos a conversar con los viejos compañeros sobre cuestiones políticas. Mauricio propuso que nos encontráramos para informarnos detalladamente sobre lo sucedido en esos años y también conversar sobre qué hacer de aquí en más, el futuro que le dicen. En los días siguientes hicimos algunas reuniones en las que también participaron Cariboni y el Santa Romero. Mauricio nos puso al tanto de lo que estaba pasando, pero nos costaba retener tanta información. Nosotros seguíamos muy preocupados y deseosos de definir qué hacer. Con el Santa habíamos conversado, dentro del Penal de Libertad, sobre el futuro y les planteamos a los compañeros la reconstrucción de FAU. Mauricio nos pregunta si eso lo habíamos meditado bien y le contesto que sí, que la reconstrucción de FAU era la tarea que teníamos planteada. Larrasq dice que sí y Mauricio, no dice expresamente que no, pero queda claro que no. ‘¿Todo otra vez?’, nos preguntó.”

También hizo contacto con gente joven que había estado en su casa el mismo día de su liberación. Eran jóvenes anarquistas de la nueva generación, que militaban en sindicatos obreros o en gremios estudiantiles en el Cerro, La Teja, en la Curva de Maroñas. Otros pertenecían a grupos de libertarios independientes. Pero todos tenían a la FAU como referente, aunque habían militado en forma independiente durante el último período de la dictadura. “Nuestra preocupación desde el comienzo fue la de lograr un entendimiento para concretar una forma orgánica de actuar y participar. Realizamos varias reuniones. Nos reencontramos con Carlitos Pilo, compañero que militó en la FAU y en el Sindicato de Artes Gráficas. Le planteé el proyecto que teníamos con el Santa Romero y el Vasco Larrasq de reconstruir una FAU que había quedado malherida. Pilo

estuvo de acuerdo. Hablamos con la gente joven, los convocamos para intercambiar ideas. Casi todos los grupos libertarios se integraron a ese proceso. Entre la militancia joven había matices. Las condiciones en las que habían realizado su militancia contribuía grandemente a ello. Pero el espíritu era conformar nuevamente la organización de los anarquistas uruguayos, la FAU.”

Después de un proceso de discusiones se alcanzó un acuerdo entre “compañeros que venían de la cárcel, otros del exilio y muchos jóvenes: todos estaban de acuerdo en la continuidad de la Federación Anarquista Uruguaya”.

Las nuevas circunstancias históricas de Uruguay y América Latina promovieron una reformulación de los planteos estratégicos y de las propuestas tácticas del anarquismo. Mechoso interpreta que, dadas las características de los cambios que se dieron “a nivel de las estructuras de clase y en esta etapa del sistema capitalista –‘posfordismo’, como dicen algunos–”, es necesario reformular el planteo de tipo estratégico y establecer un criterio: “trabajar en la perspectiva de un frente de clases oprimidas. Ese frente incorpora como pertenencia de clase a un conjunto más complejo y más amplio que el viejo proletariado, incorpora un espectro que está en el campo de las relaciones sociales oprimidas y explotadas. Una estrategia de trabajo que toma como eje importante y aglutinador al barrial. Este tipo de práctica social vincula en los ámbitos zonales a los sindicatos de trabajadores, con los estudiantes, los desocupados, ocupantes de casas y de tierras, comisiones de derechos humanos, radios comunitarias y también a las minorías segregadas”.

Con preocupación reconoce que los resultados no han sido los esperados y que, al día de hoy, la unidad de los anarquistas no se ha procesado: puntualmente los enfoques son tan distintos como antes. “Hay algunos grupos libertarios resistentes a todo tipo de organización. Hay grupos integrados por compañeros muy jóvenes, la mayoría de extracción estudiantil, que no son partidarios del anarquismo organizado.”

“Con China nos separamos allá por los comienzos del 86. Fundamentalmente nuestra separación tuvo que ver con el camino de vida adoptado por mí cuando salí del Penal de Libertad. Ella era de la idea que nos fuéramos a vivir un tiempo a Suecia. Opté por quedarme y reintegrarme a la militancia. China no bancó esa situación y se fue. Enrique optó por lo mismo que yo y nos quedamos en Uruguay. A China también le pesaba lo que le había pasado a los compañeros en Buenos Aires y en Montevideo. Ella también sufrió,

y mucho, en todos esos años. Estuvo dos veces presa, fue torturada, fue procesada. Conoce estos dolores, estas pérdidas, estos sentimientos y sufrimientos. Tiene un compromiso con la cuestión social y está muy esperanzada con los cambios. Es una mujer sencilla pero muy comprometida.” Juan Carlos contiene el quiebre de su voz y comprende que las expectativas de su mujer eran otras, “veía que todo recomenzaba. Y no se sintió bien, no estaba de acuerdo. Pienso que ella se dijo: ‘bueno ya aportamos, ya sufrimos. Necesitamos un tiempo para nosotros’. Yo por mi parte venía con un entusiasmo bárbaro, pero para retomar la militancia.”

Después de la liberación de Mechoso, China cuenta que “me pasaba cocinando y terminaba cansada. Yo deseaba estar con Juan Carlos y con nuestros hijos conversando, pero no se podía. Hasta que un día renuncié a todo eso y me fui al Sauce, a la casa de mi madre”, dice con un dejo de tristeza. A partir de entonces la relación se enfrió. “El compañero va a ser siempre el compañero, con ese respeto y cariño que nos tenemos mutuamente, pero la pareja terminó. A veces me dan ganas de mirarlo un poco”, dice riendo.

Carlitos siempre fue el más cercano de sus dos hijos, sin embargo, privilegiando su militancia política Juan Carlos no fue a visitarlo a Suecia cuando salió del Penal de Libertad, recién se encontraron en 1989 cuando Carlos vino a Uruguay y nuevamente a fines de 1993 en Suecia. “¿Por qué me tiene que importar más la situación de un hijo que la del vecino de la esquina? Es un ser humano como lo son mis hijos, con los mismos derechos. Pero vamos a entendernos: yo quería ir a ver a Carlitos. Una cosa es lo que se dice racionalmente. Desde el punto de vista de las debilidades humanas uno está más cerca de un hijo que de los demás chicos o de los vecinos que sufren. Eso es así. Por eso lo viví con mucha culpa. Pero vivo con culpa si elijo lo contrario. Las dos situaciones son difíciles. En la organización hablábamos de la familia grande y de la familia chica y ambas tenían que de alguna forma articularse.”

A modo de anécdota, cuando a fines de 1993, ya separado de la mujer que lo había acompañado en las buenas y en las malas durante treinta años, Mechoso viaja a Suecia a ver a Carlos y “para viajar tuve que tramitar la credencial cívica y conseguir el pasaporte. Yo tenía casi sesenta años cuando fui a hacer esos trámites. El funcionario de la Corte Electoral que me atendió me preguntó: ¿Perdió su credencial? Le respondí que no, y muy asombrado me dijo: Pero, ¿usted nunca votó? Tenía razón, nunca voté. Y, desde que tengo credencial cívica sólo he votado a favor de los plebiscitos”.

Juan Carlos está permanentemente incorporando adelantos tec-

nológicos en sus hábitos y rutinas: la comunicación vía e-mail, la navegación por internet. Eso ha posibilitado mantener contacto con su hijo y sus nietos que viven en Malmö (Suecia).

“Allá tengo tres nietos maravillosos. Él quería venirse pero no consiguió trabajo. Además, la patrona no quiere retornar. Ella era una muchacha pobre en Uruguay que tiene un buen pasar en Suecia y no quiere arriesgar con un cambio poco seguro laboralmente. Es la compañera, están desde muchachos juntos y eso pesa a la hora de tomar decisiones. Entonces, lamentablemente con Carlitos se fue dando una relación cada vez más distante. Las llamadas telefónicas son cada vez más espaciadas. La relación se fue diluyendo. Chateábamos una vez cada seis meses. Cuando estuve en Madrid, hace tres años, nos llamábamos todos los días. Él quiso ir a verme pero como la patrona también quería ir y no había guita para dos pasajes, no fue. Una lástima.

Pero en estos últimos meses la situación finalmente está cambiando. Desde que coloqué una banda ancha. Sólo con un simple aparatito, una camarita, nos vemos, nos hablamos y nos escuchamos.”

Con su hijo Enrique tiene una muy buena relación, lo mismo con Mónica su compañera y con los nietos Enrique y Alejandro. “Enriquito que es el grande ha sido el más pegado a mí desde siempre. Estuvo viviendo en casa y desde hace años colabora con nuestra radio (emisora De la Villa FM 105.3) y mantiene la página web de la FAU. Con Enriquito, compartimos y mezclamos relaciones de nieto con militancia. Nos llevamos muy bien, conversamos mucho y a veces discrepamos. Alejandro es más de barra, pero también se queda en casa y charlamos bien. Es muy parecido a cómo era mi hermano Ricardo, el más chico: si no andaba en barra no se sentía bien.” El nieto, además lo adiestra en las cuestiones de la informática y las comunicaciones.

Juan Carlos Mechoso sigue apostando a la acción directa de los pueblos para el logro de su emancipación social. “Como libertarios y militantes de la FAU no creemos en la democracia burguesa. Creemos que los dispositivos de la democracia burguesa son dispositivos intencionales y hay un conjunto de juegos de fantasía que no implican ninguna participación popular efectiva real. Lo que hay son mecanismos de poder que tienen pequeños recambios, que adquieren distintas formas, pero que en definitiva aseguran la renovación del sistema capitalista. Estas democracias tienen libertades formales, a las que mantienen hasta tanto les convenga y que desestructuran como dictaduras abiertas cuando les es necesario.

Lo hemos vivido en toda América Latina en las década de los cincuenta a los setenta. Hay una violencia sistemática ejercida contra las poblaciones por mecanismos de poder que tienen el rótulo de democracia. La única alternativa de los pueblos ha sido la de patear el tablero. Las posibilidades de defensa de los recursos naturales y de mejora de las condiciones de vida han sido posibles por el desarrollo de la acción directa popular. No decimos que todos los gobiernos sean iguales ya que cada uno tiene su especificidad. Obviamente el Frente Amplio va a tener su particularidad con respecto al de Lula, al de Kirchner y al de Chávez. Lo que no cambia, en nuestra opinión, son las cuestiones de fondo y para los pueblos las posibilidades reales de importantes mejoras inmediatas y de rupturas con un sistema como el capitalista, que se ha tornado cada vez más genocida, como dice Chomsky, son pocas.

Doctrinariamente los anarquistas no votamos, sí votamos el plebiscito por el agua que promovió la Federación de Funcionarios de OSE porque pensamos que es una reivindicación justa. Para nosotros no es lo mismo elegir autoridades de gobierno que participar en el plebiscito, que es una reivindicación directa. Esta es una decisión de la FAU. Pero como anarquistas no hemos salido a hacer propaganda para llamar a votar en blanco. Este es un momento muy especial. Compañeros con los que nos encontramos en tareas barriales, hoy militan y votaron masivamente al Frente Amplio. Sus esperanzas están en que se opere un cambio. Pensamos que es un hecho histórico relevante el triunfo del Frente Amplio. Es la primera vez que blancos y colorados son desplazados del Poder Ejecutivo. Hay un sentimiento popular auténtico de celebrar que por primera vez nos liberamos de los partidos tradicionales y eso es positivo. Ese entusiasmo debería ser contemplado porque la frustración de toda esa gente sería un desastre. Mucha gente era escéptica, ya no votaba, pero en este momento hay como un reverdecir de la credibilidad. Y esa credibilidad en barrios como el Cerro y La Teja donde la expectativa es enorme, está centrada en el Pepe Mujica. La gran atracción es Mujica. También es cierto que la gente espera que el Frente Amplio y Mujica hagan mucho más de lo que ellos prometen hacer. Hay una expectativa que está por fuera del marco racional, que tiene ribetes de pensamiento mágico. Algunos te hablan de reforma agraria cuando el Frente expresamente ya no tiene esa propuesta en su estrategia. También hablan del no pago de la deuda externa.”

Dice Mechoso que los anarquistas no están contra el nuevo gobierno porque, “las cosas no hay que plantearlas en blanco y negro.

Nosotros tenemos una posición a favor de un proyecto propio a largo plazo. Sabemos que puede haber gente que se siente enojada, frustrada, porque respaldó al Frente Amplio en determinadas posturas y las mismas no se realizan. Nosotros, la FAU, no esperábamos ningún cambio profundo, ni de reformas siquiera. El gobierno del Frente Amplio no es reformista en el sentido clásico, más bien lo podemos caracterizar como un gobierno mejorista.” Mechoso sostiene que el Frente Amplio no propone cambios estructurales y que en consecuencia no asume una postura antiimperialista consecuente. Al contrario, “mantiene las pautas del sistema neoliberal en lo fundamental: desde el punto de vista económico, social y político. Este gobierno tampoco se asemeja al reformismo de la socialdemocracia europea que se presentaba como una aproximación al socialismo. Los anarquistas, en las condiciones modestas en las que actuamos, seguimos en nuestro proyecto histórico de acumulación de fuerzas. Siempre en la lucha y en la perspectiva del socialismo y la libertad.

Esto no quiere decir que comparemos al Frente Amplio con el Partido Colorado o con el Partido Nacional. No son comparables, son distintos. Hay corrientes político ideológicas en su seno que tienen otras características. Están el Partido Comunista, el Partido Socialista que por lo menos en el discurso son diferentes. Ahora, no hay ningún planteo de reformas de estructuras. Sin embargo, el deseo de cambio de los uruguayos es permanente. Uno percibe que hay celeridad para cumplir con los compromisos con los organismos financieros internacionales pero no existe la misma preocupación para impulsar planteos efectivos e inmediatos que mejoren las condiciones de vida del pueblo trabajador”.

El camino a seguir por la FAU para imponer sus ideas, opina Mechoso, pasa por potenciar a los movimientos sociales y populares. “Uno de los ejes es el fortalecimiento de una fuerza social que vaya logrando mejoras y arrancando espacios. Además, a esta coyuntura histórica no la trajeron los gobiernos, fueron los pueblos de América Latina. Así se puede ver en Perú, en Bolivia y también acá, en Uruguay, con las características propias de nuestro país. La situación actual de avance de las fuerzas populares en el Uruguay no es el fruto de una cúpula, sino de la lucha de los trabajadores. Hay que apostar y tener en cuenta el saber de la gente. No es cuestión de mirar la historia a través de las elites.”

Ante la interrogante sobre qué modalidad adquiere la acción directa anarquista y popular en el nuevo escenario político del país, Mechoso responde sin vacilación: “es de resistencia. A la acción directa se la ha querido identificar siempre con la acción armada.

No tiene porqué. La acción directa es una nueva forma de hacer política”.

Con respecto a la cuestión de los derechos humanos, admite que en el nuevo contexto hay mayor apertura. “Creo que la gente percibe que hay espacio para hablar, esto dicho al margen de que todavía no se ha logrado casi nada. Esa apertura genera un gesto político. La gente se anima a denunciar, a hablar, a contar las cosas de la represión.”

Sin embargo, Mechoso remarca sus diferencias con el tono que ha adquirido el debate público en torno a la cuestión de los derechos humanos: “hay una forma circular de plantear el tema, con una tonalidad poco crítica al sistema. Parece que todo se saldaría con un poco de reconocimiento a semejante truculencia. Hay que decir la verdad, denunciar a los asesinos. Existe un cierto grado de discreción y se exige que seamos bien educados con una problemática de este tipo. Creo que la actitud correcta debería ser muy otra, como la que se expresa en Chile, donde la gente grita en las Cortes y en los Tribunales. Si no sos capaz de reaccionar contra un torturador y un asesino no sos capaz de amar. Son sentimientos tibios, pasados por agua muchos de los que se dice al referirse a las Fuerzas Armadas. O sea, si no sos capaz de odiar no sos capaz de querer. Ponemos la preocupación en una cosa menor como las rejas pateadas (se refiere a las demostraciones frente a domicilios de torturadores, los ‘escraches’) y no en los crímenes realizados por los escrachados. Esto es así. Hablando de violencia, violencia contra los violadores de los derechos humanos todavía no se ha hecho. Todavía no se ha hecho justicia, ni se ha averiguado la verdad. ¿Cuál es la Justicia que actúa? ¿Cómo se esclarecen los hechos? La Justicia es la pieza de un sistema, para una reproducción, que volvería a hacer lo que hizo antes. Ahí anda el fiscal Moller chicanando las investigaciones sobre la nuera del poeta argentino Juan Gelman, secuestrada en la Argentina y asesinada en Uruguay luego del nacimiento de su hija Macarena”.

Juan Carlos constata también cambios positivos, como el aumento de la militancia y la participación de la gente. “Nuestros actos crecieron. Eso es una de las consecuencias de que haya ganado el Frente Amplio. Se elevó el nivel de entusiasmo. Y en la medida en que el entusiasmo es mayor se abren otras perspectivas de trabajo. Hay más gente en la vuelta, para reunirse, para discutir, para resolver. En el Ateneo del Cerro hubo momentos en los que no pasaba nadie salvo la gente que andaba con el plebiscito del agua.

Pensamos que en este contexto del Uruguay hay espacio para el accionar anarquista. Nosotros no pretendemos formar un partido

de vanguardia, sino fortalecer las instancias de participación de las organizaciones populares.”

Hoy, con setenta y un años recién cumplidos, abundante cabellera plateada y espeso bigote, el “viejo Mechoso”, mantiene el entusiasmo y el activismo que lo han caracterizado. Acaba de publicar *Acción directa anarquista. Una historia de FAU. Tomo II. La Fundación* y como lo hacía en la cárcel dedica muchas horas a la lectura. Escribe regularmente para *Lucha Libertaria*, la publicación de la actual FAU, mantiene una fluida comunicación con el lingüista y anarquista norteamericano Noam Chomsky y de tanto en tanto recorre ciudades uruguayas y latinoamericanas predicando el anarquismo. Comparte sus afectos con sus hijos, nueras y nietos; sus hermanos Nila y Polo y con su actual compañera, Marina Barcia Ritta.

Cronología*

- 24 de marzo de 1935: nace Juan Carlos Mechoso Méndez en Trinidad (Flores), tercer hijo del matrimonio de Nilo Mechoso y Alberta Natalia Méndez;
- 21 de marzo de 1942: el arquitecto y general Alfredo Baldomir, que fue hombre de confianza de Terra, disuelve el Parlamento y da el segundo golpe de Estado del siglo XX con el respaldo de batllistas y blancos independientes con el objetivo de derogar la Constitución de 1934 y retornar a la representación proporcional;
- marzo de 1942: congreso fundacional de la segunda Unión General de Trabajadores (UGT);
- enero de 1951: congreso fundacional de la Confederación Sindical del Uruguay (CSU);
- 1956: la Federación Autónoma de la Carne convoca en su local social de la calle Grecia en la Villa del Cerro a una reunión de gremios de trabajadores para la formación de una central única;
- octubre de 1956: se constituye la segunda Federación Anarquista Uruguaya;
- noviembre de 1958: movilización conjunta de los gremios obreros y de los estudiantes universitarios para la conquista de leyes sociales, autonomía y ley orgánica universitaria;
- 1961: creación de la Central de Trabajadores del Uruguay (CTU);
- 1961: visita Uruguay el comandante cubano Ernesto Guevara para participar en la conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) y el 16 de agosto habla en el Paraninfo de la Universidad de la República. Al finalizar el acto y en un confuso incidente promovido presumiblemente con la intención de matar al Che, asesinan al profesor y militante de izquierda Arbelio Ramírez;
- julio de 1962: es secuestrada y tatuada con cruces svásticas la joven paraguaya Soledad Barret;
- diciembre de 1963: se concreta la división de la Federación Anarquista Uruguaya;
- 1964: se constituye la Convención Nacional de Trabajadores como organismo coordinador;
- agosto de 1965: se realiza el Congreso del Pueblo;
- 1° de octubre de 1966: finaliza el Congreso de Unificación Sindical que consolidó el proceso de unidad orgánica y programática y transformó a la CNT en una central única independiente;
- 12 de diciembre de 1967: por decreto del Poder Ejecutivo presidido por Jorge Pacheco Areco son clausurados el semanario *El Sol* y el diario *Época* e ilegalizada la FAU,

* La cronología presentada a partir de la fecha de nacimiento de Juan Carlos Mechoso refiere fundamentalmente a su militancia y a las organizaciones a las que se vinculó.

- el Grupo de Independientes, el Movimiento de Acción Popular Uruguayo, el Movimiento de Izquierda Revolucionario, el Movimiento Revolucionario Oriental y el Partido Socialista;
- 21 de enero de 1969: Arturo Recalde, obrero municipal, muere por las balas disparadas por el coronel (r) Camilo Rodríguez cuando participaba en una movilización por reclamo salarial;
- 26 de abril de 1969: se produce una explosión en la casa de Juan Carlos Mechoso en Manga en la que resultan heridos sus pequeños hijos, Heber Mejías Collazo y América García Rodríguez cuando manipulaban explosivos;
- 16 de julio de 1969: militantes de la FAU, a cargo de Héctor Romero, se llevan del Museo Histórico Nacional-Casa de Lavalleja el original de la bandera de los Treinta y Tres Orientales;
- 23 de junio de 1971: la OPR 33 secuestra al doctor Alfredo Cambón, abogado de la empresa papelera CICSSA;
- 24 de julio de 1971: Heber Nieto, "el Monje", estudiante de la Escuela de la Construcción de la Universidad del Trabajo y militante de la ROE, muere por los disparos de un francotirador mientras participaba en un peaje callejero en solidaridad con los trabajadores de CICSSA;
- 18 de agosto de 1971: la OPR secuestra a Luis Fernández Lladó, integrante del directorio de la fábrica de neumáticos FUNSA y del frigorífico Modelo;
- 10 de setiembre de 1971: por decreto el presidente del Poder Ejecutivo Jorge Pacheco Areco y los ministros del Interior y Defensa Nacional encomiendan a las FFAA la conducción de la lucha antisubversiva con la colaboración de la policía;
- 23 de octubre de 1971: la OPR secuestra a José Pereyra González, redactor responsable del diario *El Día* de Montevideo;
- 28 de noviembre de 1971: la OPR secuestra a Michèle Ray, periodista de la Radio-Televisión Francesa;
- 14 de abril de 1972: el MLN mata al subcomisario Oscar Delega, al agente Juan Carlos Leites, al capitán de corbeta Ernesto Mota y al profesor Armando Acosta y Lara a quienes acusa de pertenecer a la organización parapolicial Escuadrón de la Muerte; como represalia las Fuerzas Armadas asesinan a 8 militantes tupamaros: Nicolás Gropp, Norma Pagliano, Luis Martirena, Ivette Giménez, Jorge Candán Grajales, Armando Blanco, Gabriel Schroeder y Horario Rovira. Hombres armados copan la sede del Partido Comunista en horas de la noche mientras hacía uso de la palabra el secretario general de la UJC Jorge Mazzarovich ante 500 militantes;
- 15 de abril de 1972: la Asamblea General con los votos del Partido Nacional y del Partido Colorado, aprueba la suspensión de las garantías individuales y la Declaración del Estado de Guerra Interno;
- 17 de abril de 1972: ocho militantes del Partido Comunista de la Seccional 20 de la Avenida Agraciada y Valentín Gómez son fusilados: Luis Mendiola, José Abreu, Ricardo González, Ruben López, Elman Fernández, Raúl Gancio, Justo Sena y Héctor Cervelli. También resultó herido el capitán del 9º Batallón de Caballería Wilfredo Busconi, que luego de una dilatada agonía muere el 31 de enero de 1974;
- 11 de mayo de 1972: la OPR secuestra a Sergio Molaguero, hijo del dueño de la fábrica de calzados SERAL de Santa Lucía (Canelones) que se encuentra en conflicto con sus trabajadores;
- 28 de julio de 1972: la OPR secuestra al periodista Héctor Menoni, encargado de la Agencia de Noticias UPI;
- 14 de octubre de 1972: Olivar Caussade, "El viejo Pocho", se pegó un tiro en el corazón cuando una patrulla de las Fuerzas Conjuntas lo fue a detener;
- 21 de noviembre de 1972: Alberto Pocho Mechoso, se fuga del cuartel 5º de Artillería;

- 24 de marzo de 1973: en una casa de la calle Arenal Grande 2129 son detenidos los integrantes de la OPR Juan Carlos Mechoso, Raúl Cariboni, Alfredo Pareja y Stella Saravia;
- 27 de junio de 1973: el presidente Juan María Bordaberry, electo por el Partido Colorado dos años antes, con el apoyo de los militares decreta la disolución del Parlamento y de las Juntas Departamentales y anuncia la creación de un Consejo de Estado; los trabajadores nucleados en la CNT enfrentan el tercer golpe de Estado del siglo XX con la huelga general y la ocupación de los lugares de trabajo;
- 6 de julio de 1973: Ramón Peré es baleado por agentes de inteligencia de particular que viajan en un automóvil Mavericks en Rivera y Bustamante en el Buceo. Es estudiante y docente de la Facultad de Veterinaria e integrante de la Unión de Juventudes Comunistas. Fallece cuando es trasladado al Hospital Militar;
- 9 de julio de 1973: a las cinco en punto de la tarde miles de ciudadanos manifiestan en el centro de Montevideo contra la dictadura al grito de: ¡Libertad! ¡Libertad!;
- 10 de julio de 1973: una multitud de ciudadanos acompaña los restos del estudiante Walter Medina, de las Juventudes Socialistas, asesinado por un cabo de la Guardia Republicana cuando pintaba un muro en el barrio de Piedras Blancas reclamando: consulta popular;
- 13 de diciembre de 1973: Gilberto Alfredo Coghlan, integrante de la dirección de la Unión Ferroviaria y de la Resistencia Obrero Estudiantil, fallece en el Hospital Militar de las FFAA a consecuencia de las torturas recibidas en el 4° de Caballería;
- 31 de marzo de 1974: en un enfrentamiento armado en el Bar Coalla de la Avenida 8 de Octubre y Villagrán, en La Unión, muere el soldado Nelson Vique, el anarquista Julio Larrañaga y son heridos el oficial del Batallón N° 13 de Infantería que comandaba el operativo y el propietario del negocio Manuel Tobio Areoso (quien muere a los pocos días);
- 18 de julio de 1974: el ciudadano paraguayo Joel Casal, trabajador del CASMU y militante de la ROE, se fuga del Hospital Central de las Fuerzas Armadas donde días antes había sido operado de una hernia como consecuencia de las torturas recibidas en el Departamento 5 de la Policía de Montevideo;
- 24 de noviembre de 1974: es detenido Iván Morales, integrante de la OPR, al retornar de Buenos Aires a Montevideo en el Vapor de la Carrera. Días después su cuerpo fue entregado a la familia con un corte profundo en la garganta y según la versión de los Fuerzas Conjuntas su muerte fue un "suicidio";
- abril de 1975: son "flauteados" al cuartel de Artillería N° 1 de La Paloma las presas Stella Saravia e Ivonne Trias de la Cárcel de Punta de Rieles y Fernando Alberro, Raúl Cariboni, Félix Gorga, César Martínez, Carlos Mechoso, Alfredo Pareja, Héctor Romero, Jorge Vázquez y Jorge Velázquez del Penal de Libertad junto con Juan Pablo, hijo del profesor Juan Pivel Devoto para una "negociación" de recuperación de la bandera de los Treinta y Tres;
- abril de 1976: son "flauteados" nuevamente del Penal de Libertad al cuartel del Batallón N° 13 de Infantería los presos Juan Carlos Mechoso, Raúl Cariboni y Alfredo Pareja y de Cárcel Central Héctor Romero para presionarlos de que aportaran datos para la ubicación de la bandera de los Treinta y Tres;
- 19 de abril de 1976: el cadáver de Telba Juárez, una de las fugadas de la Cárcel de Mujeres de Cabildo en julio de 1971 y participante del congreso fundacional del PVP; aparece acribillado en el barrio Barracas de Buenos Aires;
- 9 de junio de 1976: Gerardo Gatti Antuña, trabajador gráfico y fundador de la CNT como central única independiente en octubre de 1966, fundador de la FAU y secretario general del PVP, es secuestrado en Buenos Aires por fuerzas militares conjuntas de las dictaduras de Argentina y Uruguay. Está desaparecido;

- 28 de junio de 1976: la maestra Elena Quinteros, participante del congreso fundacional del PVP, es secuestrada por efectivos policiales y militares del predio de la embajada de Venezuela en Montevideo. Está desaparecida;
- 13 de julio de 1976: León Duarte Luján, principal dirigente obrero de la fábrica de neumáticos FUNSA y fundador de la CNT como central única independiente en octubre de 1966, participante del congreso fundacional del PVP en 1975; es secuestrado en Buenos Aires por comandos conjuntos de las dictaduras al mando de José Gavazzo y llevado a la base clandestina Automotores Orletti donde fue salvajemente torturado junto a Gerardo Gatti y decenas de uruguayos, muchos de los cuales fueron trasladados ilegalmente en vuelos de la Fuerza Aérea a Montevideo. Está desaparecido;
- 26 de marzo de 1977: Gustavo Inzaurrealde y Nelson Santana, integrantes del PVP, son secuestrados en Asunción (Paraguay). Están desaparecidos;
- 12 de noviembre de 1978: los integrantes del PVP Lilián Celiberti y Universindo Rodríguez junto a los niños Camilo y Francesca Casariego Celiberti son secuestrados en Porto Alegre (Brasil) por un comando conjunto del DOPS brasileño al mando del comisario Pedro Seelig y el capitán Glauco Giannone de la Compañía de Contrainteligencias del Ejército Uruguayo y trasladados y procesados ilegalmente en Uruguay;
- 1° de mayo de 1983: el Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT) organiza la primera conmemoración pública del 1° de Mayo en dictadura;
- 10 de marzo de 1985: Juan Carlos Mechoso y cientos de presos políticos recluidos en los penales de Punta Rieles, Libertad y Punta Carretas son liberados por una amnistía y cuatro días después, el 14 de marzo de 1985, son liberados los últimos prisioneros políticos desde la Cárcel Central de Montevideo;
- 2002: Juan Carlos Mechoso publica en la Editorial Recortes: *Acción Anarquista. Una historia de FAU*.
- agosto del 2005: Juan Carlos Mechoso publica en Editorial Recortes: *Acción directa anarquista. Una historia de FAU. Tomo II. La fundación*.

Bibliografía

- Bachetta, Víctor, *Las historias que cuentan. 20 años después. Testimonios para una reflexión inconclusa*, Montevideo, Instituto del Tercer Mundo, 1993.
- Blixen, Samuel, *Fugas Historias de hombres libres en cautiverio*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2004.
- Bouzas, Carlos, *La generación de Cuesta*, Montevideo, Talleres Gráficos Tecnograf, 1997.
- Cores, Hugo, *Los gremios solidarios*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1989.
- Cores, Hugo, *Memorias de la resistencia*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2002.
- Cosse, Isabela y Markarian, Vania, *1975: Años de la Orientalidad: identidad e historia en una dictadura*, Montevideo, Ediciones Trilce, 1996.
- Chagas, Jorge y Tonarelli, Mario, *El sindicalismo uruguayo bajo la dictadura (1973 - 1984)*, Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1989.
- Chagas, Jorge y Trullen, Gustavo, *José D'Elía. Memorias de la esperanza. Tomo II. Los años turbulentos 1965-1984*, Montevideo, Ediciones Trilce, 1998, pp. 157-163.
- Comando General del Ejército, *Testimonio de una nación agredida*, Montevideo, 1978.
- Demasi, Carlos; Rico, Álvaro; Cures, Oribe y Rosario, Radakovich, *El régimen cívico-militar. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1973-1980)*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2004.
- FAU, *Tiempo de lucha Tiempo de elecciones*, Montevideo, 1971.
- Fontana, Hugo, *Historias robadas. Beto y Débora, dos anarquistas uruguayos*, Montevideo, Cal y Canto, 2003.
- Galeano, Eduardo, *La canción de nosotros*, Montevideo, Arca, 1974.
- González Sierra, Yamandú, *Sindicato de FUNSA Un sindicato con historia. Tomo III*, Montevideo, Federación del Caucho-PIT-CNT, 1998.
- Junta de Comandantes en Jefe, República Oriental del Uruguay, *La Subversión. Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental. Tomo I*, Montevideo, Articolor Impresora, 1980.
- Lessa, Alfonso, *Estado de Guerra. De la gestación del golpe del '73 a la caída de Bordaberry*, Montevideo, Colección Reporte/Editorial Fin de Siglo, 1996.
- Martínez, Ignacio, *Avisa a todos los compañeros, pronto*, Montevideo, Imprenta Editorial Espacio SRL, 1991.
- Martínez, José Jorge, *Crónicas de una derrota. Testimonio de un luchador*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2003.
- Martínez, Virginia, *Los fusilados de abril ¿quién mató a los comunistas de la 20?*, Montevideo, Ediciones del Caballo Perdido, 2002.
- Martínez, Virginia, *Tiempos de dictadura 1973/1985. Hechos, voces, documentos. La represión y la resistencia día a día*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2005.
- Mechoso, Juan Carlos, *Acción directa anarquista. Una historia de FAU*, Montevideo, Editorial Recortes, 2002.

- Mechoso, Juan Carlos, *Acción directa anarquista. Una historia de FAU. Tomo II. La fundación*, Montevideo, Editorial Recortes, 2005.
- O'Neill Cuesta, Fernando, *Anarquistas de acción en Montevideo. 1927-1937*, Montevideo, Editorial Recortes, 1993.
- Olivera, Raúl y Méndez, Sara, *Secuestro en la embajada El caso de la maestra Elena Quinteros*, Montevideo, Edición de la Cátedra Tota Quinteros de FUCVAM/Fundación Rosa Luxemburgo, 2003.
- PIT-CNT, *Un solo movimiento sindical. Selección de Documentos, resoluciones orgánicas, programáticas y análisis de situación de la CNT y el PIT*, Montevideo, CIPFE PIT/CNT, 1985.
- Porrini, Rodolfo, *La nueva clase trabajadora uruguaya (1940 -1950)*, Montevideo, Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Serie Tesis de Posgrado en Humanidades (TPH), Volumen IV, mayo 2005.
- Rey Tristán, Eduardo, *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973*, Sevilla (España), Diputación de Sevilla, Universidad de Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 2005.
- Rico, Álvaro; Demasi, Carlos; Radakovich, Rosario; Wschebor, Isabel y Sanguinetti, Vanesa, *15 días que estremecieron al Uruguay. Golpe de Estado y huelga general 27 de junio-11 de julio de 1973*, Montevideo, Editorial Fin de Siglo, 2005.
- Rodríguez, Héctor, *Polémica. Movimiento sindical: ¿factor de cambio?*, Montevideo, Tierra Nueva, 1973.
- Rodríguez, Héctor, *30 años de militancia sindical*, Montevideo, Centro Uruguay Independiente (CUI), 1993.
- Rodríguez Díaz, Universindo, *Los sectores populares en el Uruguay del Novecientos. Segunda Parte. Las presidencias de José Batlle y Ordóñez. Las primeras Centrales y Congresos Obreros. Anarquistas y Socialistas. La primera huelga general. La conquista de las 8 horas*, Montevideo, Editorial TAE, 1994.
- Zubillaga, Carlos y Balbis, Jorge, *Historia del movimiento sindical uruguayo. Tomo IV. Cuestión social y debate ideológico*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1992.
- Véscovi, Rodrigo, *Ecos Revolucionarios Luchadores sociales, Uruguay, 1968-1973*. Prólogo de Osvaldo Bayer, Montevideo, Nóos editorial, 2003.

Publicaciones periódicas

Lucha Obrera (1884), *El Derecho a la Vida* (1893), *El Amigo del Pueblo* (1899), *El Anárquico* (1900), *La Aurora* (1900), *El Libertario* (1900), *Tribuna Libertaria* (1900), *El Trabajo* (1901), *El Obrero* (1905), *La Giustizia* (1906), *La Nueva Senda* (1909), *La Protesta* (1910), *Tiempos Nuevos* (1910), *Anarckos* (1912), *Solidaridad* (1912), *El Anarquista* (1913), *La Batalla* (1915), *El Hombre* (1916), *Salud y Revolución Social* (1921), *Trabajo* (1922), *El Hacha* (1923), *El Esfuerzo* (1926), *Afirmación* (1933), *Acción Libertaria* (1929), *La Rebelión* (1929), *Luz y Vida* (1931), *La Protesta* (1931), *Resurgimiento* (1937), *Solidaridad* (1934), *Esfuerzo* (1936), *Voluntad* (1938), *Proa* (1949), *Lucha Libertaria* (1957), *Compañero* (1971), *Lucha Libertaria* (1994), *Solidaridad* (1987).

“He estado siempre en el marco de una red de actividades que era cubierta por muchos. Cada uno haciendo algo, metiendo el hombro en alguna tarea. ¿Cómo hago yo para no aparecer como apropiándome de algo que no es mío, cuando lo poco o mucho que hicimos fue porque nos potenció un colectivo? ¿Alcanza con dejar claro que la mía es una opinión personal, que transmite vivencias y que somos conscientes de que nuestra experiencia está unida a colectivos concretos?”

Estas palabras de Juan Carlos Mechoso a los autores, exponiendo su resistencia inicial a esta obra son una buena muestra de cómo él ha encarado toda su vida/militancia (factores inseparables en este caso).

Vendedor de diarios, obrero de la carne y linotipista en la industria gráfica, socio del Ateneo del Cerro, fundador y dirigente de la segunda Federación Anarquista Uruguaya (FAU) y de su parte armada la Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales (OPR 33), preso durante doce años en el Penal de Libertad, sigue siendo hoy, cumplidos los setenta y un años, un anarquista militante.

Su vida ha sido intensa y en el registro de su memoria prodigiosa aparecen vivencias comunes y domésticas junto a otras que podrían considerarse espectaculares, aunque durante muchos años para él la excepcionalidad se volvió cotidiana y lo cotidiano terminó por ser la excepción.

Este recorrido biográfico, con algunos elementos históricos –los suficientes para comprender en su contexto la cotidianidad y la acción de Mechoso– nos presentan un rebelde con una causa: la búsqueda de una sociedad más justa e igualitaria.



MARÍA EUGENIA JUNG, licenciada en Bibliotecología e investigadora en Historia, y UNIVERSINDO RODRÍGUEZ, licenciado en Historia e integrante del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional han realizado numerosas investigaciones en conjunto. Entre ellas “Importancia de la prensa sindical como fuente historiográfica”, en *Historia y memoria del mundo del trabajo*, Rodolfo Porrini (comp.), 2004 y en coautoría con José Pedro Charlo , el guión y la realización del documental *A las cinco en punto*, 2004. Por su parte UNIVERSINDO RODRÍGUEZ ha publicado los libros *Los sectores populares en el Uruguay del Novecientos*, Primera Parte (1989) y Segunda Parte (1994) y en coautoría con José Pedro Charlo ha sido guionista y realizador del documental *Héctor, el tejedor*, 2002.

TRILCE

